3 1761 07803023 6

OBRAS DE PIO BAROJA

Vidas sombrías.
Idilios vascos.
El tablado de Arlequín.
Nuevo tablado de Arlequín.
Juventud, egolatría.
Idilios y fantasías.
Las horas solitarias.

LAS TRILOGÍAS

TIERRA VASCA

La casa de Aizgorri.
El Mayorazgo de Labraz.
Zalacain, el aventurero.

LA VIDA FANTÁSTICA

Camino de perfección.
Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox.
Paradox, rey.

LA RAZA

La dama errante.
La ciudad de la niebla.
El árbol de la ciencia.

LA LUCHA POR LA VIDA

La Busca.
Mala hierba.
Aurora roja.

EL PASADO

La feria de los discretos.
Los últimos románticos.
Las tragedias grotescas.

LAS CIUDADES

César o nada.
El mundo es ansí.

EL MAR

Las inquietudes de Shanti Andía.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

El aprendiz de conspirador.
El escuadrón del Brigante.
Los caminos del mundo.
Con la pluma y con el sable.
Los recursos de la astucia.
La ruta del aventurero.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.

EL PASADO

LOS ÚLTIMOS ROMÁNTICOS

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY
RAFAEL CARO RAGGIO
1919

Establecimiento tipográfico de Rafael Caro Raggio.

3264u

PIO BAROJA

EL PASADO

LOS ÚLTIMOS ROMÁNTICOS

171601
20.V.22

RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR
Ventura Rodríguez, 18, y Plaza de Canalejas, 6
MADRID.—1919.

I

En donde el autor presenta a su héroe

El día era nublado, gris; un día de primavera parisiense, con las calles constantemente húmedas y el aire empañado por la niebla. A cada rato alternaban el sol y la lluvia. El cielo bajo, plomizo, se abría rara vez para mostrar entre las nubes un trozo de espacio azul, bella mirada, suave como una esperanza.

En aquel momento, una hora antes de anochecer, diluviaba. El agua caía de una manera torrencial, en grandes gotas; sonaba en las aceras con un chasquido metálico y mojaba las hojas nacientes de los árboles del Luxemburgo, en cuyas enramadas verdes piaban los pájaros con algarabía estrepitosa.

Un gran tropel de gente, guarecida en los arcos del Odeón, esperaba el escampo; los

ómnibus pasaban lentos, con los cristales empañados; el conductor, en lo alto del pescante, aguantaba el chaparrón impertérrito; los coches volaban, los señores de sombrero de copa, gente de aire universitario, se metían en los portales cerrando sus paraguas, y alguna muchacha, aprendiza de taller, con una gran caja de cartón al brazo, esperaba, mirando al cielo con impaciencia, el momento de seguir su camino, corriendo, saltando los charcos, con las faldas recogidas, enseñando las pantorrillas.

En el instante álgido del chubasco, cuando más fuerte, densa y sonora era la lluvia, un coche que venía del bulevard Saint-Michel entró por la calle de Médicis en la de Vaugirard, pasó por delante del Senado y siguió costeando la verja del jardín del Luxemburgo hasta detenerse frente a una casa blanca de dos pisos, tejado agudo de pizarra, gran puerta en arco de medio punto y espacioso zaguán.

Del coche bajó un caballero de cierta edad vestido de negro, con una maleta en la mano y un gabán en el brazo; entregó, después de registrarse los bolsillos, una moneda de cinco francos al cochero, el cual le devolvió la vuelta, le dió propina y entró en el portal de la casa rápidamente, no sin haberse mojado en el poco tiempo que estuvo fuera del coche.

Un viejo conserje, vestido con una librea

obscura, se acercó al recién llegado, a ver lo que deseaba.

—¿La señorita de Montville?—preguntó éste.

—En el primer piso. Le advierto a usted, caballero, que la señorita no recibe.

—Sí, sé que está enferma—y el recién llegado añadió balbuceando en un francés lamentable: — vengo de España únicamente para verla.

—¡Ah! eso es otra cosa. Suba usted, caballero, suba usted. Creo que le están esperando.

El señor cruzó el zaguán, en cuyo fondo se columbraba un jardincillo sombrío de paredes negras invadidas por yedras, subió por una escalera ancha, alfombrada, hasta el primer piso, se detuvo aquí y tiró del cordón de la campanilla.

Una vieja flacucha, de cara angulosa, vestida de negro, con una cofia blanca, se presentó, después de largo rato, en la puerta. Era una mujer de aire monjil, de expresión entre arisca, zafia y suspicaz.

El caballero volvió a preguntar por la señorita de Montville y explicó como mejor pudo que acababa de llegar de España.

La vieja, luego de examinar al recién venido con una mirada recelosa, le permitió pasar al recibimiento, para lo cual abrió la puerta, dejando sólo el espacio indispensable para

que pasara. Después, tomando la tarjeta que el señor le entregaba, le rogó que esperase, y se fué rápidamente.

El caballero dejó en un rincón la maleta y encima el abrigo, se arregló la corbata mirándose a un espejo, se alisó el pelo y esperó. Al poco rato, volvió a aparecer la criada por otra puerta y le indicó al señor que le siguiese.

Atravesaron una sala-biblioteca grande y obscura, luego un gabinete, y pasaron a una alcoba tapizada de blanco, en donde entraba la luz de la calle, cernida al pasar por cortinones de muselina.

En una cama grande, monumental, apoyado el cuerpo en varias almohadas, envuelta en un mantón de seda, descansaba una anciana de pelo blanco. Era la señorita de Montville. Tenía la piel transparente y algo rosada, la nariz corva y la boca bondadosa.

—¡Fausto! ¡Fausto!—exclamó la señorita abriendo sus brazos.—¡Gracias a Dios que has venido!

—¿Y cómo está usted, Blanca?—preguntó el caballero estrechando la mano de la anciana señorita entre las suyas.

—Mal, hijo, muy mal. ¿Y en tu casa?

—Todos buenos. ¿Y a usted, qué le ha pasado? Cuente usted.

—He tenido un ataque al corazón. He estado dos días entre la vida y la muerte.

—¿De veras?

—Sí. Ahora parece que ha pasado el peligro inmediato. ¡Siéntate! Tenemos que hablar.

Se sentó don Fausto, y la señorita de Montville dijo a la vieja criada, en francés:

—Puedes marcharte, Plácida. Te llamaré si te necesito.

Salió la criada sin darse prisa en obedecer la orden, como si quisiera demostrar su dominio en la casa.

Don Fausto miró a la señorita de Montville, la cual hizo un gesto de impaciencia al advertir la tardanza significativa de la Plácida.

—Esta—dijo la anciana señorita por lo bajo, mostrando la puerta por donde había salido la criada—es una mujer que vive conmigo hace muchos años y quiere mandar en mi casa. Si no fuera por ciertas consideraciones, la habría despachado ya.

—Sí; no creo que usted es de las que se dejan dominar.

—No, me fastidian las gentes dominadoras y absorbentes. Mira, abre un poco las cortinas.

Hizo lo dicho don Fausto y entró la última claridad de la tarde en la alcoba. Se hallaba ésta alhajada a la antigua, las paredes cubiertas de raso blanco, el techo pintado y con molduras. Enfrente del balcón, en el centro del cuarto, se levantaba la cama, verdaderamente inmensa, monumental, una cama de estilo Imperio, de madera, con incrustaciones de cobre y pinturas de pavos reales y pájaros

del Paraíso con las colas espléndidas extendidas sobre un fondo de oro. En un almohadón colocado encima de una silla dormía un gato de Angora con un lazo azul en el cuello.

—Abre esa puerta—dijo la señorita de Montville, indicando la que acababa de cerrar la criada—. Así. No me gustan los espionajes. Ahora siéntate.

Se sentó don Fausto, y la vieja señorita siguió preguntando:

—Dime, ¿de qué murió tu madre?

—Estaba muy delicada con los catarros. Ya tenía también bastante edad.

—No... ¿setenta y tres?

—Setenta y cinco.

—¡Ah! No lo creía. Y tú, ¿vives bien? ¿Has sido feliz en el matrimonio?

—Sí, muy feliz.

—¿Y tus hijas? ¿Cómo son? Tengo muchas ganas de conocerlas. ¿Son bonitas?

—Sí. Al menos a mí así me lo parecen.

—¿Y amables?

—También.

—¿Qué edad tienen?

—La mayor diez y ocho años; la otra va a cumplir diez y siete.

—¿Cuál de las dos es la más cariñosa?

—La menor, Asunción. Es la que se parece más a mí. La mayor ha salido a su madre, es algo dominadora.

—¿De manera que tu mujer tiene el genio fuerte?

—Sí, algo fuerte.

—Oye, Fausto. Te voy a hacer una proposición. Para eso te he escrito. Ya sabes lo que le he dicho siempre a tu pobre madre. Todo lo que yo tengo, cuando muera, quiero que sea para vosotros.

—Pero no hable usted de morirse, Blanca. ¡Si está usted hecha una niña! Yo parece que tengo muchos más años que usted.

—Pues no creas, no estoy para vivir mucho tiempo; no me encuentro fuerte, ni mucho menos.

—¡Bah!

—No lo creas, pero es verdad. Oye. ¿Por qué no me traes a tu hija, para que me haga compañía?

—¿Aquí?

—Sí. ¿Qué te extraña? Yo no voy a sujetarla ni a convertirla en enfermera. Eso no. Aunque soy vieja, me gusta mucho la juventud, y me gusta más cuanto más alegre y más sonriente es... Pero, si tú le das permiso a tu hija para que venga, si le gusta esto y si quiere vivir conmigo hasta que se case, yo le dejaré lo que tengo... Eh, ¿qué te parece?

—A mí... muy bien, pero...

—¿Qué?

—Que habrá que consultar a su madre.

—¡Ah, claro! De eso no se puede prescindir.

—Si fuera un chico—dijo don Fausto—bastaba con que yo lo permitiera; pero, tratándose de una muchacha, es distinto.

—Es natural; hay que contar con el asentimiento de su madre. Dile a tu mujer lo que te propongo. Tengo una renta de diez mil francos y una finca en Normandía, pequeña, pero que produce algo. Aunque le deje mil quinientos o dos mil francos de renta a la Plácida, le quedan ocho mil a tu chica, lo cual es una bonita dote. Además, aprenderá bien el francés, y quizá encuentre aquí algún buen novio. Yo conozco bastante gente distinguida en París.

—No tiene usted que insistir más, Blanca—dijo don Fausto; la única dificultad, por el momento, es que consienta su madre. Si viene Asunción, ella le tomará cariño a usted y usted la querrá también, porque es como una niña.

—¿Qué edad me has dicho que tiene?

—Diez y siete años.

—¿Es graciosa?

—Mucho.

—¿No tienes algún retrato de ella?

—Sí, aquí en la cartera debo tener uno chiquito. Mire usted—y don Fausto enseñó a Blanca una fotografía.

—Es preciosa, es encantadora—dijo ella, contemplando el retrato—. ¿Cuándo vas a escribir a tu mujer?

—Esta misma noche.

—¿Has ido a parar a algún hotel?

—No. He venido directamente de la estación.

—¿Sin detenerte?

—Nada.

—Yo te tendría en casa con mucho gusto, pero creo que por unos días más te vale ir a algún hotel. Aquí no tendrías libertad y estarías importunado a cada instante.

—Sí, me iré a un hotel.

—¿Conoces alguno?

—Me han recomendado una casa española.

—Entonces puedes ir ahí. Yo te lo digo francamente, porque aquí no estarías bien.

—Claro. Es natural... estando usted enferma.

—Bueno. Vete a descansar y escribe esa carta. ¿Eh?

—No tenga usted cuidado.

—No te olvides.

—Descuide usted. No me olvidaré.

—Hasta mañana entonces.

—Adiós, Blanca.

Tiró la señorita de Montville del cordón de la campanilla, y la vieja criada de la cofia acompañó a don Fausto hasta el recibimiento. Allí, el buen señor cargó con su maleta y el gabán y bajó a la calle. Estaba el hombre un tanto cariacontecido, como a quien se le desbaratan los planes. Tenía la idea de hospedar-

se en casa de Blanca, lo cual le facilitaba su estancia en París.

¿Adónde iba con poco dinero, sin saber apenas francés, en la gran ciudad? A la salida de Madrid, le dieron las señas de una casa de huespedes española y una carta para uno que vivía en ella. Buscó don Fausto entre los papeles de su cartera y dió con las señas. La casa indicada estaba en la calle de l'Arbalete.

Don Fausto sacó un plano, lo consultó, y le pareció que la tal calle no se encontraba muy lejos.

Había cesado de llover, y viendo que no pasaba ningún coche, se decidió a ir a pie, con la maleta al brazo.

Rendido, se detuvo cerca del Odeón; allí tomó un coche y poco después se detenía en una callejuela larga y tortuosa, ante una casa grande, sórdida y negruzca.

Bajó del coche y subió hasta el segundo piso. Llamó, y la criada, al no entender lo que decía don Fausto, avisó a su ama, una catalana gorda y ventruda.

—¿Vive aquí el señor Bulero?—le preguntó don Fausto.

—¡Bulero! Sí, aquí vive, pero no está en casa.

—Yo quisiera venir a hospedarme aquí, si es posible.

—¡Ah! ¿quiere ustet una *chambre*?—dijo la catalana, hablando en un extraño galima-

tías—. Pues ahora no tengo ninguna llibre. ¿Sap? Toda la casa está plena; pero ahí enfrente suelen *loeyr* unas *chambres*. Pregunte ustet.

—El caso es—dijo don Fausto—que no sé hablar francés.

—¿No sabe uste el fransés? ¿A su edat? Pues yo preguntaré.

Llamó la catalana en la puerta de enfrente, se oyó el ruido de la rejilla y abrieron poco después. Salió una jamona casi de tanto volumen como la catalana, pero más joven, vestida con una bata azul y llevando un quinqué en la mano. A las explicaciones dadas por su vecina, contestó invitando a pasar a don Fausto.

Le enseñó un cuarto bastante grande, con una cama de matrimonio, un armario de espejo, un lavabo y varias sillas.

—¿Cuánto cuesta esta habitación?—preguntó don Fausto.

—Cincuenta francos al mes.

—¿Por adelantado?

—Sí, es la costumbre.

Sacó don Fausto un billete de la cartera, la jamona lo guardó en el corsé, salió del cuarto y volvió al poco rato con un boletín de identificación, en donde había que indicar el nombre, profesión, etc., del huésped.

Don Fausto se caló los lentes y escribió, con letra clara: «Fausto Bengoa, de cuarenta y ocho años, propietario, residente habitualmente en Madrid.»

Cumplido el requisito, le dejaron solo. Encendió la bujía, se lavó, luego sacó la ropa de la maleta y la extendió cuidadosamente sobre la cama para quitarle las arrugas. Tras de esto, comenzó a escribir una carta, y cuando la concluyó sacó sonriendo un cuaderno, lo abrió y comenzó así:

«¡París! ¡París! ¡Ya estoy en el cerebro del mundo!»

Llenó don Fausto varias hojas del cuaderno con frases igualmente felices y originales. La vela se consumía y don Fausto dió por terminadas sus notas y se metió en la cama.

II

Historia de dos amigas

Blanca de Montville y Pilar Ponce de León se conocieron en un colegio de Angulema, en donde ambas se educaron y pasaron los primeros años de su juventud. Entre las dos muchachas se estableció una amistad estrecha y celosa.

Como sucede casi siempre, esta amistad se hallaba cimentada en una absoluta divergencia de ideas y de inclinaciones. Blanca era altiva, imperiosa, inteligente y de buen corazón. Pilar, humilde, servicial, afable, sin ningún orgullo. Cualquier cosa le parecía suficiente para ella, todo le contentaba, el regalo más pobre, el último premio del colegio.

—Pero sé orgullosa—le decía Blanca.

—¿Para qué?—contestaba Pilar sonriendo.

Blanca, en condiciones de ser feliz, se encontraba desgraciada, y Pilar, en situación igual o parecida, se sentía feliz.

En lo hondo de nuestro sér, todo el manantial de la felicidad o de la desgracia proviene de la vida orgánica, del último resultado enviado a la conciencia por los sentidos, no de los acontecimientos adversos o felices, sombras sin realidad, ni tampoco de las ideas, que son imágenes esqueléticas de las cosas. Ese rodaje interior de los órganos da el tono alegre o triste a nuestra conciencia.

Blanca de Montville, mimada en el colegio, envidiada por las amigas, de una soberbia belleza, con un porvenir halagüeño en perspectiva, pues su padre pasaba por rico, se consideraba desgraciada.

Muy a menudo experimentaba una tristeza punzante, una hostilidad contra todo, un deseo de perder de vista lo ya conocido y de huir a cualquier parte. Muchas noches, en su cuarto, después de un día de irritación rabiosa, lloraba, durante horas enteras, penas imaginarias, y al día siguiente se despertaba buena y humilde.

Al lado de Blanca, exaltada, mística y extravagante, Pilar, con su buen sentido, su conformidad y su alegría, era la calma.

En los días de comunión, durante la Semana Santa, Blanca sentía un misticismo agudo; con placer se hubiera mortificado, pero las

madres directoras del convento no lo permitían; luego, pasados esos accesos, se manifestaba, no sólo indiferente en materias de religión, sino incrédula.

Cuando Pilar, llamada por sus padres, se despidió de Blanca para marcharse a Madrid, como ambas tenían el convencimiento de que no volverían a verse más, entre lágrimas se juraron no olvidarse nunca y escribirse con frecuencia.

Durante un par de años, así lo hicieron; se contaron sus impresiones, Blanca, de una manera romántica; Pilar, más vulgarmente y con menos literatura. Se enviaron recuerdos, recomendaciones para no ser olvidadas; luego cesó la correspondencia. Pilar se casó con un militar, Fernando Bengoa, ayudante de su padre el general Ponce de León, y comenzó a llevar una vida modesta, la más apropiada para sus gustos.

Ya no se acordaba apenas de su amiga más que en algunos ratos melancólicos en que pensaba en la infancia y en los años de su vida de colegiala, embellecidos por la luz mágica del recuerdo, cuando un día se encontró a Blanca en Madrid, en el Prado, paseando en coche.

Se reconocieron inmediatamente y se saludaron. Pilar esperó a su amiga, pero el coche no paró y siguió adelante. Pilar tuvo que contener las lágrimas. Nunca, por muy alta que

fuera su posición, hubiera desdeñado así a una amiga de la infancia.

La explicación de este aparente desdén la dió Blanca pocos días después en casa de Pilar.

El padre de Blanca había muerto, dejándola en la miseria. Algunos negocios ruinosos obligaron al buen señor a pasar los últimos años de su vida defendiéndose de los acreedores, empalmando pagarés y atrasando el pago de las cuentas, sin dejar traslucir su estado económico: Al morir el señor de Montville, el castillo de naipes levantado por él se vino abajo.

Los usureros se lanzaron como perros de presa a devorar los restos de la fortuna, y dejaron a Blanca en la alternativa de implorar protección entre sus parientes o de buscar trabajo.

Blanca prefirió esto último. La mayoría de sus allegados sonrieron al oir hablar a la muchacha de trabajo; unos le ofrecieron hospitalidad, otros, buenos consejos; pero Blanca no quería hablar de hospitalidad ni de favor, sino de trabajo.

No quería depender de nadie. Seguía, sin notarlo, las tendencias del tiempo. Aquella época estaba saturada de gérmenes purificadores lanzados en el seno de la sociedad por la Revolución francesa. Los poetas, los novelistas, los dramaturgos, cantaban de una ma-

nera un tanto enfática y superficial a la institutriz, al artista, al obrero; no había palabras para denigrar al holgazán de todas las castas; fermentaba en el ambiente una mezcla de socialismo sentimental y de ideas caballerescas, un producto mixto de cosas heterogéneas.

Blanca obró como no podía menos de hacerlo una mujer orgullosa y romántica, saturada del jarabe venenoso de Lamartine y demás compadres; despreció la hospitalidad que le ofrecieron sus tíos los vizcondes de Baucemont, y entró de institutriz en casa de un diplomático.

Pasó un año en Roma, y, al trasladar al diplomático de Roma a Madrid, Blanca siguió a la familia con la cual vivía.

Cuando la institutriz fué a visitar a su amiga, a los pocos días de verla en el Prado, a Pilar le pareció Blanca de Montville más hermosa que nunca. Se hallaba en toda la plenitud de su belleza.

Su situación de dependencia le había dado cierto retraimiento, y en sus palabras se notaba un dejo amargo y sarcástico.

En las nuevas visitas de Blanca a casa de su amiga fué expansionándose, mostrando sus penas, sus íntimos dolores, las heridas de su amor propio tan susceptible. Seguía siendo una romántica impenitente, la misma que en el colegio pasaba noches enteras llorando, leyendo Jocelyn.

La vida nada le enseñaba; tenía una verdadera imposibilidad para ver las cosas tal como eran: o las concedía una importancia exagerada, o las despreciaba sin causa ni motivo. En el fondo de su alma fermentaba una mescolanza de ideas revolucionarias, de prejuicios aristocráticos, de orgullo violento, de sentimiento igualitario, una confusión en el sentir y en el pensar, que no le permitía el sosiego.

Se consideraba una mujer desgraciada, y lo era, unas veces por culpa suya, otras por culpa de los demás. Había entrado de institutriz por orgullo, por no depender de nadie, y, a pesar de las humillaciones de su posición, no quería abandonarla, por no tener que cantar la palinodia ante sus parientes.

Entre éstos, sus tíos, los vizcondes de Baucemont, eran las personas a quienes más detestaba, y las detestaba por su carácter. Eran marido y mujer viejos; gente del antiguo régimen, amable, volteriana; benévolos, por ligereza; profundos en muchas cosas, a fuerza de ser superficiales. Le escribían a Blanca que fuera a hacerles compañía, ellos la acogerían sonriendo; quizá se permitiesen alguna alusión acerca de las muchachas correntonas que quieren ganarse la vida dando lecciones, cuando pueden vivir en su casa tranquilamente.

Que sus luchas, sus preocupaciones por libertarse se tomaran por chifladuras ridículas,

no podía permitir el orgullo de Blanca, y a las cartas de sus tíos contestaba con acritud y con desdén.

Con la manera de ser de Blanca y en su posición le era muy difícil orientarse en la vida; no tenía esperanzas de casarse; ningún hombre modesto se atrevía a dirigirse a una belleza tan arrogante; los aristócratas, los millonarios de la sociedad frecuentada por ella, la consideraban como una presa, y más de uno había pretendido seducirla.

Ella rechazaba cartas, regalos, proposiciones, con una altivez de diosa, con un olímpico desprecio, como si hasta su altura no pudiesen llegar los apetitos del vulgar tropel humano; pero, a pesar de su aparente impasibilidad, las heridas de su amor propio sangraban.

Hubiese aceptado al hombre pobre y trabajador, siempre que le agradara, siempre que se hallase dispuesto a consagrarle su vida entera, su pensamiento íntegro. Ella abdicaría entonces de su orgullo, para ser mujer, y mujer afectuosa, humilde y buena.

Blanca no contaba con que en la vida es bastante difícil encontrar personas que consagren a otros su pensamiento, unos porque no lo tienen, y éstos son los más felices, otros porque no tienen tiempo de tenerlo, y algunos pocos porque se han formado una idea tal de la importancia y de la transcendentalidad de

su vida, que todos sus pensamientos los necesitan para adornar su persona.

Pilar, al comprender el estado anímico de Blanca, trataba de consolarla, de inducirla a vivir con sencillez, con el alma tranquila y humilde, pero esto no era fácil, y Blanca aceptaba los consuelos sensatos de su amiga benévolamente, como quien oye las palabras de un niño. Blanca se creía de una pasta especial, de esa pasta refinada y artificiosa, en que se fabrican los héroes y las heroínas de los poemas.

Pilar y su marido hablaban de Blanca con mucha frecuencia.

—A los hombres les gustan las mujeres más tontas, ¿verdad?—le preguntaba Pilar ingenuamente a Bengoa.

—Es natural—contestaba éste—; esa belleza, esa arrogancia, todas esas habilidades están bien en una princesa, pero no en una muchacha pobre... Estoy seguro de que tu amiga no sabe guisar unas patatas.

—¡Ah, claro que no!

—Pues si se casa con un hombre de modesta posición, no tendrá más remedio que guisar y barrer.

Ella no sirve para eso.

A Pilar no le cabía en la cabeza que Blanca pudiese vivir en un cuarto estrecho, con vistas a un patio, atendiendo a la cocina, remendando medias, riñendo a la criada. Se la

figuraba siempre en un salón, hablando espiritualmente, cantando o tocando el piano; de abadesa de un convento; de hermana de la Caridad, en un campo de batalla; pero nunca podía imaginársela rodeada de chicos, llevando una vida desastrada y vulgar.

Para Pilar, su amiga Blanca era de las llamadas a representar un papel importante en la vida trágica.

Al año de estar Blanca en Madrid, un día comunicó a su amiga que tenía novio.

—¡Ah pícara! ¡Cómo lo tenías guardado!

—No, es que no se habían formalizado nuestras relaciones.

—¿Y quien es? ¿Quién es?

El novio era un militar joven, de la Guardia de Corps, hijo único de la marquesa de Yelves, un muchacho joven, guapo, distinguido, elegante, de una familia aristocrática arruinada. Se llamaba Luis Viterbo.

Según Bengoa, si se casaban Blanca y Luis, se iban a reunir el hambre y la necesidad, el hospital y la misericordia.

Si ninguno de los dos contaba con una fortuna, era la verdad que parecían hechos el uno para el otro; la misma presencia aristocrática, el mismo continente altivo y orgulloso, una idéntica elegancia en el vestir.

Viterbo era un tipo byroniano. En esta época, el dandysmo consistía en aparentar un aire sombrío y desesperado, y Viterbo, de conti-

nente altivo, desdeñoso e impasible, era un verdadero dandy.

Manifestaba la actitud cortés, fría y glacial que hizo de Jorge Brummel el rey de la moda en Inglaterra, aunque no había llegado hasta el punto de rasparse los pantalones como el célebre dandy inglés.

Creía el joven guardia de Corps en todos los lugares comunes siniestros, que entonces, menos vulgarizados que ahora, pasaban como axiomas entre los iniciados: la influencia social del traje, que dió a Santos Alvarez motivo para escribir una novela encantadora y absurda al mismo tiempo, la perfidia de las mujeres y de los amigos, la venta de las conciencias; toda la balumba romántica creada por Byron y los novelistas franceses, con su acompañamiento de carcajadas sardónicas, de vírgenes perversas, de prostitutas cándidas, de santos criminales, de asesinos piadosos, era para él artículo de fe.

Este dandy escéptico creía que nadie se podía volver loco sin poner los ojos en blanco y lanzar una carcajada histérica tres o cuatro veces por lo menos; creía también que era indispensable de cuando en cuando ir a un cementerio, a pasear, no para hacer la digestión, sino para pensar en los hondos problemas de la vida y de la muerte.

Al conocer Luis Viterbo a Blanca se figuró ver en ella la cándida paloma, la inocente

presa sobre la cual él caería como un gavilán; luego, al tratarla, al irla conociendo, vió que la paloma tenía un collar de acero, una coraza de orgullo invulnerable y un alma tan templada que hacía muy posible la suposición de que, en vez de ser Viterbo el cazador, fuera él el cazado.

El pensando en seducir, ella en casarse; los dos orgullosos, altivos, soberbios, fueron en sus amores perfectamente desgraciados.

El se enamoraba, pero tenía la firme decisión de no casarse. Consideraba, en principio, el matrimonio por amor como una cosa ridícula. ¿No había dicho Byron que el matrimonio procede del amor como el vinagre del vino? Sólo se podía pasar por el matrimonio, según Viterbo, con un fin utilitario para adquirir rentas y luego derrocharlas gallardamente en tempestuosas noches de orgía.

El romanticismo no se cuidaba de la dispepsia ni de la gota.

Blanca se sentía enamorada de Viterbo, pero era demasiado orgullosa para dejarse seducir. Su pasión, formada por más amor propio y terquedad que cariño, tenía un fondo altivo y duro.

En la lucha de estos dos caracteres fuertes y egoístas, ninguno de los dos llegó a quedar vencido. Viterbo, para no casarse, pretextaba obstáculos puestos por su madre al matrimonio, la escasez de sus recursos... Blanca espe-

raba orgullosamente, sin quejas ni reclamaciones.

En dos años de noviazgo, se cambiaron entre ellos montones de cartas, escritas a horas intempestivas y en sitios extraños. El la dirigía frases de amor desde una taberna, desde una casa de juego o desde una logia masónica; ella le contestaba sentada en un banco del Retiro o después de un baile.

Al cabo de los dos años de amor y de correspondencia, murió la madre de Viterbo y Luis heredó el título de marqués. Entonces Blanca y su amiga supusieron que la boda se celebraría en seguida, y, efectivamente, unos meses después Viterbo se casaba con una señorita millonaria de Sevilla.

Blanca recibió el golpe con entereza, al parecer se sobrepuso a su dolor, pero a los pocos días se la vió languidecer; sus ojos fueron tomando una expresión de fijeza siniestra y rodeándose de un círculo violáceo; sus mejillas palidecieron y sus labios perdieron su color.

Una semana después, Blanca recibió una carta de Luis, una carta literaria, salpicada de frases byronianas. Le aseguraba que la seguía queriendo; por ella era capaz de todo menos de afrontar la miseria. Le aconsejaba la boda con alguna persona rica; luego, los dos casados y con dinero, podrían reunirse en Viena o en París y vivir libres y amarse, libertados del yugo de la miseria.

Cuando Pilar leyó la carta dirigida a su amiga, no tuvo palabras bastantes para insultar a aquel hombre.

A ella le parecía el matrimonio lo más sagrado de la vida; las proposiciones de Viterbo le horrorizaron como una ofensa satánica a todo lo divino y humano.

Blanca destruyó las cartas y el retrato de su novio.

Melancólica y abatida, todo su consuelo era ir a casa de Pilar y hablar y llorar y contar sus penas.

El hijo de su amiga, Fausto, era un niño y le tomó un gran afecto.

Poco a poco, Blanca comprendió claramente su equivocación con respecto a Viterbo, llegó a explicarse el carácter de su antiguo novio y comenzó a creer que casi había tenido suerte al no casarse con él.

Blanca sentía un malestar profundo; le disgustaba todo lo que le rodeaba, se confesaba sin aliento, pero en el fondo de su espíritu brotaba la esperanza como una pálida aurora detrás de una noche de tempestad.

Le parecía horrible ver malograrse su belleza, su caudal de bondad y de gracia, oculto bajo su continente altivo y orgulloso, sin que nadie lo adivinara.

Muchas veces, al pasear por el Retiro y al ver a los niños jugando, le entraba una pena desgarradora y lloraba en la soledad; pero

otras, la ilusión cantaba en su alma como una alondra al amanecer.

Tan pronto esperanzada como abatida, pasó Blanca en Madrid varios años. Contaba veintiséis cuando recibió una carta de su tía, la vizcondesa de Baucemont, participándole la muerte de su marido y pidiéndole por favor que fuera a hacerle compañía por el resto de su vida.

Blanca marchó a París; con gran frecuencia escribía a su amiga Pilar largas cartas hablándole de negocios, de política, de religión y preguntándole por Fausto.

Estuvo para casarse con un general, luego con un diplomático, pero no se decidió y prefirió quedar soltera.

Ya de cuarenta años, volvió Blanca a Madrid a visitar a su amiga. Pilar se encontró sorprendida al encontrarla más bonita que nunca; su tristeza se había evaporado por completo y manifestaba una jovialidad y un buen humor, que a Pilar le sorprendieron y hasta le escandalizaron.

Bien estaba la alegría, pero no tanta, pensaba la madre de Fausto al oir a Blanca reir a carcajadas y decir frases maliciosas.

Fausto, que de niño había mirado a la francesa como a una segunda madre, al verla después, ya de muchacho, quedó entusiasmado con ella.

Las mil cosas que Blanca contaba de la vida

de la sociedad y de los líos políticos de París, le tenían a Fausto vuelto el juicio.

Al mes de estancia en Madrid, Blanca indicó que se marchaba.

—¿Por qué no te quedas más tiempo?—le preguntaba Pilar.

—No, hija, no; tengo que marcharme.

—¿Qué tienes que hacer?

—Muchas cosas. Hay, además, personas que me esperan impacientes allá.

—¿Para qué?

—Para hablar, para conspirar, y también para mis negocios.

—Anda, quédate.

—No, no.

—Pero, ¿por qué?

—Es que tengo mis ocupaciones; luego—y Blanca se echó a reir—hay otra cosa.

—¿Qué?

—Que tu hijo se ha enamorado de mí.

—Ya le diré yo a ese tonto...—comenzó a decir Pilar.

—No, no le digas nada; ¿para qué?

III

Jóvenes románticos

Fausto Bengoa y Ponce de León era muy niño cuando murió su padre. Como hijo único, fué muy mimado. De pequeño, y luego ya de mayor, dejaba de ir a la escuela cuando le parecía, no estudiaba las lecciones y se encontraba muy atrasado con relación a los de su edad.

Muchacho de carácter tímido, apocado, poco revoltoso, nunca dió grandes disgustos a su madre. Siempre se mostró formal, juicioso y discreto, poco entusiasta de los juegos violentos, de calaveradas y diabluras.

Pilar estaba contenta con su hijo. Cierto que la falta de aplicación del chico le preocupaba; pero, para obviar este inconveniente, cuando llegaba la época de los exámenes, la buena señora ponía a contribución todas sus

amistades e iba desde su casa un carro de cartas de recomendación al Instituto y luego a la Universidad.

Cuando Fausto Bengoa comenzó a estudiar Derecho, vivía con su madre en la calle del Carmen, enfrente de la iglesia del mismo nombre y cerca de la calle del Candil.

Tenía la familia una criada y un mozo, asistente del padre de Fausto, que, al cumplir el servicio, se había quedado en la casa, por apego a ella. Era un muchacho huérfano, andaluz, apellidado Mudarra.

Mudarra fué el acompañante de Fausto; jugó con él de niño, y, más que amo y criado, parecían dos buenos camaradas.

En la juventud, cuando Fausto comenzó a acudir a la Universidad, se reveló de pronto como aficionado a los libros y lector de novelas.

Tal afición no se despertó en él espontáneamente, sino por influencia extraña.

Enfrente de su casa, al lado de las covachuelas del Carmen, había una librería de lance, regentada por un viejecillo que le atrapó a Fausto, le brindó con la lectura de sus tomos empolvados y le convirtió en comprador de su tienda.

Este viejo librero era un hombrecito encanijado, con la cabeza metida entre los hombros, el cuerpo flaco y anguloso y la cara de zorro inteligente y maliciosa. Tenía el viejeci-

llo las cejas como dos acentos circunflejos, la nariz picuda y larga, la frente ancha, los ojos encarnados como los de un albino y los labios pálidos, delgados, que, al sonreir, enseñaban unos dientes irregulares y unos colmillos blancos y puntiagudos de alimaña.

Su cara, adornada con unas barbuchas amarillentas, era de una expresión de astucia vivísima, y, cuando se le veía metido en su covacha, envuelto en un gabán rojizo, con una pellica en el cuello, parecía un gnomo malévolo o un zorro de esos de los cuentos, que son un pozo de ciencia y de malicia.

Este librero fué indicando a Fausto las novelas más picantes de Paul de Kock y de Pigault Lebrun e imbuyéndole ideas antirreligiosas. Era el tal un volteriano; para él los misterios más sublimes de la religión entraban en la categoría de las mojigangas; a los santos más respetables los consideraba como unos egoístas o como unos farsantes.

Fausto Bengoa no encontraba bien tan grande irrespetuosidad. A los libros de Voltaire, que el librero le recomendaba, prefería las novelas de Ayguals de Izco, de Hurtado y, sobre todo, de Eugenio Sué.

Este era el ídolo de la época, el monstruo, el que había lanzado la sonda en todos los abismos de la vida.

Cuando Fausto se encontró con algunos libros, sintió la necesidad de formar una bi-

blioteca. Sacó de la librería de su padre todas las obras de Táctica y de Castramentación y fué substituyéndolas por novelas.

Los libros en rústica y los desencuadernados los encuadernaba él mismo, y, al verlos colocados en los estantes simétricamente, sentía una gran satisfacción.

Sus aficiones literarias hicieron a Fausto intimar en la Universidad con dos muchachos, también de la cofradía romántica y también entusiastas por la lectura. Por las tardes solían reunirse los tres en el cuarto de Fausto a charlar y a discutir los méritos de Sué, de Lamartine, de Víctor Hugo y de Dumas.

En la primavera, en la época anterior a los exámenes, se reunían con el pretexto de estudiar, se sentaban en el balcón, leían de mala gana algunas páginas del libro de texto, y, entre lectura y lectura, se enzarzaban en discusiones literarias y sentimentales.

A los tres amigos, ansiosos de misterio, les intrigaba la iglesia del Carmen. Estaban convencidos de que allí dentro había algún secreto tenebroso; la figura de Rodín de *El judío errante* les bailaba a todos en la cabeza.

Quizá detrás de aquella pared amarilla se preparaban una porción de cosas siniestras.

En los balcones de la fachada de la iglesia se veían macetas con flores: ¿de quién eran aquellas flores? ¡Ah! ¡Misterio! ¡Misterio imposible de averiguar!

En la parte baja de la iglesia, debajo de la terraza de piedra que daba acceso al templo, estaban las covachuelas, unas tiendecillas puestas en los sótanos, con el techo de piedra abovedado y con cuatro o cinco escalones para bajar.

¿Quién vivía en estas covachuelas? Otro misterio. ¿Tenían comunicación con la iglesia? Se ignoraba. Alguna que otra vez, se veía apearse de un coche una dama, que entraba en las covachuelas. ¿A qué iba? A comprar un rosario o una sortija. Ese era el pretexto; pero, ¿quién sabía la verdad? ¡Qué grandes, qué tenebrosos misterios debían ocultarse allí!

Cuando se estaban olvidando Rodín y las covachuelas del Carmen, Fausto leyó *Picciola,* de Saintine, abandonó sus ideas antirreligiosas y se hizo deísta, con el mismo entusiasmo con que se hubiera hecho miliciano nacional. Al mismo tiempo, se dedicó a cuidar de una planta, a la que regaba y dirigía tiernas palabras.

Con el cuidado de la planta alternó la ocupación de llenar las paredes de su cuarto de sentencias profundísimas acerca de Dios, del amor, de la mujer, de la ley del inquilinato, etcétera, etc.

Una noche en que Fausto fué al teatro del Príncipe a ver una comedia de Bretón, olvidó en un momento a Rodín, a las covachuelas, a *Picciola,* a la planta y a todo. Se había enamo-

rado de la segunda dama; pero no enamorado vulgarmente, no, sino enamorado hasta los huesos, convencido de que ya no podría vivir sin ella, de que su amor iría con él al silencio de la tumba.

Cualquiera otra persona menos poética hubiera tratado de manifestar los estragos de su pasión, hubiera intentado acercarse, recta o tortuosamente, al objeto amado; pero Fausto no; era demasiado idealista para seguir una conducta de una vulgaridad tan chabacana.

Fausto encontró un medio mejor para influir en su adorado tormento, y fué el ir todas las noches al paraíso del teatro, y desde allí admirar a su amada. Estaba convencido de que ella le reconocía entre el tropel de gente del gallinero.

Cuando la cómica pronunciaba con fuego alguna frase de amor de una comedia, Fausto pensaba:

—Lo dice por mí.

La cómica no gozaba de muy buena fama; se hablaba, no de amores, sino de procacidades, de alardes de cinismo; se contaba que había estado enredada con el criado de un cómico, un tipo bajo y grotesco; pero para Fausto todas estas hablillas eran calumnias de los despreciados por ella, que ni siquiera le indignaban, sólo le hacían sonreir.

Cuando algún amigo le aconsejaba que no

se pusiera en ridículo por una perdida semejante, él replicaba:

—Mira, chico, tengo la certeza, la absoluta certeza de que es la mujer más noble, más honrada y más pura de todo el mundo.

—Pero hay pruebas en contrario.

—No hay prueba ninguna. Las apariencias engañan.

—¿Es que tú la conoces?

—¿Para qué? Si yo comprendo su honestidad en su andar, en las inflexiones de su voz, en la manera de recitar los versos... ¿Sabes lo que le pasa?

—¿Qué?

—Que vive en un mundo de canallas, de gentuza... y ella tiene que disimular la nobleza de su alma y fingir corrupción y dejar pasar lo que digan para que no se rían de ella.

Era posible lo que aseguraba Fausto, y alguno de sus amigos, ante una confianza tan grande, sostenía que quizá fuera cierto.

Fausto lo explicaba todo con razones contrarias a las admitidas generalmente; allí donde los demás hallaban vicio y corrupción, él veía virtud y pureza; encontraba intenciones malévolas donde nadie las sospechaba y picardías en la mayor candidez.

Fuese porque no pudiera creer que la mayoría de las cosas son porque son, sin misterios ni obscuridades; fuese porque quería aferrarse a ideas agradables para él, el caso era

que su norma de juicio con relación a hombres y a cosas tenía unos cambios tan absurdos, que llegaban a lo grotesco.

Al año de comenzar los amores paradisíacos de Fausto, la cómica se enredó con un militar, y durante algún tiempo este militar fué la pesadilla de Fausto. Acompañaba a la cómica a todas partes y ella le trataba con grandes extremos de amistad.

—Será algún pariente—se dijo Fausto.

Una noche, a la salida del teatro, Fausto, venciendo su natural timidez, se decidió a seguir al militar y a la cómica, y los vió entrar en una casucha de una callejuela de no muy buena fama.

Vió Fausto una luz en un balcón, dos sombras en los cristales iluminados y, luego, que se cerraban las maderas. Paseó la calle arriba y abajo durante más de dos horas, y, rendido de tanto andar, se retiró a su casa, asombrado candorosamente de que los hechos se barajasen de tal modo que a otro cualquiera menos convencido que él le hubiesen obligado a creer en un amancebamiento entre el militar y la dama.

Afortunadamente para él, tenía la fe, esa fe salvadora de nuestros mayores, y por encima de todos los hechos estaba su íntimo convencimiento de la pureza inmaculada de aquella mujer. Tan fuerte era su confianza, tan poco enturbiada por nubes de sospecha, que un

día, después de ser testigo de la despedida cariñosa del militar y la cómica a la puerta del teatro, Fausto se acercó al militar, le saludó cortésmente, y le dijo:

—¿Me quiere usted decir, caballero, por qué acompaña usted a esa señorita diariamente?

—¿Cómo dice usted?

—Le pregunto porqué acompaña usted a esa señorita a diario.

El militar creyó sin duda que Fausto era un loco o un borracho, supuso luego si trataría de provocarle, pero notando el aire cándido y atento de Fausto, comprendió que estaba en presencia de un tipo raro.

—¿Pero usted de dónde sale?—preguntó con verdadera curiosidad—. ¿Qué es usted? ¿Estudiante? ¿Empleado?

—Soy estudiante.

—¿Y me ve usted todos los días con esa señorita y me pregunta por qué la acompaño? Entonces usted es tonto—; y el militar, sin añadir nada más, le volvió la espalda.

Fausto quedó parado, pensó si insultaría gravemente a aquel hombre, pero no se atrevió y se marchó a su casa.

—¡Qué vanidoso!—murmuró—; quiere hacerme creer que es el amante de esa mujer—y la idea casi le hizo gracia.

No había medio de que Fausto se convenciera de la conducta escandalosa de la cómica y de que dejase de pensar en ella. El único

modo lo dió la casualidad, la casualidad en forma de amor, casando a la dama, en Valencia, con un traspunte. Fausto entonces se juró a sí mismo olvidar a la pérfida, pero fué tan benévolo, que ni siquiera le lanzó una imprecación en verso ni dejó de creerla pura como la azucena.

Con el matrimonio de la cómica se abrió en el corazón de Fausto un abismo, de esos abismos que exigen imperiosamente el calificativo de insondables.

Con este abismo en su interior, se dedicó a la melancolía y a la lectura; violentamente, sin transición apenas, el sentimentalismo amoroso de Fausto se transformó en sentimentalismo político. Fausto comprendió que se debía al ideal y se hizo republicano, pero no de un republicanismo tranquilo, sino de una manera exaltada y morbosa. Era Werther dedicado a imitar a Saint-Just, René haciendo de descamisado.

Su republicanismo le hizo amigo de algunos jóvenes de la Universidad, aprendices de oradores, que estaban todos heroicamente dispuestos a abandonar sus ideas revolucionarias al primer destino que se les presentase.

Ninguno de estos jóvenes era capaz de nada arriesgado ni grande. Todo su romanticismo era literario. Hablar, perorar, discutir. Estos jóvenes republicanos estaban de lleno dentro de ese liberalismo español puramente retórico

que no pudo hacer revoluciones más que adulando y comprando al ejército.

Cuando apareció *Los Miserables*, Fausto leyó este libro y le produjo tal impresión, que andaba idiotizado. Se aprendió de memoria el discurso de Enjolras en la barricada y lo recitaba a todos sus amigos.

Algunas frases de la novela le daban escalofríos; una de ellas era la contestación que daba uno de los estudiantes al joven Mario, en una taberna.

Mario, un tipo, que a pesar de los esfuerzos del autor en hacerle grande, resulta un mamarracho, va a una reunión de estudiantes en donde alguien lee unos versos en los que recuerda a su madre. Mario piensa en la suya, y entonces un estudiante le dice:

—Ciudadano, mi madre es la República.

Si hubiese dicho: amigo mío, o señor mío, le hubiera parecido a Fausto una frase vulgar; si el estudiante llega a decir: «Caballero, mi padre es el Estado», entonces ya se le antojaría la frase una frase completamente despreciable; pero diciendo Ciudadano y República, le bastaba a Fausto para conmoverse.

A Fausto le entusiasmaba sólo lo grande.

Su furor republicano se lo comunicó a Mudarra, el antiguo asistente, y luchaban ambos para demostrarse cuál de los dos era más republicano.

Como decía muy bien Mudarra, tenían en-

tre ellos el pugilato del republicanismo. Tanto pugilato había entre amo y criado, que durante algún tiempo se llamaban uno a otro ciudadano.

La madre de Fausto, señora muy hábil y muy diplomática a pesar de su bondad, viendo a su hijo cada día más apartado de la escondida senda por la cual se llega a ocupar una alta posición social, intentó casarle con algunas señoritas, hijas de amigas suyas, casi todas bastante feas; pero Fausto rechazó la coyunda, porque abrigaba la sospecha de no ser comprendido.

Ninguna de aquellas muchachas tenía opinión acerca de las novelas de Sué, ni siquiera habían leído *Picciola*, ni los folletines de *Las Novedades*. Además, manifestaban un sentimiento monárquico y reaccionario inaguantable para Fausto; les preocupaba la sociedad, el mundo; les gustaba hablar de los bailes de Palacio y de las joyas lucidas por las señoras. ¿Qué iba a hacer él con cualquiera de aquellas mujeres, tan poco letradas, capaces de dormirse sobre un tomo de *Los Miserables*? Nada. Estaba expuesto a ser un alma solitaria, a vivir en este valle de lágrimas sin ser comprendido.

Llevaba Fausto camino de la soltería y sin probabilidad de alcanzar una mayor posición social, cuando conoció en el puesto de libros del viejecillo zorro una muchacha rubia, que pasaba por allí con frecuencia, acompañada de

su criada, y compraba al librero folletines y novelas por entregas.

Fausto preguntó al viejecillo volteriano por ella, y éste le indicó que era hija de un fabricante de sombreros de paja de la misma calle. Luego añadió:

—¿Por qué no se dedica usted a esa chica? Es guapa y tiene dinero.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! Además, es aficionada a la lectura. Le conviene a usted.

—¡Qué sé yo!

—No sea usted tonto, le conviene a usted.

—¿Cómo se llama?

—Clementina. Es hija de un sombrerero de aquí cerca muy rico. Yo le arreglo a usted la cosa. Le presento a usted a ella.

Fausto no se atrevía. Conocer a la muchacha y a los pocos días hablarla se le figuraba demasiado audaz; pero el condenado del librero decía que no, que con las mujeres las decisiones prontas son las mejores.

Fausto iba con más frecuencia al puesto de libros; pero, en las tres o cuatro ocasiones propicias que hubo para hacer una presentación, se marchó, dejando al viejo cómicamente desolado. En una de las veces, la fuga de Fausto fué imposible y se efectuó el conocimiento. Cruzaron unas cuantas palabras Fausto y la hija del sombrerero, y ésta se marchó en seguida a su casa.

Al día siguiente, el librero le aconsejó a Fausto que le escribiera una carta a la muchacha.

—¿Tan pronto?

—Sí, hombre, en seguida. Hay que machacar el hierro en caliente. No sea usted tonto.

Fausto escribió una porción de borradores para la primera carta, donde colaboraron desde Lord Byron hasta Alfonso Karr, pero ninguno le satisfizo. Los encontraba poco espirituales. Lleno de vacilaciones, se decidió a consultar al librero. Este leyó uno de los borradores e hizo una mueca de desdén.

—No, hombre, no—dijo—. ¿Qué le va usted a contar que usted no tiene dinero ni voluntad? No sea usted primo. Eso ya lo verá ella cuando se case con usted.

—Pues no sé qué decirle.

—¿Quiere usted que escriba yo la carta?

—Sí.

—Lo hago con una condición.

—A ver.

—Que la copie usted en seguida y la mande al correo.

—Bueno.

El librero escribió rápidamente una carta, en donde hablaba del fuego de su pasión, del temor de no ser correspondido. Fausto copió el borrador, y el mismo librero echó la carta en el buzón de un estanco de la calle.

Cuando Fausto le vió volver sonriendo, se sintió avergonzado. Había hecho un disparate. Aquella carta era digna de un hortera. ¿Qué iba a decir la muchacha?

A los pocos días, la hija del sombrerero contestó a Fausto, y comenzaron sus amores.

IV

Un fabricante de sombreros de paja

CLEMENTINA, la novia de Fausto, era hija de un fabricante de sombreros de paja, de nacionalidad italiana, llamado Jenaro Menotti.

Este hombre, a la sazón muy rico, había llegado a los catorce años a Madrid, desde Nápoles, en compañía de un tío suyo, corista. Venía recomendado a un paisano, dueño de una casa de huéspedes de la calle de la Biblioteca, frecuentada por cantantes modestos, atrezzistas y demás gente relacionada con el Teatro Real, y traía por todo medio de vida el muchacho una gran codicia y despreocupación.

Jenaro Menotti, en el momento de llegar de la tierra de los macarrones, era un muchacho sin escrúpulo alguno, egoísta, servil y ambicioso como pocos. Para él no había ideas o

hechos morales o inmorales; lo bueno era lo que le convenía y, al contrario, lo malo lo que le perjudicaba.

Con una lógica tan sencilla, se va siempre lejos.

Jenaro estuvo de criado en la casa de huéspedes, fregando platos y sirviendo la mesa durante dos años; luego se enredó con una peinadora vieja, a quien le sacó los cuartos, y con ellos y la ayuda de un obrero italiano inteligente en el oficio, puso un taller de sombreros de paja en un piso alto de una callejuela.

Andando el tiempo, el taller fué agrandándose y quedó de posesión única de Menotti; liquidó con su socio, se zafó de mala manera de la peinadora y se trasladó a una tienda de la calle del Carmen.

La industria naciente prosperó cada vez más, y el sombrerero se vió en la precisión de alquilar toda la planta baja de la casa y parte del piso principal.

Menotti, además de egoísta y avaro, era vicioso hasta la medula de los huesos. Como en su taller tenía muchas modistas, hacía de sultán; a la que no se le rendía por los halagos, la amenazaba con quitarle el jornal, y si aún no cedía así, la despachaba.

Una de las seducidas, una oficiala arrogante, tuvo una hija con el sombrerero. Esta mujer, decidida y tenaz, era una murciana, que

tenía el empaque altivo de la gente del Mediodía y el tipo de mora. Acarició desde el principio una idea ambiciosa y, en vez de quejarse y de importunar al patrón, intentó apoderarse de su voluntad y lo consiguió.

Del taller, ella y su madre pasaron a instalarse a casa de Menotti; la murciana hizo que el napolitano reconociese a la niña, y probablemente se hubiera casado con él y hubiera llegado a meterle en un puño, a no haberse muerto a los ocho años de entrar en la casa del sombrerero, hinchada por una hidropesía.

Menotti, en su egoísmo, sintió la muerte de su compañera, porque se veía viejo, y a consecuencia de sus costumbres relajadas se encontraba un tanto reblandecido.

Como todo hombre vicioso se hace moral a medida que envejece, Menotti no quiso volver a llevar una mujer joven a su casa y encomendó la dirección de sus asuntos domésticos a la madre de su querida, la señora Tomasa.

Clementina, la hija del sombrerero, vivió hasta los doce años sin saber apenas leer ni escribir; correteaba por los almacenes y el taller, se mezclaba con las oficialas y modistas y manifestaba una malicia y un descaro impropios de su edad. El italiano no hacía ningún caso de ella, distraído con sus placeres, y fué la señora Tomasa la que instó a Menotti para que metiese a la niña en un colegio.

Efectivamente, la llevaron al Sagrado Corazón y estuvo allí hasta los diez y seis años. Cuando salió del colegio, era Clementina una muchacha esbelta, de facciones pronunciadas, pero graciosas, de inteligencia muy viva y sutil.

Al encontrarse padre e hija juntos, se comprendieron y se juzgaron al momento.

Ningún vicio, imperfección o deformidad moral se averigua en los demás tan pronto y tan bien como la imperfección o el vicio propios; los egoístas, los envidiosos, la gente de sentimientos mezquinos, se conocen unos a otros en seguida, el menor detalle, la más insignificante manifestación les basta para establecer el diagnóstico; los defectos de la misma clase se repelen como las corrientes eléctricas del mismo signo.

Menotti, a los pocos días de volver Clementina del colegio, comprendió que no sería ella el consuelo de su vejez; Clementina advirtió, con una clarividencia completa, que su buen padre era un redomado egoísta, sin más preocupaciones que su interés, su conveniencia y sus placeres.

En Clementina se revelaban la tenacidad de su madre y la astucia y la marrullería del padre. Parecía, a primera vista, insinuante, mañosa, de inteligencia viva y de carácter amable; pero en el fondo era fuerte y enérgica, capaz de forjar un proyecto cualquiera y de mante-

nerlo sin desmayo durante mucho tiempo, contra viento y marea.

Sólo en un punto su inteligencia se obscurecía y su comprensión fracasaba: tratándose de amoríos. Su instinto femenino y su coquetería le turbaban de tal modo, que, ante el hombre que la miraba, ante la carta fogosa de amor, se olvidaba de todo y perdía los estribos.

Tenía Clementina, cuando salía a paseo, verdadero entusiasmo por llevar a alguno detrás para cambiar con él miradas. En la calle casi siempre iba escoltada por uno o dos muchachos que la seguían hasta su casa y luego se plantaban en la acera de enfrente y quedaban allí paseándose de arriba a abajo.

Menotti llamaba a esos jóvenes los tripulantes.

A los diez y ocho años, Clementina podía contar el número de sus novios con los dedos y tardar algún tiempo en la cuenta. De cartas había escrito más que Madame Sevigné en toda su vida.

En la casa del sombrerero era conocido por todos el furor epistolar de la niña y su trasiego de novios. Las criadas andaban a cada paso con recados y cartas y solían discutir y hacer cábalas y apuestas sobre el tiempo que durarían estos o los otros amores. Había novios formales, novios ligeros, novios de verano, novios de entretiempo, novios de todas clases y matices.

Los tuvo a veces a pares y en una ocasión tres a la vez: un señor currutaco, viudo, ya viejo, un capitán de Caballería y un señorito chulo, peinado para adelante, de sombrero cordobés y aire flamenco. Este iba siendo el más favorecido, cuando un día se presentó en casa del sombrerero una mujer de mantón, de aire bravío y decidido.

Preguntó por la señorita, y en su presencia dijo que aquel chulo con quien hablaba todas las noches Clementina desde el balcón era un canalla; además, vivía con ella en su salón de peinados; ella era peinadora, y no sólo no tenía un cuarto aquel chulapo, sino que estaba empleado en la policía secreta y a ella le había robado y vendido todas sus alhajas y su ropa.

Clementina, a pesar de su aplomo, no supo qué contestar a aquella mujer, le dió las gracias, soportó ofendida y rabiosa el tono protector de la peinadora, y cuando se fué, marchó a su cuarto a llorar y a desahogar su ira.

Detrás del chulo polizonte, se presentó Fausto Bengoa.

Para no exponerse a otro chasco, quiso Clementina enterarse antes de la vida y familia de su nuevo pretendiente, lo que no le fué nada difícil. Después de bien enterada, ella, viendo a su novio tímido, le animó y allanó el camino de sus relaciones. Hablaron de noche, ella desde el balcón, él en la calle, y si

él se manifestó leal y sumiso como una cándida paloma, ella le endilgó una porción de mentiras que Fausto fué depositando en su corazón con tanto entusiasmo como si fueran versículos de *Los Miserables*.

La niña, lista y corrida como pocas, pronto conoció la clase de hombre que era su galán. Daba crédito a todos sus embustes, no dudaba de nada de cuanto ella le decía. Historias de nobleza de su familia, actos de caridad realizados por su padre y por ella con sus mismos enemigos, una serie de patrañas ridículas que contó Clementina, fueron para Fausto artículos de fe. Tan grande candor y confianza entusiasmaron a la niña é instó varias veces al novio para que hablase a su padre.

Fausto se armó de todo su valor, se acorazó con las máximas de los hombres fuertes y dijo: «Puesto que la montaña no viene a mí, yo voy al a montaña»; además, preparó una sonrisa amable y su traje nuevo, frotó con bencina el ala del sombrero de copa y se presentó ante el padre de Clementina.

El italiano le recibió en su despacho, le habló en chapurrado, le rogó que repitiera un par de veces sus palabras, por no entenderle bien, invocó varias veces a San Gennaro con un tono muy lánguido y le despidió sin contestarle nada.

Llevaban los amores de Fausto y Clementina la traza de ser uno de tantos conatos de

matrimonio de la hija del sombrerero, cuando un accidente imprevisto arregló las cosas de otra manera.

Una tarde de verano, al anochecer, varios comisionistas de la fábrica de sombreros estaban esperando órdenes del patrón para salir a viajar. Se acercaba la hora de tomar el tren y el italiano no parecía.

Se preguntó por él en su casa, y Clementina dijo que no estaba allí; el portero aseguró que no le había visto salir a la calle; se le buscó por todos los cuartos y rincones, y alguien sospechó si estaría en la cueva.

Bajaron y, efectivamente, lo encontraron en el suelo desmayado. El viejo sátiro había descubierto que esta cueva, donde se guardaban cajones y cosas inservibles, tenía una reja en el techo que daba al portal por donde las modistas entraban en el taller.

Allí encima esperaban las muchachas a que se abriera el obrador, y en verano, con los trajes claros, desde la obscuridad de la cueva, se les veía las pantorrillas y los muslos.

Se le subió al sombrerero a su casa sin sentido, se llamó al médico, y a los tres días, Menotti quedó con medio lado paralizado y con la boca torcida.

Vino después para él un largo período de enfermedad, y el italiano se hizo pesado, machacón y jaquecoso.

Clementina le atendía lo menos posible; en-

contraba siempre pretexto para ausentarse, para ir a charlar con Fausto, escribir cartas o visitar a sus amigas, y el italiano quedaba encomendado a los cuidados de la abuela, la señora Tomasa.

Entonces el napolitano se pasaba los días enteros lamentándose, dirigiendo ruegos y promesas a la Madonna o a San Gennaro, por si alguno de estos influyentes personajes quería curarle.

Viéndose solo y en manos ajenas, su egoísmo le sugirió la idea de casar pronto a Clementina, para que ella y el yerno pudieran estar frecuentemente a su lado.

Menotti se enteró por la señora Tomasa de las condiciones, familia y carácter de Fausto; luego le llamó y le dió permiso para entrar en casa.

Era un novio ideal. Al sombrerero le convenía que el marido de su hija no tuviese mucha independencia ni fuera hombre de empuje, y Fausto manifestaba estas cualidades negativas en un grado superlativo.

Al poco tiempo de entrar el novio en casa, se hizo la boda con gran suntuosidad y lujo, y Fausto, sin notarlo él mismo quizá, fué un verdadero mártir.

Pasada la luna de miel, el paralítico se apoderó de su yerno y le tomó a su servicio. Le hacía ir y venir a su capricho, servirle de muleta, leerle periódicos.

Llegó a tenerle un gran cariño, un cariño semejante al que se siente por un buen cocinero o por una robusta ama de cría.

En cambio, Clementina, a quien el oficio de enfermera agradaba poco, se hizo pronto independiente. Se instaló en el despacho de su padre, y desde allí lo manejaba todo, cobraba letras y facturas, pagaba a los oficiales y a los obreros, daba órdenes a los viajantes y llevaba la marcha del almacén y del taller.

Don Fausto se constituyó en administrador de las cosas pequeñas, daba dinero para la compra, despedía a los criados. Parecía el amo y era, en el fondo, un señor que ejercía los cargos de mayordomo y de enfermero, además del de marido.

No sólo tenía que aguantar las chinchorrerías del sombrerero, sino las explicaciones del médico de la casa, el doctor de Diego, uno de los hombres más pesados y más insoportables de la cofradía galénica.

Este doctor era un vejete casi enano, rojizo, con una calva reluciente y puntiaguda, el bigote blanco, corto, y los anteojos de oro. Andaluz de nacimiento, podía ponerse a hablar con el más charlatán del globo. Era mareante, estupefaciente, no se contentaba sólo con charlar, sino que agarraba de las solapas al interlocutor y le miraba de cerca a los ojos.

Conocía el doctor de Diego todas las martingalas de la práctica para contentar a la

gente. Desconfiaba de lo nuevo, lo cual para la mayoría es signo de gran ciencia. Iba treinta o cuarenta años atrasado en sus ideas, lo que no es mejor ni peor que ir al día, como la moda de hoy no es tampoco mejor que la de ayer, sino igual.

Practicón en su oficio, obtenía grandes éxitos y, sobre todo, lo que era más importante para él, ganaba mucho dinero recetando agua de malvas y aceite de ricino.

Su mayor habilidad consistía en satisfacer los caprichos del enfermo y resolver sus incompatibilidades: que a éste no le gustaba el chocolate, la leche o el caldo, pues en seguida, el doctor de Diego buscaba otra cosa para darle.

Además, el doctor poseía conocimientos acabados y profundos del arte culinario, e indicaba el verdadero modo de hacer el puré, la sopita de ajo o el ponche, y cuando el ama de la casa no le comprendía, llamaba a la cocinera y le explicaba, con todo detalle, el tiempo que debía estar la cazuela o la cafetera en el fuego y otros extremos igualmente interesantes.

Un médico, cuya escala de conocimientos abarca desde las alturas de la psicología hasta las vulgaridades del fogón, necesariamente debía ser un sabio, y, lo fuera o no, el doctor de Diego pasaba por tal.

Soportando al enfermo y al médico, en una pobre y miserable condición de domesticidad,

vivió don Fausto más de diez años. No estaba enterado de nada de cuanto pasaba en la casa; alguna que otra vez quiso dar un consejo referente a la marcha de la industria; pero le demostraron que no tenía idea de lo que era el negocio y que debía callarse.

Durante una época, hubo momentos en que don Fausto casi se sintió celoso; había un dependiente joven, rubio, un hortera satisfecho de sí mismo, que estaba siempre al lado de Clementina. Un día don Fausto recibió un anónimo, diciendo que su mujer le engañaba con el dependiente. Don Fausto consultó el caso con el suegro, y dijo que le iba a enseñar el papel a su mujer. El italiano miró a su yerno con curiosidad, sonrió con una sonrisa verdaderamente cínica, y dijo:

—No le digas nada a Clementina; le vas a dar un disgusto.

Don Fausto no dijo nada, rompió la carta y se olvidó de lo que decía.

En este tiempo, Clementina tuvo dos hijas, Asunción y Pilar; murió la madre de don Fausto, y el sombrerero llegó a agravarse hasta morir también, con lo cual dejó tranquilos a todos los que le rodeaban.

El más apesadumbrado fué el doctor de Diego; hecho a aquellas crecidas cuentas mensuales, le parecia bastante duro tener que cerrar la cuenta del sombrerero de una vez para siempre.

V

La libertad inútil

Cuando don Fausto se encontró libre de su suegro, el hombre no supo en qué emplear su energía, parte porque no encontraba ocupación adecuada y parte porque su energía era tan insignificante, que no le hubiera bastado ni siquiera para ser ministro en España.

La libertad le pesaba a don Fausto de un modo horrible, lo cual no era obstáculo para que hablase a todas horas de los beneficios de la libertad.

Para distraerse un poco de estos beneficios, el hombre iba a ver cómo marchaban las construcciones en Madrid, a la parada de Palacio y a todas las fiestas callejeras, ya fuesen civiles, militares, religiosas o entreveradas.

Cuando don Fausto se aburrió de derribos, de construcciones, de militares y de curas, se

dedicó a pasar horas y horas en el café leyendo periódicos.

Buscó luego a su amigo Mudarra, el antiguo asistente de su padre, empleado, desde hacía algunos años, de portero en un ministerio, y trabó nuevas amistades con él y lo llevó a su casa con frecuencia.

Clementina, al principio, manifestó pocas simpatías por aquel hombre. La adhesión que el antiguo asistente había guardado a su suegra durante toda su vida le molestaba como un insulto; pero Mudarra, naturalmente alegre y comunicativo, se hizo querer por las hijas de don Fausto y al último ganó también la amistad de Clementina.

Mudarra seguía siendo republicano y asistía a una tertulia del Café Universal, adonde llevó a don Fausto para presentarle a sus amigos.

Don Fausto comenzó por escuchar religiosamente y terminó por perorar. El tiempo que calló hizo que se le considerase por los correligionarios como hombre reservado y fuerte; se decía enemigo de las cosas hechas a medias, y el buen señor, incapaz de llevar la contra a su mujer, se figuraba a sí mismo un terrible revolucionario. Se disfrazaba de león, y como todos los de la tertulia llevaban algún disfraz parecido sobre sus pieles de conejo, nadie protestaba.

En don Fausto, como en todo buen español,

había el germen de un orador. A medida que frecuentaba el café, iba saturándose de elocuencia y comenzaba a hablar escuchándose.

Este vicio español de la oratoria se le contagió de tal modo, que el hombre, antes tan sencillo en medio de sus chifladuras, se hizo de palabra engolada y altisonante. Se figuraba que toda frase era una idea, sin comprender que ese conglomerado de palabras que forma una frase es, a la substancia con que se constituyen las ideas, lo que un pedrusco es a la tierra laborable.

En la tertulia del Universal se hacían derroches de oratoria. La Revolución francesa, Danton, Mirabeau, Proudhon, Krausse, estaban siempre sobre el tapete. Ciertamente que nadie sabía nada de todo esto, pero se hablaba, y entre españoles esto siempre es algo; había algunos que, poseedores del secreto—en la política y en la vida siempre hay para los románticos un secreto—, sonreían burlonamente.

En el fondo, los buenos republicanos no estaban contentos. La Internacional y la aparición del Socialismo les amargaba la dicha.

Ellos habían creído dar en el fondo de las ideas radicales; habían saludado la República y la Democracia como la aurora de una vida nueva y se encontraban con que a sus pies germinaba una idea más radical que la suya.

Era, ciertamente, desagradable; un chasco

parecido al del hombre que, después de mucho empeño, consigue una entrada para una fiesta de invitación y se encuentra después que todo el mundo pasa sin billete.

En la tertulia del Universal nació la idea de fundar un periódico y don Fausto aportó para la realización del proyecto algunas pesetas que tenía sisadas a su mujer. La época del periódico fué una de las más felices de la vida de don Fausto; iba a la redacción, establecida en un piso principal obscuro y sucio de la calle de Silva, como a un santuario.

Allí se discutía la orientación del periódico. Algunas veces, don Fausto escribía una noticia, un suelto político, como quien no da importancia a la cosa, y al entregar su trabajo al director y al ver que pasaba la mirada distraída por la cuartilla y la enviaba a la imprenta, don Fausto sentía una íntima satisfacción.

En casa leía sus noticias y sus sueltos, sólo los suyos, y casi se asombraba al ver que aquellas líneas en donde se hablaba del condigno castigo, del yugo de la odiosa reacción, del espectro de la anarquía, del trabajo realizado de consuno, pudiesen salir de sus manos.

El burgués, en general, desprecia al que escribe y respeta lo escrito con tinta de imprenta. Es una de las fórmulas más imbéciles del fetichismo en la civilización actual; don Faus-

to no era de éstos; para él el papel impreso era santo y el periodista un ser superior.

A los amigos, a los indiferentes, les decía don Fausto: Ahora salgo de la redacción; y esto se le figuraba que le daba más lustre que si hubiera dicho: Ahora salgo de mi palacio o de conferenciar con el Santo Padre.

La redacción del periódico era por extremo pintoresca; formada por unos cuantos chanchulleros y por algunos desdichados muertos de hambre. Entre los que asistían frecuentemente a ella, se distinguían dos compadres, militares ambos y ambos expulsados del ejército.

El uno era un andaluz charlatán y chanchullero, pero valiente hasta la temeridad. Se llamaba Dantín. De él se contaba, y todos los que le conocían aseguraban la autenticidad del hecho, una cosa que, si no demostraba su probidad política, denunciaba su valor temerario. Dantín, sublevado el 22 de Junio, se había batido contra la tropa, como una fiera, en una barricada. Al asaltarla el ejército, Dantín se presentó al coronel de la fuerza diciéndole que, prisionero de los sublevados, estaba con ellos forzosamente por no encontrar medio de evadirse.

Esto ocurría por la mañana; por la tarde, Dantín se lanzaba al frente de las tropas contra los sublevados, batiéndose con tal bravura y arrojo, que el coronel, lleno de entusiasmo,

le regaló su caballo. Por la noche, Dantín vendía el caballo y jugaba las pesetas que le habían dado por él en una chirlata.

Dantín, expulsado del ejército, vivía trabajando de procurador, enredado con una mujer echadora de cartas. Era un hombre muy inteligente. Hacía escritos, que luego llevaba a que los firmasen abogados muertos de hambre; era una especialidad en chanchullos; todo se enredaba o se desenredaba en sus manos a su capricho.

Uno de los negocios, que le salió mal, le obligó a pasar una temporadita en presidio; pero desde allí siguió la marcha de sus asuntos y envió a sus amigos, como recuerdo, una fotografía en la que, vestido de presidiario, afeitado, con un gorro, estaba tocando la guitarra en medio de un grupo de tipos patibularios.

El otro militar era el reverso de Dantín; honrado, serio, de probidad, pero cobarde como un conejo. Le llamaban don Román. Este hombre llevaba grandes bigotes y perilla a lo Napoleón III. El era el que había dicho en una reunión revolucionaria esta frase dantoniana:

—Aquí lo que hace falta, ciudadanos, es vigor juvenil; aquí lo que hace falta es energía. ¡Que me den el hacha del verdugo de Astrakán!

No se sabe lo que hubiese hecho don Ro-

mán con el hacha del citado verdugo; pero cuando uno tiene la suerte de crear una frase tan definitiva, su nombre queda consolidado.

Tenía don Román el semblante duro y el corazón blando. Se susurraba que su salida del ejército no había sido ni tan terrible ni tan digna como él aseguraba.

A creer a los murmuradores, en el momento en que don Román se vió seriamente comprometido en un movimiento revolucionario, comenzó a pasar la vida temblando. Un día, ese día clásico en que hay que echarse a la calle, don Román sintió la prudencia como una voz suave, como una voz amiga que hablaba en el fondo del alma, e impulsado por ella, con el corazón palpitante, sin pensar si el peligro era tan grande como su imaginación lo pintaba, se echó a la calle, se metió en una peluquería, se afeitó el bigote y la perilla y se escondió donde nadie pudiese verle, asustado de su miedo y de su facha de cura.

El movimiento revolucionario abortó, y el pobre don Román, afeitado, tuvo que escapar de Madrid, perder su empleo por vergüenza y estar durante largo tiempo escondido, hasta que sus bigotes y su perilla crecieron lo bastante para presentarse de nuevo ante sus correligionarios como un héroe y como una víctima.

Don Román y Dantín sableablan a don Faùsto. Don Román trató de convencerle va-

rias veces de que debían ir los dos a París. La revolución se aproximaba; con el triunfo era seguro que pudiesen alcanzar los dos altos cargos.

Don Fausto habló a su mujer de esta proposición medio en serio, medio en broma, para ver por qué registro salía ella, y notó con gran asombro que Clementina no rechazaba el proyecto, sino que lo consideraba como una cosa que había que aclarar, ver el pro y el contra y estudiar detenidamente.

Don Fausto quedó estupefacto; no comprendía el motivo de una transigencia así; no se hallaba en el fondo de las interioridades de su familia y su mujer era para él un enigma.

La causa era sencilla. Clementina no estaba contenta. Después de trabajar con verdadera ansia para aumentar su fortuna, ensanchando el negocio, al llegar al término de sus aspiraciones se encontraba sin poder ir más lejos, rechazada con desdén por la sociedad elegante.

En las ciudades españolas, como no hay clase media que tenga prestigio, cuando la gente se enriquece, intenta en seguida sumarse a la aristocracia. Si el advenedizo posee una gran fortuna, no le es difícil la incorporación de su nombre al mundo brillante; ahora, si la fortuna es pequeña, este ascenso en el escalafón social es más difícil. Esto es lo que le sucedió a Clementina; no se le aceptó ni siquiera en esa clase subaristocrática de aspi-

rantes en donde gimen las familias con instintos trepadores.

En la Castellana, al presentarse en coche con sus hijas, sentía las miradas impertinentes y burlonas de las señoras de la aristocracia, las cuales conocían a Clementina del despacho de sombreros. Algunas llegaban a saludarla, otras la examinaban con curiosidad y volvían la cabeza al pasar.

En las sociedades aristocráticas hay cosas que no se pueden perdonar, y una de ellas es el haber tenido talento, energía, constancia o suerte para conseguir una fortuna. En estas sociedades, y en la española sobre todo, que es de las más incultas, formalistas y metafísicas, las únicas pasiones fuertes son las pasiones de vanidad: la envidia y el desprecio. La bondad, la belleza, la gracia, la delicadeza, la distinción, todo lo que tiene verdadero valor natural, es insignificante en nuestra sociedad ante las categorías artificiosas del rango; de aquí la envidia y el desprecio; envidia del de abajo, desprecio del de arriba.

Son estas dos tristes pasiones las únicas fuertes, las únicas enérgicas de la vida de relación española, que no es el fondo más que la vida de una raza berberisca, de una raza de desierto.

Clementina, aunque lo disimulaba, sentía el desprecio hasta el fondo del alma; los desdenes de la gente aristocrática eran trallazos que

le cruzaban el rostro, y cuanto más notaba el desvío, más ansia tenía de acercarse a los que la desdeñaban.

En uno de esos momentos de ira, pensó en abandonar el almacén de sombreros de paja y traspasarlo a su dependiente principal. Libres y con dinero, Clementina y sus hijas—el marido no entraba en sus cálculos más que como una parte alícuota—abandonarían Madrid durante algún tiempo y gozarían de la vida.

Esta idea a ratos le seducía, a ratos le disgustaba, aunque el perder un ingreso seguro como el que daba la industria no le agradaba nunca.

En tal situación de la familia, llegó la carta de Blanca de Montville. Suplicaba a don Fausto que fuera a visitarla a París; quería hablarle.

Don Fausto consultó con su mujer y sus hijas, y las tres fueron de parecer que debía ir a París.

Don Fausto anunció a varios amigos que se marchaba; tomó una carta de don Román para un correligionario; luego, transcurridos algunos días, más que por nada por miedo al ridículo de decir que se marchaba y no marcharse, se puso en camino.

VI

El despertar en la calle de l'Arbalete

Tardó don Fausto mucho tiempo en dormirse; anduvo dando vueltas y vueltas en la cama, pensando en las mil peripecias que le reservaba París.

La verdad era que nunca había supuesto que se realizaría su viaje; siempre contaba con algún accidente imprevisto, tan temido como deseado, que fuese un obstáculo para ponerse en camino.

Sin embargo, allá estaba. ¿Qué iba a hacer en París? No lo sabía. El aspecto de Blanca no era tan malo; podía vivir mucho tiempo, meses, años quizá.

Pensando alternativamente en estas y otras muchas cosas, tardó don Fausto en dormirse y oyó sobresaltado durante toda la noche pasos de gente en la escalera.

Se despertó muy de mañana al oir un tumulto en la calle; se levantó y descorrió las cortinas. Hacía un hermoso día. Abrió el balcón y se asomó a él.

Un grupo de curiosos miraba al interior de un portal. De pronto, todos abrieron paso y salió a la calle una mujer gruesa, a medio vestir, desgreñada, a empujones de un hombre que la golpeaba de un modo brutal.

La mujer, aturdida o borracha, con la cara llena de arañazos y de sangre, andaba dando traspiés; el hombre, un tipo de bruto, zambo, encorvado, tiznado como un carbonero, la golpeaba con un bastón nudoso, y el público, formado por los dueños de las tiendas de la calle, por viejas de cofia, porteros con mandiles, pinches con sus cestas y chiquillos de blusa, presenciaban la escena con un regocijo encanallado.

En esto, un joven alto, fuerte, de barba dorada, se acercó al furioso que golpeaba a la mujer y le separó de su víctima. El otro intentó agredir al joven, y éste, sin esfuerzo alguno, le dió tal empellón que le hizo dar violentamente contra con la muestra de una tienda.

Luego el joven hizo que la mujer se metiera en un portal, y encarándose con el público. mandó marchar a cada cual a su rincón.

Todo el grupo de porteros, viejas y chiquillos se alejó un poco, esperando la continuación de la escena; la mujer salió del portal y

se escapó, el joven alto de la barba rubia siguió calle arriba, como si nada hubiese sucedido, y el hombre zambo, medio derrengado con el golpe, se fué también, defraudando con la marcha de los protagonistas la curiosidad del público.

El espectáculo ocasionó a don Fausto una impresión desagradable. El creía en el sexo débil; se figuraba que la mujer era siempre un sér delicado, que vivía amparado por la protección del hombre fuerte, valiente y rudo. No se había tomado el trabajo de comprobar cuál de los dos era el fuerte en su matrimonio, si su mujer o él.

Respecto a la intervención del joven alto de la barba dorada, le había parecido oportuna; pero aquel abuso de su fuerza, que le permitia echar como una pelota al agresor, no le gustaba.

Don Fausto era bastante romántico para suponer que el triunfo en la lucha física entre dos hombres era un fenómeno más de convicción que de dinámica.

Recordando la escena un tanto molesta, se vistió don Fausto, salió a la escalera y llamó en la puerta de enfrente, en la casa de la catalana.

—¿El señor Bulero?—preguntó a la criada.

—No sé quien es.

—Un español.

—¡Ah, sí! Pase usted—y la criada le hizo

entrar por un corredor y le indicó una puerta en el fondo.

Llamó don Fausto, se oyeron pisadas dentro, se entreabrió la puerta y un hombre en calzoncillos apareció y dijo:

—Entre usted. ¿Quién es?

—Un español que trae una carta para usted.

—Espere usted un momento. Salgo en seguida.

Esperó don Fausto, y, al poco rato, se presentó un hombre bajito, de nariz aguileña, de bigote afilado, magro y cetrino. Acompañó a don Fausto hasta un cuarto con pretensiones de sala de lectura, con unos cuantos sillones raídos y unos periódicos atrasados encima de la mesa; le invitó a sentarse, se sentó luego él, tomó la carta, la abrió, se colocó los quevedos y leyó con aire grave.

—¡Ah! ¿De modo que es usted el señor Bengoa y milita en el campo republicano?

—Sí, tengo esa honra.

—Pues cuénteme usted entre sus amigos, y si en algo puedo serle útil...

—¡Oh! muchas gracias.

—Siéntese usted. Hágame usted el favor... ¿Y qué tal por Madrid? ¿Cuándo viene la Revolución?

—Desgraciadamente, parece que eso tarda.

—Cierto, ciertísimo—dijo el señor Bulero, con el tono y el aire pensativo de un hombre que tiene que resolver un problema difícil—.

¿Pero usted cree que vendrá?—preguntó después,

—Hombre, yo creo que sí.

—Usted cree que sí—replicó pausadamente Bulero, para formarse una idea justa del alcance de estas palabras.

—Es mi parecer.

El señor Bulero se sumergió en las honduras de su pensamiento. Don Fausto le contempló un tanto azorado. El hombre tenía un aire grave y solemne y el cuello de la camisa bastante sucio.

—Conque usted cree que vendrá—repitió de nuevo.

—Yo, al menos, así lo espero.

—El señor Bulero, después de hacer algunas salvedades, con su voz reposada y cavernosa, y de afirmar con energía la honradez del partido revolucionario y de sus hombres, se dedicó a injuriarlos individualmente. Prim era un ambicioso sin ideales, Serrano otro, Sagasta un intrigante, Pí y Margall un sectario intratable, Castelar un charlatán. La gente de segunda fila valía menos aún: el que no un pillo, era un tacaño, todo el mundo quería figurar, nadie tenía la abnegación de sacrificarse por la causa, y cualquier majadero aspiraba a ser un personaje.

Don Fausto escuchaba con disgusto a este hombre sucio, que parecía impregnado de vanidad y de grasa; así, que en el primer alto de

la conversación se levantó, con el objeto de despedirse.

—¿Vive usted cerca de aquí?—le preguntó el señor Bulero.

—En esta misma casa, en el cuarto de enfrente.

—¿Conoce usted París?

—No.

—Pues yo le acompañaré a ver los monumentos.

—Muchas gracias; tengo muy poco tiempo libre, la verdad.

Bulero hizo un gesto, como quien oye una impertinencia.

—Entonces no le digo a usted nada...; pero si necesita alguna cosa...

—Hombre, sí. Desearía que me indicara usted un restaurant barato, por aquí cerca.

—Pues, mire usted, a unos pasos, en la esquina de la calle de Feuillantines, hay uno. Si quiere usted, podemos ir a almorzar allá.

—Bueno, vamos.

—Entonces, espéreme usted un momento.

Desapareció Bulero, volvió al poco rato con un sombrero de copa alta y con unos puños postizos que se fué poniendo, y don Fausto y él salieron de casa.

El restaurant se encontraba en la misma calle de l'Arbalete. Era un local estrecho como un corredor. A la entrada, a un lado, estaba la cocina, en la que se veían dos mujeres gor-

das lavando platos. No parecía sino que las habían puesto allí para que, a la vista de los platos sucios y de las fuentes con salsa, se le quitara la gana de comer al más fuerte de estómago.

En el restaurant había columnas de madera y tres filas de mesas de pino, sin manteles. En el fondo, en el mostrador, un Hércules de unos cincuenta años, sonriente, permanecía de pie, con los brazos al aire, en los que se marcaban sus bíceps de atleta de circo.

Entraron don Fausto y Bulero. Según dijo éste, era regla establecida por los abonados al comedor el ir avanzando desde la puerta hasta el fondo, a medida de su antigüedad, y la regla se cumplía sin excepción, sin que valieran para quebrantarla ni las amistades ni las recomendaciones. En la mesa última, la más grande, cerca del mostrador, se sentaban los parroquianos antiguos.

Durante el almuerzo, Bulero se dedicó a darse tono y a soltar baladronadas. Badinguet y la Española le tenían a el más miedo que a Mazzini. El Emperador le conocía; una vez le había enviado unos asesinos corsos para despacharle, pero él sabía guardarse las espaldas, y ni el Emperador ni nadie podía nada contra él.

El era uno de los directores del movimiento revolucionario; contenía a Blanqui, para que no se lanzase a hacer algún disparate, impul-

sado por su fogosidad; aconsejaba al joven Gambetta y dictaba los artículos a Enrique Rochefort. Víctor Hugo le había escrito una vez desde el destierro: «Entre usted, Garibaldi y yo, puestos de acuerdo, haríamos algo en el mundo.»

Don Fausto escuchaba de mala gana a Bulero; veía claramente que todas sus historias eran un tejido de mentiras; pero, aun sabiendo el engaño, le daba envidia la frescura y la audacia de aquel hombre al fingirse amigo y consejero de tanta personalidad ilustre.

Al terminar el almuerzo, pagó don Fausto, y le preguntó Bulero:

—¿Tomamos café aquí?

—No. Yo tengo que estar en la calle de Vaugirard a eso de las dos.

—Tiene usted tiempo de sobra. Es muy temprano aún. Lo que podemos hacer, si le parece a usted, es ir al café de Voltaire, donde se reunen algunos correligionarios. Le viene a usted de paso.

—La idea de conocer a alguna persona notable encandiló a don Fausto y se plegó a los deseos de su antipático compañero. Salieron del restaurant.

Hacía un día de Mayo espléndido. Bajaron el boulevard Saint-Germain, hasta tomar por una calle transversal a la plaza del Odeón.

Entraron en el café de Voltaire, en la sala de la derecha. Estaba vacía; sólo un señor me-

lenudo, con un montón de revistas sobre la mesa, abría y cortaba las hojas, con una dobladera de hueso, febrilmente.

Se sentaron Bulero y don Fausto en un ángulo de la sala.

Enfrente, a través de los visillos de muselina de un ventanal, se veía la plaza del Odeón, por la cual, en aquella hora, no pasaba un alma.

Se oía de cuando en cuando el ruido de algún coche, el grito de algún comprador de ropa vieja o las notas de un organillo.

Por la otra ventana del café se veía la calle Voltaire, por la cual pasaba de tarde en tarde algún estudiante del brazo de una mujer o algún poeta melenudo.

Bulero le dijo confidencialmente a don Fausto que este café había sido el verdadero cenáculo de la Bohemia.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo!

Don Fausto contempló la sala con respeto. Ciertamente, el café tenía carácter, un carácter antiguo, íntimo, de familia. Las paredes, tapizadas de blanco, hallábanse adornadas con grandes espejos de luna, algo pálida y borrosa; los divanes, sin estar raídos, no tenían ese rojo brillante del terciopelo nuevo; las cortinillas blancas de las ventanas ocultaban el interior del café a los transeuntes de una manera velada y discreta, como si fueran de un orato-

rio o de una sacristía. Era un café de aire arcaico y elegante, sin el brillo y la chabacanería de las cosas nuevas; un rincón propio de poetas o de académicos.

Mientras tomaban café Bulero y don Fausto, comenzaron a entrar parroquianos; unos cogían algún periódico y se enfrascaban en la lectura; otros pedían al mozo una caja para jugar a los dados o un tapetito para echar una partida de cartas. El humo del tabaco llenaba la sala.

—¿Suele venir por aquí Bardón, el español?—preguntó Bulero a un mozo.

—Sí, no tardará.

Efectivamente, no acababa de decir esto, cuando se presentaron dos señores que, por su empaque, conoció don Fausto que eran españoles. Uno de ellos, grueso, fuerte, de bigote y perilla, tenía tipo militar; el otro, flaco, viejo, afeitado, ostentaba una completa facha de dómine.

Bulero se levantó para saludarlos y les presentó a don Fausto. El más joven era Bardón, un militar revolucionario amigo de Prim; el otro se llamaba don Segundo Paz y su nombre era conocido y casi célebre en el barrio Latino.

Ninguno de los dos debía sentir gran simpatía por Bulero, porque se les vió molestados por el encuentro y le oyeron sin hacerle apenas caso, interrumpiéndole a cada instante

con observaciones acerca del tiempo, como si su charla les enfadase más que otra cosa.

En esto, cuando ya don Fausto se preparaba a levantarse y salir del café, una cara apareció en el cristal de la ventana de la calle Voltaire y, a través de las cortinillas, estuvo mirando el interior largo rato.

—Ese es Pipot—dijo don Segundo.

—Parece que sí—añadió Bardón.

—Ya vendrá si es él—agregó Bulero, haciendo un gesto desdeñoso.

Efectivamente, al poco rato se abrió la puerta y apareció en el café un hombre flaco, desgarbado, con una capa española doblada y echada sobre el hombro, seguido de un perro de lanas de color de chocolate.

El hombre se acercó, con los brazos abiertos, a la mesa donde estaba don Fausto, estrechó la mano de don Segundo Paz y dió dos palmadas amistosas en el hombro de Bardón.

—¿Pero de dónde sale usted?—le dijo éste.

—Ven... ven... go... del... cam... campo—contestó el recién venido tartamudeando.

—¿Ya se ha quitado usted la pluma del chambergo?—le preguntó Bulero con aire desdeñoso.

El tartamudo no se dignó contestar, llamó al mozo y le pidió una silla. Era un tipo notable. Llevaba una levita abrochada hasta el cuello, adornada de manchas, polainas amarillas y un sombrero de paja de grandes alas

inclinado hacia la oreja, lo que daba a su fisonomía un aire entre cómico y audaz.

—¿Pero sigue usted con las polainas y la capa en este tiempo?—dijo don Segundo Paz con una voz de característica irritada.

—Pues, mire usted—replicó el tartamudo, repitiendo una porción de veces cada sílaba—, gracias a eso estoy dando lecciones de español a una princesa rusa.

—¡Este hombre siempre tan fantástico!—exclamó Bardón.

—Yo no sé si es princesa o no, pero rusa sí es—contestó el tartamudo, y siguió hablando, a pesar de su torpeza en pronunciar, como una devanadera.

—Usted es el único hombre a quien yo envidio—dijo de pronto el militar, cortándole la palabra.

—¿Y por qué?

—Porque es usted un hombre feliz.

—*Morny* y yo no tenemos grandes necesidades—contestó el tartamudo.

Morny era el perro.

—¿Y dónde se ha marchado *Morny*?—preguntó Bardón.

—Habrá ido a la cocina del café a ver si le dan algo. Cada uno busca la vida como puede. Yo, con unos cuartos, la pipa y un poco de imaginación, estoy contento.

—¿Un poco nada más?—exclamó don Segundo riendo.

—Para mí es poco lo que para otro quizá fuera demasiado.

Llegó *Morny* con el hocico lleno de grasa y se arrimó a su amo. El tartamudo le dirigió un severo discurso.

Don Fausto, a pesar de que le hubiera gustado quedarse, vió que se hacía tarde y era ya hora de ir a casa de Blanca. Se levantó, saludó a todos con el aire modesto, propio del que no está iniciado en las interioridades de la vida parisiense, salió del café Voltaire, dió la vuelta al Odeón y entró en la calle de Vaugirard.

VII

Los amigos de Blanca de Montville

Al llegar al hotel donde vivía Blanca, el portero, que reconoció a don Fausto, se le acercó y le dijo:

—La señorita está mejor.

—Vamos. Me alegro mucho.

Subió don Fausto, y la criada vieja, la Plácida, le hizo pasar a la sala.

—Espere usted un momento. Estamos vistiendo a la señorita.

Don Fausto esperó. El salón donde se encontraba era un gran salón-biblioteca estilo Luis XV. Tenía el techo muy alto, con molduras de guirnaldas y amorcillos, ya resquebrajadas por la acción del tiempo. Se hallaba la estancia en aquel momento a media luz. En un testero, en una gran chimenea, ardía un alegre fuego de leña. Un olor vago de rosas se sentía en el cuarto.

Don Fausto anduvo de puntillas de un lado a otro, observándolo todo con curiosidad.

Había en la sala unos cuantos sillones de pies rectos, con incrustaciones de cobre, que brillaban con el fulgor de las llamas del hogar; las paredes estaban ocultas por dos armarios bajos llenos de libros y encima se destacaba una serie de retratos obscuros.

Entre los dos balcones se veía un *secretaire* de laca y sobre él un espejo claro y transparente, en donde se reflejaban los objetos y los cuadros a la luz mezclada de la claridad que venía por los intersticios de las cortinas y del resplandor del fuego.

En el mármol de la chimenea, sobre un mantel de terciopelo blanco, brillaba un reloj Imperio entre dos figuritas de Saxe; en un rincón, un antiguo piano mostraba sus teclas desgastadas y amarillentas.

Estaba ya don Fausto cansado de esperar, cuando entró Blanca, apoyada en la Plácida; se acercó a la chimenea y se sentó en un sillón.

—¡Pero qué valiente!—le dijo don Fausto, que tenía un gran repertorio de estas frases que se emplean con los enfermos.

—Ya ves—dijo la vieja señorita, y añadió:—Placida, descorre un poco las cortinas.

Hizo la criada lo mandado y la luz entró en la sala, amortiguando los reflejos de las llamas del hogar.

—Ahora tráeme uno de esos biombos y ponlo aquí, porque hay corriente de aire.

Blanca se sentó en un sillón, con la cabeza reclinada en una almohada. A pesar de su enfermedad y de sus años, no dejaba de estar ataviada con coquetería.

—¿Has escrito?—le preguntó a Fausto en seguida.

—Sí.

—¿Por qué no has venido esta mañana?

—Es que no me he levantado temprano; además, he ido a vivir un poco lejos de aquí.

—Pues por este lado tenías buenos hoteles.

—Sí, pero como no conozco ninguno y guardaba las señas de la casa donde vive un conocido, he ido allá.

—¿No hablas francés?

—No. Es decir, hablo algo, pero muy poco.

—Pues tu madre lo hablaba muy bien. Mucho mejor que yo el castellano. ¿Se le olvidó al último?

—Sí, casi por completo.

—Yo todavía hablo regularmente el castellano, ¿verdad?

—No, lo hace usted muy bien.

—Y cuidado que ha pasado tiempo. ¿Tú te acuerdas de la última vez que estuve en Madrid?

—¿No me he de acordar? ¡Ya lo creo!

—Es verdad; hasta se me figura que quedaste un poco enamorado de mí.

—¡Un poco nada más!

Se echó a reir alegremente Blanca y luego, señalando un cuadro, dijo:

—Ahí hay un retrato que me hicieron poco después de volver la primera vez de Madrid.

Don Fausto se levantó para verlo y exclamó:

—¡Oh, qué cosa más bonita!

—Lo hizo Delaroche, Paul Delaroche.

—Es una preciosidad. ¡Pero qué hermosa ha sido usted, Blanca!

Ella se echó a reir.

—Entonces tenía treinta años. Ahora puedo decir, como en la leyenda de una caricatura de Gavarni, que de la belleza del diablo ya no me quedan más que las uñas.

—Eso no es verdad, Blanca... usted no tiene uñas.

Era curioso lo que le pasaba a don Fausto; con ninguna mujer sabía ser galante, excepción hecha de Blanca; su antigua amistad, mezcla de cariño, de confianza y respeto, le daba en su compañía un gran aplomo. Ella consideraba a su amigo como un hombre de mundo, y el ser estimado por tal hacía a don Fausto tener soltura en su conversación.

Don Fausto, después de contemplar el retrato y de pasar revista a las miniaturas, grabados y daguerreotipos de salón, echó una ojeada a los armarios, en donde se veían las obras, encuadernadas en tafilete, de Walter

Scott, Chateaubriand, Lamartine, Alfredo de Vigny, Jorge Sand y otros muchos escritores de la misma época.

A las preguntas de don Fausto, Blanca contestaba con largas explicaciones, contando historias, enlazadas unas con otras.

Dentro de aquel salón se compendiaba toda la vida, todos los recuerdos de la señorita de Montville.

—Pero, ¿no se cansa usted de hablar?—le preguntó don Fausto.

—¡Ca!, al revés, me encuentro mejor. Si no tuviera con quien hablar, sería muy desgraciada. Ya ves, hoy van a venir a verme mis amigos.

—¿Ahora?

—Sí.

—Pues si estorbo, dígamelo usted.

—No... Te presentaré a ellos. Te advierto, eso sí, que todos son legitimistas... es decir, todos somos legitimistas.

—¿Pero platónicos?

—No lo creas, a veces conspiramos. ¿Y tú sigues tan republicano como antes?

—Igual... Si son intransigentes sus amigos, me marcharé.

—No, no son intransigentes. Además, aunque les digas que eres republicano, siendo español y amigo mío, no lo creerán, se figurarán que es una broma.

—¿Por qué?

—Porque para ellos un español no puede ser más que hidalgo, católico y legitimista.

—Pues yo no soy legitimista...

—Por lo menos, no se lo digas a mis amigos.

—Será difícil, con el poco francés que sé.

—Es que hay uno que habla el español muy bien, Gastón Baucemont d'Havray. Estuvo con los carlistas en la legión extranjera; te lo advierto para que no le digas nada ofensivo, porque es una buena persona.

Don Fausto nada replicó, aunque no dejó de murmurar con cierto disgusto:

—Pues señor, esto es un antro de clericales. Siguieron charlando la señorita de Montville y don Fausto, cuando un criado viejo, vestido con librea azul, entró en el salón y dijo, inclinándose:

—El señor vizconde de Haracourt y señora.

Don Fausto se levantó. Entró el matrimonio.

El vizconde besó la mano de Blanca y la vizcondesa dió a su amiga dos ósculos sonoros en las mejillas. Luego, Blanca les presentó a don Fausto; pero, al advertir que éste no sabía francés, el vizconde de Haracourt hizo un gesto tan exagerado de dolor, como si le hubiesen arrancado una muela; después tendió la mano a don Fausto con cierta tristeza, como si considerase el mal irremediable.

Hecho esto, se sentó delante de la chimenea y colocó sus pies en la barra dorada. La viz-

condesa comenzó a hablar por los codos, con una voz de flauta; a veces, se dirigía a don Fausto, sonriéndole amablemente.

El vizconde de Haracourt era un señor de bigote blanco, calvo y con el pelo abierto en raya en la nuca y pegado y llevado con artificio hasta encima de las orejas; ostentaba una roseta roja en la levita y otra en el gabán.

La vizcondesa, gorda, mofletuda, sonriente, vestida de negro y con el pelo blanco como la nieve, parecía una dama del tiempo de Luis XV.

Charlaban las dos señoras; el vizconde contemplaba el fuego y alguna que otra vez hacía alguna observación a su mujer, muy amablemente, llamándola querida mía.

Don Fausto estaba algo violento. Poco después, el criado volvió a presentarse en la sala, y, tras de la consabida reverencia, dijo, con un acento solemne, lleno de sonoridades nasales:

—Los señores de Baucemont y de Baucemont d'Havray.

Entraron estos señores. Eran tío y sobrino y parecían de la misma edad.

El señor de Baucemont, pariente de la señorita Montville, era un hombre de cabeza blanca como la nieve, tez transparente y manos de mujer. Iba afeitado, con unas patillas rizadas hasta las orejas.

En el acto de las presentaciones, el señor de

Baucemont dijo algo a don Fausto, pero éste no lo entendió, y tuvo el sobrino que traducir la frase al castellano.

El señor de Baucemont era un hombre del antiguo régimen, no le gustaba leer ni pensar, escuchaba siempre sonriendo, con la sonrisa del que está en el secreto de todo, y, probablemente, no se enteraba de nada. Llevaba algodones en los oídos y polvos de arroz en la cara. De vez en cuando, en medio de la conversación, miraba con su lente cualquier cosa, un sombrero, un paraguas, un cuadro, frunciendo el ceño, como si le intrigase mucho lo que contemplaba; luego sonreía y seguía hablando. El señor de Baucemont era especialista en el empleo de locuciones parasitarias; su charla era un mosaico de frases hechas y de giros populares ya olvidados.

El sobrino Baucemont d'Havray, sin ser mucho más joven que su tío, era un hombre a la moderna. Había estado ocho años en España, durante la guerra carlista, y hablaba bien el castellano. Era un hombre alto, grueso, de unos sesenta años, de barba blanca y ojos azules. Parecía una buena persona, un tanto inclinado a la sátira.

Le dijo a don Fausto que sentía un gran placer en hablar castellano cuando se le presentaba la ocasión. Le quedaba una idea muy romántica de España, como de un país de héroes. Contó algunos episodios cómicos de la

guerra y luego se dedicó a satirizar a sus conocidos.

—¿Se ha fijado usted en el peinado del vizconde?—le dijo de pronto a don Fausto.

—No.

—Está peinado a lo águila imperial. Mire usted ahora. ¿No le recuerda a usted el escudo de Toledo? Es una obra maestra de peluquería, ¿eh?

—Sí. Es cierto.

—Se dice que la vizcondesa en sus buenos tiempos adornaba la cabeza de su marido con algo semejante a esos dos mechones de su peinado a lo águila imperial.

—¿Cree usted?

—Tengo datos. Ella ha sido muy brava y su marido la descuidaba demasiado.

—¿Y tienen hijos?

—No.

—Será gente rica.

—¡Pse! No crea usted. Viven en el faubourg Saint-Germain a la antigua. Visitan a sus amistades y sienten un profundo desdén por el París bulevardier, al que sólo consideran bueno para los extranjeros, los advenedizos, los americanos y los negros... Ahora, que el bulevar se venga de todos nosotros no haciéndonos caso. Tienen los Haracourt una casa de campo, a la que llaman castillo, y unas rentas exiguas para vivir; a sus dos o tres criados les llaman la servidumbre y a un cura

que de vez en cuando les dice misa en su casa le dan el título de capellán. Con eso y con leer todos los días la *Gaceta de Francia*, ya tienen bastante. Si se fija usted en él, verá usted que es afectado y que todo en su persona suena a falso; pues, sin embargo, cuando se llega a acostumbrar a su afectación se nota que es un hombre excelente.

Mientras estuvo hablando Baucemont d'Havray, fueron entrando más personas en la sala; una señora gorda con su hija acompañada de un pollo, un cura y un joven elegante.

La señora gruesa, madame Demange, mujer de un profesor de la Sorbona, era una mujercita redonda y sonrosada, con unos ojos azules muy cándidos, una naricilla respingona y un pecho que no le cabía en el corsé.

Su hija Susana se parecía a su madre; era rubia, sonriente, con los ojos claros, muy fresca y bonita.

El joven que las acompañaba, Matías Surennes, alto, flaco, sin pelo de barba, tenía todo el aspecto de un galgo.

Baucemont explicó a don Fausto que Blanca protegía las pretensiones amorosas de Matías con respecto a Susana Demange, pero a la chica no le entusiasmaba gran cosa el aire parado del joven Matías.

—Y es un buen chico—siguió diciendo Baucemont d'Havray—; ahora, sin ambición, sin iniciativa de ninguna clase. ¡Raza cansada!

Los únicos dogmas para este muchacho son el apellido y la costumbre. Si le oye usted hablar, ya verá usted que no se preocupa nunca de si una cosa es buena o mala, sino si la hicieron antes. Como los españoles, necesita el precedente.

—¿Y tiene fortuna?—preguntó don Fausto.

—No. Su madre posee unas propiedades, pero son tres hermanos y les ha de tocar a poco.

El cura, que tenía un tipo de gitano, era un cura aragonés pequeño, negro, de ademanes bruscos, con los dientes sucios y un aspecto brutal; había estado en la guerra carlista.

Presentado a don Fausto, ninguno de los dos se saludó con simpatía. Según dijo Baucemont d'Havray, el cura estaba muy bien relacionado en París.

Después de saludar a todos, se sentó el cura y habló de política en un tono brusco, que parecía agradar a los contertulios.

A don Fausto le era soberanamente antipática la charla y el accionado de este cura, y apartándose del sitio en donde peroraba, se marchó a un extremo del salón, en donde estaba madama Demange con su hija y el pretendiente.

Matías de Surennes preguntó en voz baja a Susana Demange si había leído a Alfredo de Musset; ella sonrió sin saber qué decir. Seguramente era la primera vez que oía ese nombre.

Baucemont d'Havray se acercó de nuevo a don Fausto y le contó las pequeñas intrigas y rivalidades del salón.

—Aquí se habla, se juega al whist y al bezigue. Se comentan los libros publicados hace cuarenta años como cosas recientes. Hay tomo de Lamartine en esta biblioteca que está regado por las lágrimas de tres generaciones de mujeres románticas.

—¿Y cree usted que no se hace más?—preguntó don Fausto—. Cualquiera diría que aquí se conspira también.

—¡Conspirar! ¡Ca! Si se conspira será labor de gente de faldas.

—¿De mujeres?

—Y de curas.

Rió Baucemont alegremente y preguntó después a don Fausto:

—¿Ha visto usted el álbum de Blanca?

—No.

—Le obligarán a usted a poner algo. Todos los amigos de la casa hemos escrito en esas páginas nuestra pequeña vaciedad.

Baucemont cogió el álbum de un velador y leyó con cierta sorna las frases que habían estampado allá desde madama Stael hasta Luis Veuillot.

—De cuando en cuando, hay pensamientos luminosos. Mire usted este mío:

«¡Qué entusiasmo produce ver tantos nom-

bres ilustres reunidos!»—*J. Baucemont d'Havray.*

—Muy bien.

—¿Eh? ¿No es shakespiriano?

Don Fausto no comprendía bien cuándo hablaba este hombre en serio y cuándo en broma, y le miraba un tanto azorado.

Mientras Baucemont se dedicaba a su charla satírica, se acercó a él un muchacho elegante, y, después de saludarle, le preguntó si no encontraba más joven que antes de su enfermedad a Blanca, si no creía que Susana Demange estaba más bonita que nunca y si no hallaba completamente *chic* a la vizcondesa de Haracourt.

Baucemont accedió sin esfuerzo alguno a reconocer la justicia de tales afirmaciones, y el joven, poniéndose su lente, le dió un apretón de manos efusivo y se acercó al grupo en donde peroraba el cura.

—Este joven—dijo Baucemont d'Havray, siguiendo en su papel de *cicerone*—es Ernesto de Erolles, un muchacho excelente, que está satisfecho de sí mismo, de su vida, de su tipo, del tipo de los demás, de ser francés, de haber nacido en París, de ir bien peinado, de llevar monóculo. Todo le parece admirable, notable, extraordinario; para todo tiene exclamaciones de entusiasmo.

—Entonces es un hombre feliz.

—¡Ya lo creo! Vive de una manera ideal, en un continuo asombro y una continua alegría. Que uno se ha casado, que otro se ha ido de viaje, que al de más allá le engaña la mujer... Todo le coge de sorpresa. Al saber una noticia, pregunta cariacontecido: Pero, ¿es de veras? ¿Es cierto? Y cuando escucha la confirmación de lo que le han dicho, se ilumina su cara, se ríe como un loco a carcajadas y aun necesita que le cuenten la historia dos o tres veces más, para saborearla a su gusto. Se figura que todos son tan torpes como él, porque, cuando cuenta algo, lo repite, suponiendo, sin duda, que los que le oyen no se enteran a la primera vez.

—Es usted muy severo—dijo don Fausto.

—No, no lo crea usted. Le tengo afecto a Erolles. Es un muchacho amigo de hacer un favor a cualquiera y amable y servicial como pocos.

—Y, además, completamente feliz.

—No, del todo feliz no es. Su felicidad tiene un punto negro. Este chico está empleado en un ministerio y trabaja en su oficina con entusiasmo. El tiempo que le dejan libre sus ocupaciones lo dedica a visitar a sus amigos. Lo que le amarga la existencia es tener que estar a las órdenes de funcionarios bonapartistas, que son antiguos republicanos. Eso de tener que obedecer a un cualquiera, a un Dubois, a un Martín, a un burgués muchas ve-

ces sin formas, ofende su dignidad, porque él acepta que estos funcionarios del Imperio tengan talento; ¡pero formas! No, no las tienen. Y a él se le figura que lo principal en el mundo es tener formas y luego antepasados.

—Pero eso es natural en un legitimista—dijo don Fausto.

—En estos, sí. Así llevan su causa.

—Pero bueno—dijo don Fausto, al ver la confianza de Baucemont d'Havray—, esta tertulia tiene algo de política, ¿eh?

—¡Ca!

—Pues parece que se intriga.

—Lo que le decía a usted. Cosas de faldas; intrigas de mujeres y de curas.

Al anochecer, Blanca indicó que estaba fatigada. La Plácida le acompañó a su cuarto; los amigos, después de despedirse, se fueron, y don Fausto se encaminó hacia su casa.

VIII

El comedor del Padre Maupit

En los días sucesivos, dos sentimientos contrarios luchaban en el alma de don Fausto: uno, el deseo de dejar París cuanto antes; el otro, el miedo al ridículo. ¿Qué dirían su familia, sus amigos, si le veían en Madrid sin haber hecho ni resuelto nada? ¿Qué diría Blanca?

Comenzaba don Fausto a comprender, con tristeza, que no era bastante fuerte para vivir con independencia; necesitaba el superior, el amo, una voluntad directora.

El miedo al ridículo le retuvo; no encontraba pretexto ni motivo para marcharse. Si se hubiera decidido a mudarse de casa, se hubiera encontrado mejor; pero no se atrevía a intentarlo siquiera, por timidez, por falta de aliento. Le asustaba el hablar francés, el ex-

plicarse con la patrona, el salir y buscar otro alojamiento; tenía miedo de que le engañasen, y, por otra parte, el barrio donde vivía le comenzaba a inquietar.

Aquella calle de Mouffetard, próxima a la suya, le daba horror.

Ciertamente, no era nada tranquilizadora. Hoy la calle Mouffetard es una calle mala, sucia y pobre; entonces era una calle infecta.

La constituían dos filas de casas, que desde la plaza de la Contrescarpe bajaban hasta la calle Lourcine, casas negras, sucias, pringosas, con tabernuchas y tiendas miserables.

Las triperías, engalanadas con intestinos blancos inflados, vejigas y pieles de gato, alternaban con las tiendas de los ropavejeros, en las cuales se amontonaban una porción de ropas usadas, libreas y uniformes, que destilaban pringue. Las verdulerías exhalaban hedores de berzas podridas y mostraban sus géneros averiados sobre estantes de madera, y en las carnicerías hipofágicas, a las puertas, como adorno, colgaban grandes mulas despellejadas, de color sonrosado, a cuyo alrededor revoloteaban nubes de moscas.

Aquella calle de Mouffetard era para don Fausto un motivo de intranquilidad; los interiores negros de las tiendas le daban horror. Las bocacalles que desembocaban en ella eran aún peores y más estrechas; una, sobre todo, próxima a un cuartel, parecía la callejuela de

un barrio judío de cualquier pueblo oriental. Por esta calle de Mouffetard veía don Fausto con inquietud, al anochecer, vagabundos, mendigos y traperos que entraban en las tabernas. Los chicos se perseguían a pedradas por las callejuelas obcuras y desiertas.

Según el estado de su ánimo, así veía don Fausto el carácter de su barrio; a veces temblaba al sentirse solo en París, en un sitio de mala gente; a veces suponía que su barrio era pobre, pero nada peligroso. En algunas ocasiones se alarmaba sin motivo y se preparaba a tomar el tren inmediatamente; en otras se sentía tranquilo y todos sus temores quiméricos desaparecían por encanto.

A medida que pasaba el tiempo, tenía más vergüenza de decidirse a hablar francés, y sólo aquellas cosas aprendidas de viva voz y que estaba seguro de pronunciarlas bien las decía.

En el *restaurant* de la calle de l'Arbalete era donde más se soltaba; el amo, el Hércules del mostrador, llamado o apodado el Padre Maupit, le saludaba afectuosamente al verle entrar y le estrechaba la mano, y don Fausto, con este tratamiento, adquiría confianza.

Según la costumbre de la casa, don Fausto fué avanzando poco a poco, hasta sentarse en las mesas del interior, y este detalle, de tan poca importancia, interiormente le halagaba.

Al fondo del comedor solían acudir parro-

quianos antiguos, muchas mujeres y algunos hombres.

Estas mujeres eran trabajadoras de distintas fábricas cercanas. Vestían casi todas un delantal muy largo, azul o negro; unas lo llevaban entallado, haciendo que se dibujase el talle y el contorno del pecho; otras iban envueltas en él como en un camisón y parecían, al andar, niñas grandes y abultadas.

Eran, en su mayoría, estas obreras, muchachas altas, fuertes, de ojos azules o verdes, claros, risueños. Abundaba entre ellas un tipo de mujer rubia y pómulos abultados, de cara cuadrada, boca fresca y bermeja y tez de una finura de nácar. Era la raza popular parisiense, hermosa, bien hecha, quizá algo basta, de pie grande, brazos musculosos y manos huesudas.

En la mesa, estas muchachas se mostraban golosas, glotonas, aficionadas al dulce, al vino y a los licores. Se comprendía en ellas una naturaleza sensual.

Hablaban y reían guiñando los ojos, accionando mucho, y al reir se apoyaban unas en otras con abandono.

A don Fausto le cedían el sitio muchas veces, le saludaban amablemente y sentían por él, al ver que no hablaba francés, una conmiseración profunda.

No eran estas niñotas tan buenas y tan afables como al principio parecían; alguna vez se

trababan de palabras y había que oirlas insultarse, el gesto encanallado y despreciativo en el labio, hablando con la garganta, lanzándose injurias violentas, haciéndose cortes de mangas, cuando no dándose a sí mismas manotadas furibundas en el trasero.

Las riñas solían ser frecuentes los días posteriores a las fiestas, en los cuales solían ir al campo varias amigas con sus novios o sus amantes, y con el recuerdo del jolgorio quedaban casi siempre agravios que vengar.

Muchas de aquellas obreras vivían en pleno amor libre, cambiaban de hombre como quien se muda de ropa. A la mayoría no les duraba el amante más que meses o días; otras, por el contrario, daban ejemplo de fidelidad viviendo siempre con el mismo hombre, y terminaba la pareja un día cualquiera, que no sabían lo que hacer, yendo a la alcaldía y casándose.

A veces, alguna de las muchachas más despreocupadas se presentaba en el comedor de la calle de l'Arbalete con algún obrero joven o con algún golfillo de la barrera de Italia, y mientras el entusiasmo amoroso iba en creciente, comía con su elegido, y en la pizarra del Padre Maupit se acumulaban los gastos del galán y de la dama.

Mientras duraba la luna de miel, en el *restaurant* se hacía un derroche de frases más o menos ingeniosas; la aludida, al notar la atención con que la miraban, se reía alegremente

o pasaba el brazo por el cuello de su amigo, mientras él la oprimía por la cintura.

No eran todas tan libres, ni mucho menos. Había muchachas muy serias que, aunque no se escandalizaban de las costumbres de sus compañeras, tenían otra conducta.

Cuando alguna de las notadas por su sensatez y su recato se lanzaba a seguir el ejemplo de las demás, se decían unas a otras:

—Virginia o Luisa ha hecho ya *bum*.

Y estaba bien la frase, porque era como el estallido de la personalidad, libertándose de prejuicios y de consideraciones ridículas.

Don Fausto no las entendía bien; pero las veces que Bulero comió con él y le explicó lo que hablaban y decían, el hombre quedó asombrado. Don Fausto se creía un hombre sin preocupaciones, y allí resultaba un tipo arcaico y fósil, como un viejo español del tiempo del Cid.

En el *restaurant* del Padre Maupit nada escandalizaba, no chocaba más que lo feo; en aquel comedor obscuro y triste la moral se había sustituído por la estética.

Había dos amigas, asiduas parroquianas del establecimiento, que producían en los concurrentes una gran curiosidad.

Las dos eran, sin duda, compañeras de taller; una era rubia, blanca, con los ojos azules, los labios gruesos y rojos como cerezas; la otra morena, bravía, de aspecto muy decidido.

Tenían las dos amigas una amistad estrechísima; comían juntas, y mientras estaban sentadas, la morena pasaba el brazo por la cintura de la rubia, le daba con el codo y le agarraba de la mano.

La rubia miraba a su amiga con cierto aire melancólico, y la morena le daba palmaditas en la mejilla como a un niño. Se notaba que había entre las dos una amistad exigente y celosa.

Muchas veces, al levantarse, la morena arreglaba el vestido a la rubia o le alisaba el cabello, llamándola mi corderito; cuando no le daba besos sonoros, que levantaban protestas irónicas de los parroquianos.

La morena, entonces, dirigía a los hombres un gesto de desprecio, enseñándoles la lengua, y, luego, agarrándose estrechamente del brazo de su amiga, salían las dos del *restaurant*.

También acudían a la casa del Padre Maupit algunas modelos. Se señalaban por la belleza de sus facciones, por la originalidad del tocado y porque algunas de ellas fumaban.

Eran la mayoría italianas, con cara de Madonna, y pronto desfilaban hacia la otra orilla del Sena, en donde les esperaba una vida más fastuosa.

IX

Las tribulaciones de don Fausto

Don Fausto recibió carta de su mujer.

Aceptaba la proposición de Blanca con gusto; una familia amiga iba a Biarritz en Junio y con ella enviaría a Asunción. Don Fausto marcharía hasta la frontera a reunirse con su hija y los dos volverían a París.

Ya no le quedaba al buen señor pretexto alguno para la fuga; sucediera lo que sucediera, no tenía más remedio que quedarse.

Pidió a su casa que le enviaran su ropa, sus libros y algunos otros efectos, y esperó.

Al cumplir el mes en la calle de l'Arbalete, estuvo don Fausto pensando en marcharse a otra casa, pero no se decidió; la tonta prudencia, expresada en ese necio refrán «más vale malo conocido que bueno por conocer», se armonizaba demasiado con su timidez y le

tenía sujeto. Mal que bien, iba pasando allí los días, el Padre Maupit le conocía, se iba decidiendo a decir algo en francés, y esto ya le parecía bastante adelanto para estar satisfecho.

Por las mañanas, don Fausto paseaba; luego iba a almorzar a casa de Blanca, en donde pasaba la tarde, y de noche, después de comer, acudía a un café próximo al Museo de Cluny, donde solían reunirse algunos españoles, entre ellos Bulero y el tartamudo de las botas de montar y de la capa española, llamado García Pipot, al cual había conocido don Fausto en el café Voltaire.

Pipot le era muy simpático a don Fausto, tanto como desagradable le resultaba Bulero con su petulancia y su vanidad. Si transigía con éste era porque, viviendo los dos en la misma casa, tenía don Fausto quien le acompañase de noche por aquellas calles desiertas que había de pasar para llegar a la de l'Arbalete.

Una mañana, al salir don Fausto a dar su cotidiano paseo, oyó dos tiros en la calle Lourcine. Corrió a ver lo que sucedía y se encontró con un grupo de curiosos reunidos frente a un portal.

De pronto, dos guardias y un hombre de sombrero de copa, abriéndose paso entre el tumulto, entraron con precipitación en la casa ante la cual se agolpaba la gente.

Entre la multitud vió don Fausto al hombre

alto de la barba rubia que había separado al agresor zambo y de la cara tiznada que pegaba a una mujer en la calle de l'Arbalete al día siguiente de su llegada a París.

Este hombre hablaba enérgicamente contra la policía sin que nadie se atreviese a discutir lo que decía.

Poco después salieron de la casa de la calle Lourcine los guardias y el señor del sombrero de copa agarrando a dos hombres, uno viejo, de barba larga y blanca, el otro un jovencito rubio, de unos veinte años, con aire delicado y aristocrático.

Estaban los guardias separando a los curiosos, cuando el jovencito se desasió con rapidez y corrió con tal velocidad, que desapareció en un momento. El hombre de la barba rubia y otros varios fueron tras él por la calle de Lyonnais, pero el joven desapareció.

No se pudo enterar don Fausto de lo sucedido por las conversiones de la gente, pero por la noche leyó un periódico y vió que se trataba de una sorpresa llevada a cabo por la policía en un antro de conspiradores instalado en un hotel de muy mala fama de la calle Lourcine.

Al día siguiente contó don Fausto lo sucedido a Blanca y a Baucemont d'Havray.

—¿A qué ha ido usted por allá?—le preguntó éste.

—De paseo.

—Ese es un barrio malo—siguió diciendo Baucemont—; por ahí todos son hoteles sospechosos, madrigueras donde se albergan tahures, bandidos y mala gente.

—¿De veras?

—Sí, todo eso tiene muy mala fama. Además, ahí está el hospital de Lourcine, que es en París lo que el de San Juan de Dios en Madrid. ¿Ha pasado usted por la calle Mouffetard?

—Sí.

—También es buena, ¿eh? A los que viven por ahí, ¿sabe usted como les llaman?

—¿Cómo?

—La tribu de los Beni-Mouffetard.

Se habló luego de otras cosas y don Fausto casi olvidó el suceso de la calle Lourcine; pero al volver al *restaurant* del Padre Maupit, ya de noche, al pasar por delante de la tapia negra del Val-de-Grace, se acordó de lo hablado en casa de Blanca y se echó a temblar. ¿No sería su casa una madriguera de las que hablaba Baucemont?

Preocupado con este temor, apenas comió y se fué a su casa. Se metió en su cuarto y se entretuvo en leer los folletines de un periódico hasta que se le acabó la bujía y se decidió a acostarse; pero, recordando en aquel momento las palabras de Baucemont, antes de meterse en la cama, quiso estudiar su cuarto.

Las puertas secretas, los subterráneos, las trampas practicadas en el suelo, moneda co-

rriente en las novelas de Eugenio Sué y Ponson du Terrail, vinieron a su imaginación y le hicieron estremecerse y al mismo tiempo sonreir, porque tenía la seguridad de que no habría en su cuarto nada de esto.

Cogió la bujía; examinó la cerradura de la puerta; era sólida. En el suelo no se veía indicio de trampa ni de agujero. Don Fausto dió puñetazos en las paredes y quedó satisfecho de su solidez. No le quedaba por registrar más que un colgador oculto por una cortina roja que se hallaba en un ángulo cerca del balcón; descorrió la cortina, tanteó la pared del fondo y notó con espanto que no era tal pared, sino un biombo que cerraba seguramente alguna puerta, condenada de este modo.

El descubrimiento le sobrecogió. La vela se consumía entre sus dedos, y azorado, sin saber qué hacer, quedó un momento inmóvil de espanto en la obscuridad.

Luego se desnudó y se metió en la cama e intentó calmar su espíritu con algunas hábiles reflexiones. Pensó en lo dicho por Baucemont y, deduciendo, vino a sacar en consecuencia que aquel cuarto debía ser una ratonera en la cual él hacía el triste papel de ratón.

Estaba visto el juego. Allí la patrona albergaba a sus huéspedes, sin duda, con intenciones aviesas. Si olfateaban que el huésped tenía dinero, el cómplice, el bandido misterioso, relacionado con la patrona, una noche rasgaba

el biombo con una navaja o con unas tijeras, entraba en el cuarto con su puñal y su linterna sorda y despachaba el negocio en un momento.

Esta explicación que don Fausto se dió a sí mismo le amilanó por completo. Se levantó en camisa, abrió el balcón y se asomó a él. No se veía un alma en la calle, humedecida por la lluvia; brillaban a largos trechos los faroles de gas. Se tranquilizó de nuevo don Fausto y volvió a acostarse.

No pudo dormir; el menor ruido le alarmaba. A eso de las dos de la noche oyó que abrían la puerta de la calle y después sintió pasos en la escalera; luego rechinó la puerta de la casa. Se oyeron pasos de dos personas; la patrona entraba con alguien, seguramente con su amante, quizás el encargado de rasgar el biombo y despachar para el otro barrio a los huéspedes.

Escuchó don Fausto con el oído atento y oyó a la par de la voz de la patrona otra de hombre, ronca; no pudo entender lo que decían, pero distinguió en la conversación tenida en voz baja la palabra español.

Oir esto y sentir todo el cuerpo inundado en sudor, fué uno. Con el alma en un hilo estuvo don Fausto incorporado en la cama esperando el momento de saltar, de lanzarse al balcón y empezar a pedir socorro.

¿Gritaría ¡Socorro! ¡Socorro! o diría en fran-

cés ¡Au secours! ¡Au secours!? No estaba decidido. Temía que si lo decía en francés no le iba a dar a la frase bastante energía.

Viendo que pasaba el tiempo y no ocurría nada, se tendió de nuevo, pero no pudo dormir. Cualquier cosa, el crujido de un mueble, el ruido de pasos en un cuarto de arriba, le intranquilizaba. Ya estaba viendo al bandido misterioso, con la linterna sorda en una mano y el puñal en la otra, acercarse a él y murmurar como en los melodramas: ¿Duerme? Ahora es el momento.

En este estado de sobresalto pasó toda la noche; sólo a la mañana, cuando la luz del día entró en su alcoba, pudo dormir.

Al levantarse, vió que tenía carta de su mujer; le enviaba el talón del equipaje.

Al salir de su cuarto, en el vestíbulo, se encontró con la patrona y le preguntó cómo se arreglaría para recoger el equipaje. Ella le dijo que fuera a la estación y que le diera el talón a un mozo y la llave del baúl, para que pudiesen hacer el reconocimiento en la aduana.

Mientras hablaba la patrona, don Fausto, que tenía sus pretensiones de psicólogo, se dedicó a estudiarla. Era una mujer gorda, de unos cuarenta años, apretada en un corsé azul que aparecía debajo del peinador blanco. Tenía trazas de cortesana a medio jubilar. Durante la conversación, bostezó varias veces; luego, distraídamente, apoyó el pie en una

silla y se remangó la liga, que la llevaba sujeta en lo más alto del muslo. Don Fausto hizo como que no había visto nada, y quedó convencido, por este ligero detalle, de que su patrona merecía el tradicional ramo de azahar, símbolo de pureza.

Salió luego don Fausto de casa, con su plano en busca de la estación. Tomó por la calle Fer-a-Moulin, luego por la de Poliveau, hasta salir al bulevard del Hospital.

En la entrada de la estación le dijeron que aquella parte era sólo para los viajeros; la destinada a las mercancías estaba en el muelle de Austerlitz.

Preguntando varias veces, llegó al muelle indicado; anduvo por allá sin saber qué hacer, entre montones de cajas y baúles, con la esperanza de encontrar el suyo por casualidad, pero no lo encontró. Los mozos pasaban corriendo de un lado a otro; don Fausto se decidió a parar a uno de ellos y le enseñó el talón. El mozo le dirigió a las oficinas. Aquí, un empleado, después de tomar el papel y de confrontarlo en varios libros, le dijo que el baúl probablemente estaría detenido en la frontera.

—Dígame usted las señas de su casa.

Don Fausto se inmutó. No quería decir dónde vivía; se le figuraba que le iban a tomar por un bandolero.

—El caso es—dijo—que estoy en un hotel por unos días y pienso mudarme.

—Bueno, pues venga usted a menudo por aquí.

—Salió don Fausto de la estación y fué despacio por la orilla del Sena.

La animación del río y el movimiento de los muelles le distrajeron de sus desagradables preocupaciones.

Tenía don Fausto el gusto algo infantil por los espectáculos de la calle, y la elevación de una piedra en una casa en construcción o el funcionamiento de una grúa le interesaba lo bastante para estar mirando cómo se llevaba a cabo la maniobra durante más de una hora.

Don Fausto se dirigió al centro de París, deteniéndose a cada instante.

Pasado un puente, atracadas a los muelles del Jardín de Plantas y del Mercado de Vinos. se veían gabarras cargadas hasta el tope. Las grandes grúas negras de la orilla iban sacando el cok o los sacos de yeso del vientre de estas embarcaciones casi sumergidas; rechinaban las poleas y las cadenas, con los enormes pesos que sostenían; luego la grúa giraba como un brazo rígido y dejaba suavemente en el suelo grandes piedras, panzudas barricas, toneladas de carbón...

En los muelles se levantaban montones de sacos, cubiertos de telas blancas y verdes, con un aspecto de tiendas de campaña, y al lado se veían pirámides de pedruscos y de grava,

barricadas de toneles y de fardos, pilas larguísimas de leña.

Cerca de los malecones, y sujetas a ellos, se veían gabarras anchas, como casas flotantes, con su tejado, sus chimeneas y su barandado de madera.

Salían por la cubierta de estas habitaciones acuáticas mujeres descalzas, con algún balde de agua; una muchachita sacaba una jaula y la colgaba de un clavo, y dos o tres chiquillos, rubios como el lino, corrían y jugaban con algún perro.

La mañana era tan fresca, tan pura, que don Fausto estaba encantado.

Siguió la tapia del Mercado de Vinos, siempre mirando al río. Una draga echaba bocanadas de agua sucia por una de sus bordas; pasaban los barcos de viajeros rasando la superficie del río, y un remolcador negro y rojo arrastraba con esfuerzo tres gabarras casi hundidas por el peso del carbón de piedra. El remolcador arrojaba nubes de humo espeso lleno de partículas carbonosas, silbaba y aullaba, fatigado por las tres pesadas barcas, cargadas hasta el tope, que corrían suavemente, amarradas una a otra, dejando una estela en la obscura y verdosa superficie del río.

Adelantó don Fausto hasta la entrada del bulevard Saint-Germain. Desde aquí se veían las torres de Nuestra Señora y la flecha de la

Santa Capilla, en el cielo azul pálido algo nublado.

Un sol amarillo iluminaba los botareles de la catedral y brillaba en la alta vidriera de una casa lejana.

X

El excéntrico de la calle Galande

Durante una semana, don Fausto fué invariablemente a la estación de Orleáns a preguntar por su equipaje. Al mediodía iba a casa de Blanca, en donde almorzaba, y por la noche al café del Museo de Cluny.

Pensaba mudarse de casa inmediatamente que recogiera su equipaje; ya había escogido el sitio donde vivir: un hotel de la calle Vaugirard.

Por la mañana, antes o después de ir a la estación, daba un paseo por el barrio de San Marcelo. Todas estas callejuelas tristes, que ocupan el espacio comprendido entre el Panteón y el Jardín de Plantas, presentaban en las primeras horas del día un aspecto de calles provincianas.

Estaban silenciosas, inundadas de sol; en

algunas crecía la hierba en el empedrado; otras, como la calle de Ulm, que pasaba entre los jardines de un convento y los de un seminario, eran tristísimas y desiertas.

Hacia la plaza de la Contrescarpe, sin gradación apenas, la tristeza del barrio se transformaba en fealdad y miseria; por las calles próximas a la plaza se comenzaban a ver tabernuchos y casas de comidas, a cuyas puertas charlaban obreros desarrapados y mujeres astrosas.

Don Fausto casi siempre pasaba por la calle Buffon; allí hubiera ido él a vivir; el silencio de esta calle, sus casitas bajas con emparrados, los pájaros que piaban en los árboles del Jardín de Plantas, le seducían. Era una calle humilde como él, pensaba don Fausto, retirada, sin pretensiones; una calle de esas para un escritor no comprendido o para un sabio; una calle de esas en las cuales se suele ver una casita baja con una lápida de mármol en donde se lee que allí vivió y murió el célebre historiógrafo, el ilustre naturalista o el gran filólogo.

De la estación de Orleáns solía entrar don Fausto en el Jardín de Plantas, y allí se sentaba en un banco y pasaba el tiempo mirando a los niños que jugaban en la arena, a los obreros sin trabajo y a alguno que otro vagabundo de mirada huraña y amenazadora; pero los que más le intrigaban eran los viejos, esos

viejos de París de cara surcada y marchita, pensionistas de las casas de huéspedes miserables del barrio, que salían encorvados de algún portal de la calle de Lacepede e iban a sentarse al sol, inmóviles.

¡Cuántas conjeturas acerca de sus ideas y de sus costumbres no hizo don Fausto al ver aquellos viejos inválidos de la vida parisiense!

Luego, cuando se cansaba de estar sentado y de filosofar, salía al muelle y seguía a lo largo del Sena, contemplando las orillas de la vieja ciudad y el reflejo de sus casas y de sus torres en las aguas obscuras del río.

Como hombre aprensivo y de poca energía, don Fausto experimentaba cambios bruscos en sus ideas; la menor cosa le animaba o le deprimía.

Una noche, encontrándose en el café del Museo de Cluny, de charla con Pipot el tartamudo, se le ocurrió pensar que sus miedos eran de una ridiculez indigna de una persona sensata, y solo, valientemente, sin aguardar a Bulero, y sin pagarle, como de costumbre, el café, se marchó a casa.

Subió por el bulevar Saint-Michel y, por una calle que partía desde cerca del Panteón, llegó a la de l'Arbalete. Llamó al conserje, le abrieron, y alegre, sin recelos, sintiéndose otro hombre, subió a su casa; sacó la llave del bolsillo e intentó abrir la puerta. Imposible. En-

cendió una cerilla, observó la llave, por si tenía algún impedimento, luego miró la cerradura, volvió a intentar abrir, forcejeó, y nada.

Inmediatamente la idea del robo se le vino a la cabeza; dejaba todos los días el dinero en el armario de su cuarto; seguramente le habían robado.

Tiró de la campanilla de la casa; nadie contestó. Apurado, apuradísimo, habiendo perdido en un momento toda la serenidad traída de fuera, bajó al portal y en una lucerna que daba al cuarto del conserje llamó con los nudillos. El conserje supuso, sin duda, que algún vecino quería salir y abrió la puerta.

Don Fausto quedó perplejo ante esta invitación silenciosa a tomar el portante, y para demostrar que no eran éstos sus deseos, llamó con más fuerza en el cristal.

Se encendió una luz y apareció la portera en camisa. Don Fausto le explicó como pudo lo que le pasaba. La mujer comprendió las explicaciones de don Fausto; se puso una falda y una toquilla y con un candelero en la mano, subió hasta la habitación e intentó también abrir la puerta y no lo consiguió.

—¿Y la criada, por qué no contesta?—preguntó don Fausto.

—Es que no duerme aquí.

—¿Y a qué hora vendrá la patrona?

—Esa viene muy tarde; a las tres o a las cuatro de la mañana.

—¿Pues a dónde va?

—Habrá ido a Mabille con su polaco.

—¿Con qué polaco?

—El amante que tiene.

—¿Y qué hago yo? ¿Dónde le espero?

—Busque usted un hotel para pasar la noche. Por aquí cerca hay algunos.

—Sí, será lo mejor.

Bajaron los dos las escaleras hasta el portal, la mujer se metió en su cuarto y don Fausto salió a la calle.

Echó a andar de prisa, un tanto turbado y medroso. La noche estaba negra, alguna luz roja iluminaba la puerta de cristales de un tabernucho; cerca, en la calle Lourcine, brillaba intermitente y mortecino un farol blanco roto, en donde se leía: «Hotel de Cahors». El portal angosto, siniestro, como un pasillo largo, le espantó a don Fausto, y siguió adelante desorientado, sin saber por dónde marchaba.

Creía que iba acercándose al bulevar Saint-Michel, cuando se encontró sorprendido y despistado en una plaza anchísima y desierta, cruzada por dos grandes avenidas. Eran bulevares recientemente abiertos, aun sin casas seguidas a los lados, con tapias negras, vallas de solares, almacenes, fábricas y algún edificio de seis pisos que parecía una torre por su altura en medio de estas construcciones bajas.

Don Fausto, atemorizado, tomó por una de aquellas avenidas, por la que le pareció me-

nos triste, pero pronto se arrepintió. Era una carretera abandonada llena de polvo, con alguna que otra barraca de madera a los lados. Se oían a lo lejos ladridos de los perros. Siguió don Fausto estremecido, pensando que en lugares semejantes ocurrían los crímenes; luego, esperanzado, creyendo acercarse a sitio más poblado, tomó a la derecha, atraído por gran farol que brillaba en el primer piso de una casa.

Era un hotel; entró don Fausto y se encontró en un vestíbulo en donde una vieja con anteojos, sentada a una mesa, escribía alumbrada por un quinqué de petróleo. Un gato negro, grande, de ojos de oro, colocado sobre unos papeles, miraba la luz con un aire misterioso y grave.

Don Fausto se acercó a la vieja; ésta le preguntó su nombre y de dónde procedía, lo apuntó en un libro y, cumplida esta formalidad, le dijo:

—Es un franco.

Don Fausto lo dejó encima de la mesa, la vieja se levantó, acarició al gato, tomó de un clavero una llave con un número, de un estante una palmatoria y llamó a gritos a un mozo que dormía a la larga tendido en un banco.

El mozo se levantó e invitó a don Fausto a seguirle. Subieron una escalera que terminaba en un pasillo, recorrieron éste, y al final

comenzaron a subir otra escalera. En un corredor del tercer piso estaba el cuarto que acababa de alquilar.

Don Fausto al quedarse solo cerró la puerta; luego inspeccionó las sábanas. Estaban limpias, pero completamente húmedas. Se acostó vestido y las impresiones recibidas le hicieron dormir profundamente.

Al despertarse saltó de la cama y salió del hotel. La calle de día presentaba peor aspecto que de noche. A un trapero, que revolvía en un montón de basura, le preguntó:

—¿Cómo se llama esta calle?

—Calle de los Dos Molinos—contestó el trapero.

Salió don Fausto a un bulevar, el de la Estación, y por la calle de Mouffetard arriba llegó a su casa. Llamó y le abrieron en seguida. Entró en su cuarto e inmediatamente fué a ver si le habían robado. Allí estaba la cartera intacta.

El miedo, la ridiculez de haber pasado la noche asustado por nada, le decidieron definitivamente a mudarse. Con esta intención salió de casa, entró un momento a ver a Blanca, y como la enferma aquel día se encontraba sin ganas de hablar, don Fausto se marchó en seguida.

Preguntó en varios hoteles de la calle de Vaugirad y le enseñaron cuartos interiores que no le gustaron, e iba por la Avenida del

Observatorio cuando se encontró con Pipot el tartamudo y le contó lo que le pasaba.

—Ese Bulero es un bandido—le dijo Pipot—; no me chocaría nada que se haya puesto de acuerdo con su patrona para robarle.

Nada tenía que ver Bulero en su casa, pero el tartamudo le odiaba y le achacaba todos los daños imaginables.

—¿Usted quiere vivir en un sitio pobre, pero tranquilo?—terminó diciendo Pipot.

—¡Hombre, sí! ¡Ya lo creo!

—Entonces, véngase usted a mi casa.

—¿Dónde vive usted?

—Bastante cerca de aquí. ¿Vamos?

—El caso es que tendría que ir a mi casa a recoger algunas cosas.

—Las recogeremos.

Don Fausto y Pipot se encaminaron hacia la calle de l'Arbalete; detrás del tartamudo iba su perro.

Pipot era un hombre de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, flaco y raro. Tenía la mirada viva y penetrante, melenas encrespadas, el bigote ralo, la boca sumida y la nariz larga y arqueada. Vestía traje negro, desgastado y lustroso, y hablaba en su media lengua una mescolanza extraordinaria de castellano, catalán y argot de París.

Pipot se explicó con la patrona de don Fausto y, aduciendo que éste del segundo mes no había pasado en la casa más que unos

días, pidió a la patrona que devolviera el importe de los días restantes. Ella contestó de mala manera, él la insultó y se trabaron de palabras. En el hervor de la disputa se presentó el polaco, el amante de la señora, un tipo de judío con unas barbuchas negras, chillaron todos y, con gran estupefacción de don Fausto, la escena concluyó devolviendo la patrona veinte francos a Pipot y sacando una botella de vino, de la que bebieron todos.

Salieron don Fausto y Pipot a la calle, y una vez uno y otra otro, seguidos del perro, alternándose para llevar la maleta, llegaron a la calle de Ulm. Esperaron un rato, montaron en un coche y el perro subió con ellos.

—Calle Galande—dijo Pipot.

Bordearon el Panteón, bajaron por la calle de Santa Genoveva hasta la plaza Maubert, entraron por una callejuela y se detuvieron enfrente del angosto portal de una casucha.

Estaban en la calle Galande. Allí vivía Pipot. La casa era alta, negra, leprosa, con una porción de huecos, con las ventanas abiertas hacia afuera y los cristales rotos. Un farol blanco y torcido se destacaba en la pared y en uno de sus cristales se leía con letras negras: «Hotel de la Lorena». A un lado de la puerta, en un bastidor pintado, ponía: «Entrada al hotel»; sin duda para demostrar que aquello era un hotel y una entrada.

El portal le hizo retroceder a don Fausto.

Era un agujero continuado por una hendidura larga y tortuosa, ensanchada luego formando un patio cubierto por losas, en la cual había una fuente. Un segundo corredor partía de este patio a otro más hondo y estrecho como un tubo. No se veía el suelo en el pasillo, pero daba la impresión al recorrerlo que se debía de andar sobre charcos e inmundicias.

La portera, una vieja encorvada, con una talma raída en los hombros, se asomó a una ventana con rejas y, al ver a Pipot, salió con un manojo de llaves.

Del primer patio comenzaba una escalera obscurísima, húmeda, con los escalones resbaladizos; en algunos sitios, donde faltaba el pasamanos, estaba substituído por una cuerda. Al final de la escalera había un corredor con puertas negruzcas y en una de ellas, en un tarjetón clavado con cuatro tachuelas, se leía:

FERMÍN GARCÍA PIPOT

DE LA FACULTAD DE MEDICINA

ÚNICO REPRESENTANTE DEL DIGESTIVO BLONDEL

—¿Este es el cuarto de usted?—preguntó don Fausto a Pipot.

—Y el suyo.

—Muchas gracias.

—Ahora vamos a ver el que le destinan a usted.

—Don Fausto temía que le mostraran un escondrijo infecto, pero no fue así; le enseñaron una habitación grande, blanqueada, con un aguamanil, una cama de madera, un espejo y varias perchas.

Por una ventana, enfilando la calle Fouarre, se veían las rígidas estatuas y las quimeras de Nuestra Señora.

—¿Y cuánto cuesta este cuarto?—preguntó don Fausto.

—Veinte francos—contestó la portera.

—Bueno. Está bien.

—No, señor—replicó Pipot—; se lo dejarán a usted por menos.

—Don Fausto no quería porfiar y entregó un luis a la portera.

—¡Demonio! Va usted a acostumbrar mal a mi gente—dijo Pipot.

La portera se fué a traer el recibo, y don Fausto pasó al cuarto de Pipot. Era la habitación donde vivía el tartamudo un desván inhabitable, con el techo aguardillado y un tragaluz en él. Por todo mueblaje había una cama hecha con tablas, dos sillas, una mesa, un sofá viejo y un hornillo de barro. En las paredes colgaban litografías iluminadas, retratos, varias pipas, un kepis, una guitarra y en el sitio más visible un trofeo formado por un sable, una bayoneta y una bandera roja.

Todas estas cosas, según dijo Pipot, eran recuerdos de la Revolución del 48. El tartamudo invitó a sentarse a don Fausto. Se veía que estaba satisfecho de su casa y de lo que él llamaba su pequeño museo.

Explicó con grandes detalles la historia del fusil, de la bayoneta y de la bandera roja; luego indicó de quiénes eran los retratos que aparecían en su museo, casi con tanta pompa y majestad como Ruy Gómez de Silva, cuando muestra sus antepasados a Carlos V, en el drama de Víctor Hugo.

Todos los que aparecían allí eran revolucionarios de la pura cepa, sin sombra de moderantismo: Rochefort, Raspail, Delescluze, Blanqui... y otros muchos, a cual más finos, que el mejor día le iban a dar un disgusto a Badinguet, que no tendría más remedio que largarse con la Española a otra parte.

—Si alguna vez el pueblo quiere saber quiénes son los puros—dijo Pipot—, no tiene más que venir aquí, y si ve que yo he puesto a un hombre en esa pared, puede estar tranquilo.

Después de las celebridades de su galería de retratos, don Fermín García Pipot mostró su biblioteca, consistente en un par de docenas de libros metidos en un cajón, la mayoría de ellos desencuadernados y con la cubierta manchada de sebo; sin duda, Pipot tenía la costumbre de matar la vela poniendo el libro encima. Luego explicó las excelencias del es-

pecífico que vendía en las farmacias y concluyó contando la historia de sus pipas, historia larga y complicadísima.

Durante la explicación se abrió la puerta y apareció en ella *Morny*, el perro de aguas, que entró despacio y con cierta gravedad en el cuarto.

—Ah, ¿ya estás aquí?—le dijo Pipot—. ¿Habrás comido ya? Pues mira, si no has comido, aquí no encuentras nada, que te conste.

El perro avanzó en el cuarto, lanzó una mirada inteligentísima por entre las lanas amarillentas de su cara y puso su hocico húmedo en la mano de don Fausto.

—Viene a ver si puede hacer amistades con usted—dijo Pipot—. No le haga usted caso. Yo no me cuido de él; ya sabe nuestro contrato; yo le doy casa y luz, ahora, la comida es cosa suya; que se las arregle como pueda.

—Debe ser listo este perro.

—Se pierde de vista; no lo sabe usted bien.

—¿Y cómo se llama?

—En la calle le llamo *Morny*, por molestar a los bonapartistas; ahora, en casa le digo sencillamente *Capitán*.

—¿Y cuál de los nombres entiende él?

—Los dos; pero yo creo que prefiere que le llame *Morny*, por vanidad. Aquí donde le ve usted tan feo, este perro, si hubiese tenido educación artística, hubiera ido lejos. Conmigo no ha aprendido más que a reir.

—¿A reir?

—Sí. ¡Ríete, *Capitán!*

El perro frunció la nariz y movió la cabeza, como si, efectivamente, se estuviera riendo; luego, mirando a su amo, se acercó a una estera que había cerca de la cama y se tendió en ella.

—Yo, qué quiere usted—dijo Pipot—, tengo cierta debilidad por los perros, pero respeto su independencia. Creo que sin autonomía no es posible la vida. El hace lo que quiere y yo también. Somos buenos amigos.

A don Fausto y a Pipot, charlando de mil cosas, se les hizo de noche.

—¿Quiere usted que cenemos aquí?—preguntó Pipot.

—Bueno.

—Aporte usted un franco.

—¿Con un franco vamos a cenar?

—Con un franco de usted y otro mío hay de sobra.

Pipot escribió unas letras en un papel, lo puso en un plato y encima las dos monedas; salió al corredor, colocó el plato en un cestillo y, por medio de una cuerda, lo bajó rápidamente.

—¿Y esto quién lo va a traer?—preguntó don Fausto.

—La chica de la portera. Ahora hay que hacer el fuego.

Pipot echó carbón en el hornillo, metió lue-

go entre los carbones un trapo untado con petróleo, que llenó el cuarto de mal olor, y después estuvo soplando hasta encender el fuego.

—Suba usted la cesta—le dijo a don Fausto, al cabo de un rato—a ver si han traído ya la cena.

Fué don Fausto al extremo del corredor, subió el cestito y sacó el plato con cuatro huevos, dos trozos de carne, dos panecillos y un trozo de manteca. Lo llevó todo a Pipot, que examinó la carne como inteligente.

—Es fresca—dijo—; ahora llene usted ese bote de agua y cuide usted de él hasta que hierva; yo me encargo de la carne.

Hecha la comida, arreglaron la mesa y comieron alegremente. Hubieran estado charlando hasta tarde, si Pipot no pretextara el tener que acostarse temprano, para, por la mañana siguiente, correr la plaza con su específico.

Don Fausto se marchó a su cuarto, pensando que su amigo era un hombre admirable.

La verdad es que Pipot parecía seguir al pie de la letra el consejo de un gran filósofo alemán, que dice así: «Limitarse es hacerse feliz».

XI

El barrio de Saint-Séverin y la plaza Maubert

En la época en que don Fausto fué a vivir con Pipot a la calle Galande, no era el barrio de Saint-Séverin lo que es ahora.

Subsistía aún el Hotel-Dieu, el hospital más viejo del mundo y uno de los edificios más sombríos de París. Tenía este hospital dos cuerpos a ambos lados del Sena, que ocupaban el espacio comprendido entre el Petit Pont y el Pont-au-Double; eran dos edificios paralelos, largos y estrechos, lóbregos, con galerías subterráneas y bocas de vertederos negros, que arrojaban sus inmundicias en el río de aguas verdosas inmóviles y siniestras. Al lado del hospital y cerca del puente de San Miguel estaba la Morgue.

En este tiempo, que se remonta a unos cua-

renta años, era la plaza Maubert más pequeña que ahora, y dentro de su perímetro actual había una manzana de casas viejas que formaba la calle de Lavandiéres. Tampoco existía entonces la estatua de Etienne Dolet, punto en donde acaban ahora las manifestaciones radicales, casi siempre a garrotazos.

La prolongación del bulevar Saint-Germain había abierto una gran brecha en este antiguo barrio de los escribas, de los iluminadores y de la gente de la Universidad de la vieja ciudad de París; pero, a pesar de las demoliciones consecutivas al bulevar, entre la nueva vía y los muelles de Saint-Michel y de Montebello, quedaba aún un ovillo de callejuelas típicas, estrechas, ruidosas, pobladas por gente pobre, bohemia y maleante.

El barrio, además de pobre, era siniestro; tenía enfrente, en la isla, la Catedral, el Palacio de Justicia y la Morgue: la Iglesia, la Justicia y la Muerte; tres venerables harpías sedientas de sangre.

La plaza Maubert era el centro de esta barriada miserable, constituída por callejuelas estrechas, llenas de tabernas, de rincones sospechosos, de asilos de bandidos y malhechores de todas clases. A ella afluían las calles de Maitre Albert, Grands-Degres y Haut-Pavé, que conducían al muelle de Montebello, la de la Bucherie, Trois-Portes y la de Lavandiéres.

De estas calles, próximas a Saint-Séverin y a San Julián el Pobre, la más importante y animada era la de Saint-Jacques.

Todas las callejuelas del obscuro y lóbrego barrio, que formaba como un pólipo dentro de París, tenían su historia: la corta calle de Boutebrie había sido de los iluminadores; la calle de la Parcheminerie, negra, húmeda, como la de una vieja ciudad flamenca, de los escribas; en la calle Fouarre, hoy de Dante, habitó el autor de *La Divina Comedia;* en la calle Galande, en el Cháteau-Rouge, vivió la duquesa de Baufor, la bella Gabriela d'Estrees, y con el transcurso del tiempo, el nido de amor de la dama de Enrique IV se había transformado en una guarida de criminales y de borrachos, que destilaba alcohol y clientes para la guillotina. La calle de Saint-Séverin tenía la iglesia gótica, conocida modernamente por las orgías revolucionarias celebradas en ella, notable por sus vidrieras y por los ex votos del altar de Nuestra Señora de los Siete Dolores; la calle de San Julián el Pobre tenía la iglesia románica del mismo nombre, que era la capilla del viejo Hotel-Dieu; la calle del Chat-qui-Perche, a falta de otra nombradía, ostentaba la extravagancia de su título, procedente de una enseña.

Era todo el barrio ilustre por demás y a la cabeza de él estaba la plaza Maubert. En esta antigua plaza, como en las demás callejuelas

adyacentes, abundaban las tabernas y los chamizos, constantemente llenos de vagabundos, unos vagabundos más desastrados y miserables que los de parte alguna.

Las casas que formaban estas callejuelas eran viejísimas, negras, derrengadas, sostenidas por pies derechos, reforzadas con grapas de hierro, con las paredes de piedra corroídas por el aire y la lluvia, los tejados puntiagudos y los balcones atestados de enseñas mugrientas, de faroles viejos, torcidos, de los hoteles baratos y de los refugios de noche.

Había por todas partes una porción de patios y tiendas en donde se alquilaban carritos de mano; prenderías, a cuya puerta se amontonaban enseres de menaje; tiendas de hierro viejo y de ropas usadas. Había casa en el barrio donde vivían más de doscientas familias, colmenas de tugurios estrechos, sin luz ni aire, en los cuales se ahogaban los hombres en una atmósfera nauseabunda. Allí los critales, sucios y polvorientos, tenían tiras de papel; las persianas estaban rotas y torcidas, y colgaban en las ventanas harapos puestos a secar.

En casi todas aquellas casas antiguas se veía desde el portal un corredor larguísimo, estrechísimo, negro, una entrada de caverna, y al final un patizuelo sombrío, mal oliente, con las losas del suelo siempre mojadas y cubiertas por una baba brillante, parecida al rastro de algunos moluscos.

En muchos de los angostos patios solía haber una fuente, donde se lavaban los vecinos; en algunos, en el fondo, resoplaba la máquina de un lavadero o de una tintorería, y en estas casas un arroyo de jabón o de agua de colores corría por el pasillo a desaguarse en el sumidero del patio, cuando no salía a la calle por encima de la acera.

En las tenebrosas tabernuchas y casas de comidas del barrio, veíanse mendigos con gabanes rotos y remendados, pordioseros de cara inyectada y rojiza, cargadores fornidos, con fuertes barbazas; algunos ladrones y algunos diletantis del asesinato.

Había hoteles y garitos en donde los obreros y los estudiantones de grandes melenas se mezclaban con los perdidos más abyectos. El futuro rival de Dupuytren se codeaba con el futuro émulo de Lacenaire, la conversación científica con el proyecto del crimen, y al lado de la muchacha bonita, de aire todavía virginal, no era raro ver una mujer hombruna, que fumaba como un hombre y hablaba como un presidiario.

La poesía tenía también su lugar en el barrio de Saint-Séverin. En casi todas las tabernas se recitaban versos. Además, se protegía a los poetas; había en la calle de la Parcheminerie un hotel de la Literatura, en donde por poco dinero dormían los bohemios que en vez de trabajar aguardaban, en compañía de una

copa de ajenjo, que sonase para ellos la hora de la gloria.

La policía contaba en este barrio con muchos espías; casi todos los taberneros eran, por debajo de cuerda, funcionarios del Imperio.

En las tiendas desalquiladas y en los solares se organizaban bailes, en donde las pequeñas Maub lucían la gallardía de su cuerpo y la agilidad de sus piernas en los más desenfrenados can-cans.

El comercio del barrio lo constituía el sin fin de tabernas, de hoteles y de *restaurants* baratos que había por todas partes. Había también algunas industrias sabias: talleres de iluminación, fábricas de microscopios y de planchas de cobre.

A casi todos estos *restaurants* y casas de comidas del barrio de Saint-Séverin llevaban clandestinamente, de los mercados centrales, por la madrugada, carnes que comenzaban a corromperse, pescados pasados, caza podrida y otra porción de desechos, que allí los adobaban para utilizarlos de nuevo.

El comercio ambulante del barrio se establecía en algunos puntos fijos; en medio de la plaza Maubert solía venderse hierro viejo y colillas; en algunas otras callejuelas solían establecerse los traperos; pero en donde la actividad comercial se desarrollaba con mayor fuerza era en los muelles de Montebello y de

Saint-Michel, hasta los cuales se prolongaba esa línea de cajones de baratillero colocados sobre el pretil del Sena, que constituye uno de los mayores encantos de París, para los bibliófilos y anticuarios, numismáticos y filatelistas.

En estos dos muelles del barrio de Saint-Séverin, los cajones ofrecían al comprador más sorpresas que en los otros; aquí el comercio era más complicado y pintoresco; andaban allí revueltos los libros con los uniformes, las espadas y los devocionarios, los retratos de reyes con las canciones de café-concierto. Al lado de un trapero se establecía un negociante en colecciones entomológicas, y cerca de un vendedor de pájaros, un óptico, un numismático o un mineralogista. Allí la ciencia se codeaba familiarmente con la literatura y hasta con la sastrería; el viejo microscopio no se ruborizaba al verse al lado del insulso tomo de poesías o del rameado chaleco de otra época.

En el río, en el brazo del Sena del lado izquierdo de la Cité, estrecho y encajonado, que corría negro entre paredes lisas, se agrupaban las gabarras; en el muelle del Arzobispado se veían pescadores de caña, inmóviles, sentados en los bordes de los malecones; algunos vagabundos lavaban su ropa desde las escaleras, algunos chicos se zambullían en el agua y otros lavaban perros. En las ventanas

del Hotel-Dieu aparecían enfermos con el gorro de dormir en la cabeza; en el puerto de la Tournelle una porción de mujeres hacían colchones y vareaban la lana...

De noche, las callejuelas negras del barrio estaban más animadas que de día; los faroles rojos y blancos de los hoteles y de los refugios brillaban en la obscuridad; a través de las vidrieras empañadas de los tabernuchos, se veían hombres de mal aspecto sentados a una mesa, comiendo algo que llevaban envuelto en un papel, teniendo el vaso de vino delante.

Desde los portales, a la luz de un quinqué de petróleo, se adivinaban corredores obscuros y estrechos, galerías laberínticas, entrecruzadas, con el suelo húmedo y resbaladizo. En el fondo de algún patio brillaba el rectángulo de luz de una ventana iluminada, en cuyo marco se veía la silueta de un zapatero.

Gentes encorvadas de aire miserable andaban por el interior de ese pólipo de callejuelas sin hacer ruido; no se oía una risa, ni un canto, ni una carcajada, ni una voz amiga; de cuando en cuando, voces broncas, irritadas, siniestras...

En los muelles abandonados, alguna luz de un farol temblaba en la obscuridad, a impulsos del viento, iluminando una fachada negra.

En el fondo del río encajonado, obscuro, que parecía espeso, brillaba el ventanillo de

una gabarra como el ojo inyectado de un buitre; un aire húmedo y malsano subía del Sena y sus aguas negras, cargadas de impurezas pasaban lentas reflejando las luces del sombrío hospital y gemían por debajo de la arcada única de un puente con toda la pesadumbre de sus horrores.

Se adivinaba en el aire opaco Nuestra Señora de París, brillaba alguna luz en la Morgue o en el Palacio de Justicia, y a intervalos las campanas de un reloj sonaban y se esparcían por el aire silencioso.

a mi amiga Aurora y Paco

XII

Conspiradores

Al día siguiente, por la mañana, estaba vistiéndose don Fausto cuando llamaron repetidas veces en su habitación. Abrió la puerta y se encontró con una muchachita que venía con una jarra de agua y una toalla.

Pasó la chiquilla, dejó la jarra y encima la toalla, cerca del lavabo.

Le dió las gracias don Fausto y ella le preguntó sonriendo si quería alguna cosa más.

—No, no.

—¿No quiere usted café con leche?

—Sí, eso sí.

La muchacha salió corriendo y al poco rato volvió con una cafetera, una botella de leche y un panecillo. El azúcar lo traía en un papel. Escoltándola venía el perro de Pipot, *Morny* para el público y sencillamente *Capitán* en casa.

Llenó la muchacha una taza.

—¿Y usted no quiere?—la preguntó don Fausto.

—Tomaré lo que quede, y lo que sobre para *Capitán*.

—No, eso no.

Don Fausto, a fuer de hombre galante, no podía permitir tal cosa. La muchacha no se hizo rogar y se sentó a la mesa a tomar café. Era una niña aún, delgadita, con ojos azules, soñadores, y unos labios muy gruesos y rojos. Hablaba con gran desparpajo y con un cándido cinismo.

—¿Cómo se llama usted?—la preguntó don Fausto.

—Nanette.

Era hija de la portera de la casa. Su padre estaba imposibilitado y solía ir a pescar al muelle de los Orfebres. Dijo que tenía quince años; un señorito rico le había propuesto varias veces que fuera a vivir con él, pero ella no quería, porque le iba a pasar lo mismo que a una amiga suya, a quien la hicieron un chico y luego la dejaron en la calle. Cuando Nanette tomó el café, enjuagó la taza, la llenó de nuevo para que tomara don Fausto, y los trozos de pan sobrantes fué echándoselos al perro, que los cogía al aire. *Capitán* comprendió el momento en que ya no había nada que comer allí, y, haciéndose el distraído, se marchó del cuarto.

—¿Usted conoce al marqués?—preguntó Nanette a don Fausto antes de marcharse.

—¿A qué marqués?

—Al marqués viejo, que también es español.

—No, no le conozco.

—Pues es español.

—Sí, pero todos los españoles no se conocen, Nanette.

—¿No?

—Claro que no.

—Yo creía que sí. Yo le suelo hacer los recados al marqués, aunque dice mi madre que no vaya a su cuarto a preguntarle si quiere algo, porque nunca tiene dinero.

Dicho esto, la muchacha recogió la cafetera, la botella y la taza, y se fué corriendo y cantando.

—La verdad es que esta casa es original—pensó don Fausto—. Al menos, si no hay riqueza, hay alegría.

Salió don Fausto al corredor, y, al pasar por delante del cuarto de Pipot, llamó en la puerta con los nudillos.

—Que pase quien sea. ¿Ah, es usted?—dijo el tartamudo—. Tarde se ha levantado. ¡Costumbres españolas! Yo ya he dado mi primer paseo por la plaza. He vendido tres digestivos. Y usted, ¿ha dormido bien?

—Muy bien.

—La casa es tranquila. Al principio, el as-

pecto asusta, pero no es malo esto. ¡Ah! Si quiere usted, le llevaré a un *restaurant* barato de aquí cerca.

—Bueno. ¿Dónde nos veremos por la tarde?

—Donde usted quiera. Yo estaré en el café del Museo de Cluny, de siete a ocho.

—Allí iré yo también.

—Marchó don Fausto a casa de Blanca, y, al ir a entrar en el portal, vió a dos hombres, que estaban de pie, arrimados a la verja del Luxemburgo, que se le acercaban con los brazos abiertos. Uno de ellos era Mudarra, el otro Dantín.

—¿Qué hacen ustedes aquí?—les dijo.

—Te estábamos esperando—contestó Mudarra.

—Hemos venido con una misión revolucionaria—añadió Dantín misteriosamente.

—Bueno. Yo ahora tengo que hacer. ¿Dónde quieren ustedes que nos veamos, dentro de un momento?

—Dónde tú digas—dijo Mudarra.

—¿En el café del Museo de Cluny?

—No sabemos dónde está.

—¿No? Entonces aquí mismo. En este jardín.

—Eso es. ¿A qué hora?

A las seis.

—Está bien.

Se despidieron y entró don Fausto en casa de Blanca y la encontró, a pesar de lo tempra-

no de la hora, de visita con un señor. Intentó retirarse, pero Blanca no se lo permitió y le presentó al señor diciendo:

—Mr. Luis Terrat, senador—; luego añadió—: don Fausto Bengoa.

Se saludaron los dos, cambiaron pocas palabras, y el señor Terrat siguió hablando con Blanca. Tenía este señor un aire fino e inteligente y hablaba con un tono irónico, como hombre que no da importancia a nada. Según dijo él mismo en el curso de la conversación, ocupaba una porción de cargos en Asociaciones y Juventudes Católicas, pero indicó que los desempeñaba por entretenimiento. A pesar de sus afirmaciones legitimistas y clericales, se veía que era un escéptico.

Por la conversación del amable señor Terrat, se deducía que éste, como Blanca y casi todos sus amigos, profesaban un catolicismo especial militante, que tenía más de sacristía que de iglesia y más de iglesia que de fe, y del cual podía asegurarse, sin duda alguna, que era todo menos cristiano.

Blanca oía encantada al señor Terrat. Contó éste, con aire burlón, mil detalles cómicos de las luchas y rivalidades entre las señoras de las Juntas, que a Blanca le interesaban muchísimo.

Luego hablaron de la marcha del partido. El profesor Demange, el padre de Susana, a pesar de ser el niño mimado de los legitimis-

tas, parecía que en el fondo se inclinaba a una aproximación hacia los elementos de Thiers, pues no creía gran cosa en la eficacia de un partido católico.

Terrat y Blanca se exaltaron hablando de esto. O todo o nada, era su divisa. Ellos y sus amigos querían la tradición pura. Según la frase de monseñor Richer, había que sacar el oro del crisol sin aleaciones ni mezclas.

Don Fausto tuvo que escuchar la conversación amablemente, a pesar de lo que ofendían aquellas palabras sus sentimientos demócratas y progresistas.

Cuando se marchó el señor Terrat, mientras almorzaban, Blanca le comunicó a don Fausto que, como no podía salir de casa, por orden del médico, estaba gestionando del obispo el permiso para poner una capilla en la sala. Por la tarde iba a venir un maestro de obras, y quería que don Fausto se entendiera con él, para ponerse de acuerdo sobre la manera de hacer los trabajos. Don Fausto le dijo que no había inconveniente por su parte, y poco después estuvo con el maestro de obras, tomando medidas en la sala y dando instrucciones para poner el altar.

Al salir de casa don Fausto, se reunió con Dantín y Mudarra, que le estaban esperando, y que habían correteado ya por medio París, y fueron a reunirse con Pipot al café del Museo de Cluny.

Comieron allá todos juntos y pagó Dantín; sin duda los conspiradores tenían dinero fresco.

Mudarra y Dantín hablaron de que habían visto los grandes bulevares y la Avenida de los Campos Elíseos. Aquello era hermoso de veras, pero Pipot no encontraba en París un barrio como el suyo, y lo demás le parecía odioso e infecto. Esta palabra no salía de sus labios.

Al terminar la cena, Dantín propuso ir al café-concierto de los Embajadores a oir a la célebre Teresa.

—Yo no voy—dijo Pipot.

—Ni yo tampoco—añadió don Fausto.

Se marcharon Mudarra y Dantín a correrla, y Pipot y don Fausto se fueron a su casa.

Al pasar por la calle de Saint-Séverin, en la cual se veían a la luz de un farol los arbotantes negros de la iglesia, señalando una puerta de cristales iluminados por una luz roja, dijo Pipot:

—Aquí es donde suelo yo comer. ¿Quiere usted que entremos?

—Como usted quiera. ¿Qué es esto, un *restaurant*?

—Sí, *restaurant* y cervecería. Se llama la «Taberna Alsaciana» y en el barrio la conocemos también por el nombre de la «Marmita». Aquí suelen venir algunos revolucionarios. ¿Vamos?

—Bueno.

Bajaron diez o doce escalones y se encontraron en una sala grande, negra, con una mesa de billar con troneras. Dos quinqués de petróleo colgaban del techo. En el fondo había un mostrador como una tribuna y a un lado la parte destinada a *restaurant* ya a obscuras.

Había en la sala hasta un par de docenas de personas. Se sentaron don Fausto y Pipot y éste se puso a leer un periódico. Estaba distraído, cuando uno de los billaristas, muchacho joven, elegante, con melenas y lente en un ojo, se le acercó y le dió una palmada en el hombro.

—¡Hola, señor Pipot!—le dijo.

—¡Raul!—exclamó Pipot, y se levantó al ver al joven, le estrechó la mano y le presentó luego a don Fausto—. Es Raul Rigault, estudiante de Medicina; el señor—y señaló a don Fausto—es español republicano.

—¡Eh, Raul!—le gritaron los jugadores.

—Voy—dijo él.—Ahora vuelvo—y se acercó a la mesa y siguió jugando.

Una muchacha con una cofia blanca le preguntó a Pipot lo que quería tomar.

—Tráenos dos bocks de cerveza.

Cuando se marchó la muchacha, dijo Pipot:

—Esta chica es de Estrasburgo. Es la amiga de ese joven con quien hemos hablado.

—¿Y él, quién es? ¿Cómo me ha dicho usted que se llama?

—Raul Rigault, es el lugarteniente de Blanqui.

—Tiene facha de templado—dijo don Fausto.

—Es uno de los hombres más valientes del mundo. Este será nuestro Saint-Just.

Rigault tenía aire de dandy, hablaba burlonamente y decía una porción de frases que eran celebradas con grandes risas por los espectadores.

Rigault, después de hacer un *chapeau*, se acercó a Pipot y se sentó a su mesa.

—Está el Marquesito—le dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Sí.

—Que tenga cuidado. Toda la brigada Bertoglio andará ya tras él.

—¡Bah! No importa. Nuestra policía es mejor que la de Badinguet—dijo Rigault, y sacando una hoja impresa, se la dió a Pipot. Era una alocución vulgar que tenía marcadas imperceptiblemente estas palabras: *Bonheur*, *loi*, *amour*, *nont*, *qu*, *un*, *instant*. Las primeras letras de estas siete palabras formaban el nombre Blanqui e indicaban a los iniciados el lugar donde se escondía el Marquesito. Pipot guardó el aviso.

—¿Y qué hace usted aquí ahora?—preguntó a Rigault.

—Estoy esperando a Enrique y al padre Israel.

—¿Se han entendido ustedes con el judío?

—Sí, ha prometido dinero. Ya sabe usted que vamos a organizar la gente de Belleville y de Montmartre por centurias.

—No lo sabía. ¿Tienen ustedes confianza en el padre Israel?

—Completa.

—Hay muchos agentes provocadores del Gobierno. Tengan ustedes cuidado.

—No hay cuidado; tenemos al judío cogido por las narices.

Acababa de decir esto, cuando entró en la taberna un hombre bajito, de unos cincuenta años, de bigote negro, mirada brillante y pelo ensortijado. Era el padre Israel; llevaba un macferland seboso, un sombrero blando y melenas que le tapaban el cuello. Se acercó a Rigault y se puso a hablar con él; otro jugador substituyó al estudiante y Raul y el judío se sentaron en un rincón.

—¿Y quién es ese padre Israel?—preguntó don Fausto.

—Es un prendero—dijo Pipot—; tiene su tienda en la calle de la Bucherie, esquina a la de Fouarre, cerca de ese edificio largo y negro, con un puente sobre la calle.

—¿Y qué vende?

—Vende botellas, pieles de gato y de conejo, muebles, medallas, sables, cuadros; de todo.

—¿Y es rico?

—Riquísimo. Ni él mismo quizá sepa el di-

nero que tiene. El que se case con su hija hará un buen negocio.

—Tiene una hija, ¿eh?

—Preciosa.

El judío y Rigault charlaban animadamente; entre el murmullo de la conversación de los jugadores, se oía la voz dura, metálica, del estudiante revolucionario, y la palabra suave, quejumbrosa, del padre Israel.

En esto se abrió la puerta de la taberna, y un hombre alto, de barba rubia, con el sombrero torcido, comenzó a bajar las escaleras, acompañado de otros dos. Era el mismo que don Fausto conocía, por haberle visto, al día siguiente de llegar a París, resolver la contienda entre una mujer y un carbonero que la golpeaba en la calle de l'Arbalete, y el que estaba en la calle Lourcine cuando prendió la policía a dos hombres en un hotel.

El hombre alto de barba rubia bajó a la sala de billar y dirigió la mirada a todas partes hasta dar con el padre Israel y Rigault.

—Aquí estamos—le dijo este último.

—Ya voy.

El hombre alto saludó a Pipot y, luego, mirando atentamente a don Fausto, le preguntó:

—¿Cómo está la señorita de Montville?

—Bien, muy bien.

—¿No ha tenido ninguna recaída?

—No.

—Me alegro mucho. Adiós, señores—y el

hombre alto se acercó a la mesa en donde estaban Rigault y el padre Israel y se sentó con ellos.

Salieron Pipot y don Fausto de la taberna. Don Fausto estaba muy intrigado pensando de dónde podría conocer aquel joven a Blanca y saber que él era su amigo.

—¿Quién es este que acaba de saludarnos?—preguntó a Pipot.

—Es un amigo de Rigault que se llama Enrique.

—¿Y de apellido?

—Creo que se llama Saint-Preux.

Salieron Pipot y don Fausto al bulevar Saint-Michel, dieron una vuelta por la orilla del río y volvieron a casa.

XIII

Lo que germinaba

Qué pasaba a su alrededor? Don Fausto no lo sabía. De las intrigas de casa de Blanca no había comprendido nada y no estaba mucho más adelantado con relación a las maniobras de Pipot y de sus amigos. Lo que le chocaba extraordinariamente era que el hombre alto de la barba rubia le hubiese preguntado por Blanca. No podía comprender qué relación habría entre uno y otra.

La «Taberna Alsaciana», donde don Fausto solía cenar con Pipot, era un verdadero club. Allí, Raul Rigault peroraba y Enrique Saint-Preux, el conocido de don Fausto, discutía. De vez en cuando, se presentaba un joven exaltado, hijo de un fisiólogo notable llamado Flourens, hombre de una elocuencia fogosa; también solía aparecer en la taberna Gustavo

Courbet, el pintor que venía del Cochon Fidéle de la calle Cordiers, cerca de la Sorbona, donde tenía su cenáculo artístico; Julio Vallés iba alguna que otra vez por la taberna, hablaba de política y de literatura y decía muy en serio que para salvar la Francia se necesitaban cincuenta mil cabezas.

No todos los parroquianos de la «Taberna Alsaciana» eran de tan tremendas intenciones; había algunos indiferentes que preferían charlar de literatura o de mujeres, o dedicarse a beber. Uno de estos partidarios de Baco era un viejo estudiante de Medicina, a quien llamaban Paragot, célebre por una composición poética dedicada al cólera morbo asiático.

Paragot se pasaba la vida en una taberna a la antigua, con su alambique y su mostrador de cinc, de la calle Saint-Jacques, que se titulaba pomposamente la «Academia».

Este bohemio y otro a quien llamaban Bouton d'Or andaban siempre juntos. Bouton d'Or había encontrado una manera extraña de vivir, y era el examinarse por otro. Se tratara de Filosofía, de Ciencias o de Derecho, estaba dispuesto siempre a examinarse y a salir bien. Bouton d'Or era un pozo de ciencia.

Estos revolucionarios y bohemios se relacionaban con otros de distintos países, que tenían su punto de reunión en cafés y cervecerías.

En el café Soufflet peroraba Flourens en un

grupo de revolucionarios turcos que formaban la Joven Turquía, y se hablaba entre ellos de cortar la cabeza al Sultán como de una medida de precaución; en el café del Museo de Cluny, un jefe feniano predicaba la guerra santa contra Inglaterra, y algunos jóvenes valacos y rumanos preparaban la revolución en su país.

En el Cochon Fidéle ponían clase de socialismo político y artístico el pintor Coubert; en la «Taberna Alsaciana», Rault Rigault inventaba historias escandalosas en donde figuraban el Emperador y la Emperatriz: no había escritor, periodista, cómico, bailarina o aprendiz de político que no tuviera su centro de conspiración; pero el café revolucionario por excelencia era el café de Madrid; allí, Gambetta preparaba la República y Delescluze y Julio Vallés la *Commune;* allí, Paul y Angulo defendía los procedimientos radicales sumarísimos entre los revolucionarios españoles; allí, se proponían las ideas más extravagantes al mismo tiempo que las más cuerdas, se discutía de todo, de arte, de literatura, de ciencias. Al lado de los hombres prácticos con ideas definidas, aparecían tipos chiflados que querían rasolver todos los problemas humanos con una fórmula sencilla.

Eran estas reuniones algo proteico, informe, un deseo de avanzar aún no concreto. Así como en casa de Blanca tenían las aspiracio-

nes de reaccionar contra el movimiento progresivo, así estos bohemios querían de un solo golpe hacer avanzar la Humanidad unos cuantos siglos. Aquellos aristócratas y clericales, aquellas damas elegantes aspiraban a detener con intrigas, con asociaciones anodinas, la revolución socialista que comenzaba a iniciarse a consecuencia de las predicaciones de la Internacional, y al mismo tiempo que de los salones y de los palacios salía esta tendencia al orden, de los cenáculos literarios del barrio Latino, de los estudios de los pintores, de los escenarios de los teatros, brotaba la protesta contra el régimen social. Arlequín se vestía de conspirador, la Bohemia se preparaba a hacease revolucionaria, no la Bohemia falsa y ridícula de Murger, sino la Bohemia cínica, llena de ansias, de Julio Vallés, una Bohemia pesimista, obligada por la miseria, que no trataba de reir y de mostrar los agujeros de la levita, sino de enseñar los colmillos y de enriquecerse a toda costa.

¿Qué quería esta gente? Don Fausto no lo podía comprender. Sus proyectos le parecían locuras peligrosas; la repartición de la propiedad, la supresión de la herencia, el amor libre, la federación de todos los pueblos europeos, todas estas cosas chocaban con las ideas de don Fausto y le molestaban como una impertinencia.

En la «Taberna Alsaciana», el más radical

de todos era Enrique Saint-Preux; éste aseguraba que había que atacar la organización social con todas las armas: con el puñal, con la bomba, con el veneno.

Don Fausto, escandalizado, preguntó una vez a uno de los partidarios de Enrique:

—¿Qué política defiende Saint-Preux?

—La de Bakunin—le dijeron—, un ruso al que ha conocido en Suiza.

XIV

El secreto de Blanca

El día en que se bendijo el altar en casa de Blanca, toda la cohorte legitimista se reunió en el salón-biblioteca, transformado en capilla. Don Fausto advirtió a Blanca que prefería no asistir a la ceremonia.

—Bueno, bueno—dijo la anciana—, no quiero obligarte. Di a la Plácida que ponga la mesa en mi gabinete, porque tendrán que tomar algo los invitados en el comedor.

—Se lo diré.

—Y si tú quieres quedarte en el gabinete o salir, haz lo que te parezca.

Don Fausto optó por quedarse en el gabinete, llevó un libro y se puso a leer. Aburrido pronto de la lectura, se dedicó a mirar a la sala por la rendija de la puerta. Así, oculto, la ceremonia le pareció interesante y divertida.

Vió entrar al vizconde de Haracourt y a su señora, a Baucemont y a Baucemont d'Havray, al profesor Demange con su mujer y su hija, a Matías de Surennes con su madre y sus tres hermanas, las tres altas y desgarbadas, una torcida y escrofulosa; a Ernesto de Erolles, a un viejo carlista vascongado y al antipático cura aragonés con dos jóvenes abates.

De cuando en cuando, se oía parar un coche a la puerta y, poco después, entraba algún nuevo invitado en la sala. Don Fausto los conocía a casi todos. Algunos, cuyo nombre ignoraba, comprendía quiénes eran, por las explicaciones y señas dadas con anterioridad por Blanca.

El marqués de Quinson y su señora tuvieron una acogida afectuosísima. Era un matrimonio que daba la impresión de estar hartos el uno del otro. Además, don Fausto había oído decir a Blanca que no se llevaban bien. El era un gentil-hombre de aire irónico, de pelo cano y trazas de un joven decrépito. La mujer, elegantísima, rubia, encantadora, miraba con los ojes azules, cándidos, algo entornados.

Mientras el marido saludaba a las señoras, Ernesto de Erolles se acercó a la marquesa a cumplimentarla. Durante la conversación que tuvieron en voz baja, ella sonreía coquetamente, con una sonrisa burlona llena de malicia.

—¿Será fiel a su marido esta mujer?—pen-

só don Fausto. Sin saber porqué, se le figuraba que no. ¡Una mujer tan bonita y desdeñada por su marido! ¿Se resignaría a ser una víctima? Había demasiada ironía, demasiada inteligencia en la expresión de aquella mujer, para que se sometiese a la moral corriente. Don Fausto se dijo que si aquella mujer tenía un amante, el amante era un hombre feliz. Es posible que, si se hubiera consultado al amante, si éste existía, no hubiera sido de la opinión de don Fausto.

Cuando ya estaba el salón lleno, entró el señor obispo, acompañado de dos familiares y del Duque.

El Duque era un aristócrata legitimista de gran prestigio. No había necesidad de decir su título. Decir el Duque, era designarle a él.

Se levantaron todos al entrar el obispo, y ésie pasó repartiendo bendiciones a un lado y a otro y dando la mano a besar.

De los dos familiares del prelado, el uno era un tipo de viejo abate francés, con la cara sonrosada y las melenas blancas; el otro, un hombre grueso, de labios abultados, frente despejada y la mirada orgullosa y brillante.

Al acercarse este familiar a la marquesa de Quinson, la hizo un saludo ceremonioso, uno de esos saludos a lo antiguo régimen, que van bien con los trajes de cola, lo mismo en las mujeres que en los eclesiásticos. Ella le dejó sitio a su lado, y él se sentó, con el brazo en

el respaldo del sillón, en una actitud de conquistador.

Tras del obispo, pasó el Duque, saludando a todos con una cortesía exagerada llena de desdén. Daba la impresión de uno de esos hombres que poseen una confianza en sus fuerzas y en su aplomo tan enorme, que nada les puede inmutar. Llevaba patillas grises, los cabellos cuidadosamente peinados, e iba vestido con una severidad inglesa.—¿Dice usted?—preguntaba de cuando en cuando, dando a entender que iba a dignarse escuchar por un momento a su interlocutor.

No faltaba ninguno de los invitados y comenzó la misa.

Don Fausto dejó de mirar por el resquicio de la puerta y paseó de un lado a otro del gabinete de Blanca. Había delante del balcón un *secretaire* de laca. Don Fausto lo estuvo contemplando. Era igual a uno que tenía su madre. Estaba la llave puesta.

—Aquí no habrá nada de particular—pensó, y dió vuelta a la llave y abrió el pupitre.

Era un mueble precioso, mucho más complicado que el que tenía su madre, con una porción de cajoncitos. Iba a cerrarlo de nuevo, cuando se fijó en una moldura ancha que había debajo de uno de los cajoncitos del centro.

—Este es el secreto—se dijo—; recuerdo que mi madre guardó, durante mucho tiempo,

en el *secretaire* suyo las cartas de mi padre. ¿Si se abrirá lo mismo?

En el de su madre había que sacar el cajón de arriba y, por el hueco que quedaba, levantar una espiga de madera y después apretar un botón, con lo cual el secreto se abría.

Don Fausto tuvo la curiosidad de hacer la prueba, y el cajoncito inmediatamente se abrió con violencia. Estaba lleno de papeles. Don Fausto quedó perplejo y espantado. Miró por la rendija de la puerta. La ceremonia seguía.

Entonces, cada vez más intrigado, don Fausto echó un vistazo al fondo del cajón. Lo primero que vió fué un retrato de un muchacho joven, en cuyo margen se leía: «A mi madre, Enrique.»

Debajo del retrato había varias cartas formando un paquete. Una de ellas debía ser reciente. En el sobre ponía: «Señorita Blanca de Montville.» Don Fausto, decidido a enterarse de todo, sacó la carta y no leyó más que la fecha y las primeras palabras: «Mi querida madre.» Don Fausto, espantado del descubrimiento, dejó la carta y encima el retrato, y cerró el secreto y luego el mueble.

Su asombro no le dejaba comprender bien. ¡Blanca tenía un hijo! No había duda.

Era inaudito. Tan pronto el descubrimiento le daba ganas de reir, como le producía una estupefacción extraordinaria. Tenía intenciones de volver a abrir el *secretaire,* para con-

templar el retrato. Estaba seguro de que había visto a aquel joven en alguna parte. ¿En dónde? No lo recordaba.

La ceremonia en la sala fué larguísima; duró más de dos horas. Don Fausto tuvo tiempo de aburrirse encerrado en el gabinete; paseó de un lado a otro lleno de impaciencia. Por fin, apareció Blanca. La Plácida trajo el almuerzo. Blanca estaba muy cansada y se acostó después de comer. Don Fausto salió de casa, dió unas vueltas por el Luxemburgo, preocupadísimo con su descubrimiento, y a media tarde volvió a la calle Galande.

Al subir a su cuarto, se encontró a Pipot y a Mudarra, que hablaban en la escalera, al comienzo del pasillo.

—¿Qué ocurre?—preguntó don Fausto.

—Nuestro vecino el marqués, que ha venido borracho—dijo Pipot.

—¡Ah! ¿Tenemos un vecino marqués?

—Sí, hombre. ¿No se lo había dicho a usted?

—No; ¿quién es?

—El marqués de Yelves.

—¿De Yelves?

—Sí.

—Pero si debe ser muy rico.

—Lo era; pero se arruinó. Mire usted, otra vez sale.

Eefectivamente, se abrió una de las puertas del corredor y apareció en él un hombre decrépito, de barba corta blanca, el sombrero de

copa raído, una levita ajada, llena de arrugas y manchas, guantes amarillos con agujeros, las botas abiertas con los tacones torcidos y una cinta roja en el ojal. Parecía un desenterrado.

—¿Qué le pasará?—preguntó don Fausto.

—Que no puede tenerse en pie con la debilidad.

El marqués se acercó al grupo y preguntó en francés:

—¿Está Nanette?

—Ya le llamaré—dijo Pipot.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!—y el viejo, tambaleándose, volvió a su cuarto.

Llamó Pipot a la chica de la portera; luego, el tartamudo, don Fausto y Mudarra se marcharon a la calle.

—Y vosotros, ¿cuándo os vais?—preguntó don Fausto a Mudarra.

—Dantín se fué ya—contestó Mudarra—; yo no me voy. Me quedo aquí.

—¿Que te quedas aquí?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Veremos.

Don Fausto hizo una mueca de disgusto. Le molestaba que el antiguo asistente quisiera quedarse en París. Fueron a la calle Saint-Séverin y entraron en la Taberna Alsaciana a comer.

—Yo he oído hablar mucho de este marqués de Yelves—dijo Fausto.

—Sí, ha sido un *lion* de París—afirmó Pipot—. Yo le he conocido, pero cuando ya estaba arruinado. Había que ver su casa cuando vivía cerca del Arco de la Estrella. ¡Qué coches! ¡Qué troncos de caballos! Dicen que ha sido un genio este hombre. Después de arruinarse por completo, vivió durante muchos años gastando miles de francos, haciendo pagarés y embrollándolos, pidiendo dinero sobre fincas que no tenía. En fin, que era una especialidad.

—¿Y cómo llegaría a caer así?

—La edad y luego el vicio. El hombre parece que se abandonó y se dedicó al ajenjo.

—¿Y de qué vive?

—No lo sé a punto fijo. Antes creo que tenía una pensión de la Emperatriz.

—¿Y ahora no?

—No; me contaron que cayó en desgracia por una trastada que quiso hacer con Griselli, para sacar dinero a un embajador español.

—¿Y quién es ese Griselli?

—Ese era un agente de Badinguet que le servía para prepararle sus citas; luego estuvo al servicio de la Española. Parece que el tal Griselli manejaba el puñal que era una maravilla, y todo el que estorbaba a la buena señora desaparecía.

—¿Pero eso es verdad?—preguntó don Fausto.

—¿Qué?

—Eso de que hayan asesinado al que los estorbaba.

—Sí, hombre—repuso Pipot—. Aquí, durante muchos años, ha habido la guerra del puñal. Sobre todo entre Napoleón y Mazzini. Los dos han sido carbonarios, y Mazzini le tiene todavía un odio profundo a Napoleón y Napoleón un miedo bárbaro a Mazzini. Mazzini le ha perseguido a Badinguet hasta en la misma Francia. Cuando el italiano estaba en Londres, solía enviar gente para matar a Napoleón, pero la policía del Imperio, con ayuda del gabinete negro, descubría la conjuración, y cuando llegaban los enviados, los iban asesinando uno a uno.

—¡Pero eso no es posible!—dijo don Fausto.

—Es verdad. Lo que usted oye. Era una lucha a muerte. Hubo una época en que casi todos los de la policía, sobre todo los de la policía secreta, eran corsos, gente escogida que asesinaba por orden del Emperador o de la Emperatriz.

—Y entonces, ¿cómo no se hace lo mismo ahora?—preguntó Mudarra.

—Porque ahora hay la seguridad de la Revolución. La Revolución viene dentro de dos o tres años.

Don Fausto escuchaba a Pipot intrigado. Volvieron a casa.

Mudarra, que era muy curioso, se acercó al cuarto del marqués y miró por el agujero de

la llave. A la luz de una botella, que servía de candelero, colocada sobre una silla, se veía al viejo aristócrata incorporado en la cama, hecha en el suelo, envuelto en una manta raída y con un pañuelo sucio atado a la cabeza. Colgaban de unos clavos la levita, el sombrero de copa y un cuello postizo. Mudarra llamó a don Fausto y a Pipot.

—Está hablando—les dijo.

Efectivamente, el marqués hablaba. Aguzaron el oído.

—Pase usted, mi querido príncipe—decía el viejo—. ¿Y cómo se encuentra su esposa?... Yo bien, muy bien. Está espléndida la duquesa, ¿se ha fijado usted? Es encantadora... ¿Y qué tal le va a usted en el Círculo? Yo he perdido mil luises la otra noche...

—Sueña despierto—dijo Pipot.

—Y sueña que es rico—añadió Mudarra.

—¡Qué miseria!—murmuró tristemente don Fausto.

XV

El Buen Membrillo y el Padre Lunette

Un sábado por la tarde volvía don Fausto de casa de Blanca, cuando al pasar por la calle de la Huchette oyó que le llamaban. Se volvió y en la puerta de una tiendecilla vió a Pipot y a Mudarra.

—Entre usted, don Fausto—le dijo Pipot.

Don Fausto contempló la tienda, situada en un rincón, en una casita baja, y no comprendió qué clase de establecimiento era aquél. Tenía un tejado de zinc, encima una terraza pequeña, adornada con media docena de tiestos, y en la muestra se leía:

AU BON

y luego una cosa pintada que quería representar una naranja o una manzana o una fruta por el estilo.

Pasaron a una tiendecilla tapizada de papel rojo. En el mostrador, una mujer de unos treinta a cuarenta años, remendaba unas medias. Tenía esta mujer unas miradas llenas de malicia y era muy simpática.

—Es la Abadesa—dijo Pipot mostrándola.

Ella saludó y don Fausto siguió pensando en la clase de establecimiento que podría ser aquél y en la clase de fruta que había pintada en la muestra.

—Siéntese usted, don Fausto—añadió Pipot, y luego, indicando a un individuo afeitado, cetrino, de nariz aguileña, dijo:—Mi amigo Quintana, que es cura.

Don Fausto saludó al individuo y se sentó. El local en donde se encontraban tenía una ventana ancha a la calle de la Huchette, con una cortina blanca; había dos mesas, unas banquetas, un mostrador y a los lados de éste dos puertas.

—¿Hay mucha gente en el bazar?—preguntó de pronto Pipot a la del mostrador.

—No hay nadie.

—Bueno—dijo don Fausto en voz baja a Pipot—. Tengo que hacerle a usted dos preguntas.

—Vengan.

—Primera. ¿Qué es lo que dice en la muestra de esta tienda?

—Es un *calembour*. Eso que está pintado, quiere ser un membrillo, que en francés se

dice *coing* y se pronuncia como *coin*, rincón. De manera que el título de la tienda es: «Al buen membrillo», y al mismo tiempo «Al buen rincón».

—¡Ah!, y ¿qué clase de tienda es ésta?

—Es un misterio—contestó riendo Pipot.

—Pues ¿qué es?

—Verá usted; aquí tuvimos un médico francés y yo una clínica. La verdad es que poseíamos por todo arsenal quirúrgico un estuche de bolsillo, y de muebles unas cuatro sillas y un farol. Como no venía nadie, traspasamos el establecimiento a esta señora, que lo convirtió en una casa de trato, utilizando el farol, para lo cual mandó pintar en él un número muy grande. Desde entonces somos buenos amigos la señora y yo.

—¿De manera que esto es un burdel?

—Un burdel discreto, como ve usted.

—Entonces me marcho—dijo don Fausto.

—¿No estoy yo?—preguntó el cura con indiferencia.

—Tiene razón el páter—repuso Pipot—; donde está un cura puede estar cualquier otro ciudadano—. Señora Teresa—añadió dirigiéndose a la del mostrador—, tráiganos usted una baraja.

—Te advierto—dijo el cura—que yo no entiendo las cartas francesas.

—Ni yo—agregó Mudarra.

—Bueno, no importa; que las traiga.

—Lo que podíamos hacer—indicó el cura—es comer aquí.

—¡Excelente idea!—exclamó Pipot.

—Excelentísima—dijo Mudarra.

—A seis reales por barba, nos traerán el festín de Baltasar—añadió Pipot.

Cada uno depositó su parte sobre la mesa y Pipot se entendió con la del mostrador para la comida; luego cogió los naipes y, retirándose hacia el mostrador, comenzó a hacer juegos de manos, sacando las cartas que primero mostraba entre sus dedos del interior de la americana, del pantalón y de la frente. La Abadesa y una muchacha del bazar estaban encantadas.

—¡Qué hombre! ¡Qué talento tiene!—decía Mudarra.

La muchacha se fijó en la corona de Quintana y le preguntó respetuosamente si era cura; pero él no la hizo caso, distraído como estaba con las habilidades de Pipot.

Comieron, y la Abadesa y la muchacha les acompañaron. *Morny,* alias *Capitán,* anduvo royendo huesos por debajo de la mesa.

En esto, dos chiquillos italianos, el uno con un arpa y el otro con un violín, se pusieron a tocar a la puerta de la tienda. Pipot salió a verlos.

—*¿Dove siete?*—les preguntó severamente.

—*De Napoli.*

Don Fausto sacó unas monedas de cobre y se las dió.

—Ahora hay que tocar—dijo Pipot—el Himno de Garibaldi. Pero bien, ¿eh?

Los chicos tocaron el Himno de Garibaldi y Pipot, Mudarra, el cura, la Abadesa y la otra muchacha cantaron entusiasmados: *¡Zito! ¡Silenzio!* hasta cansarse. Don Fausto estaba avergonzado.

—Esto me hace llorar—decía el cura.

Repitieron la canción varias veces. Luego Pipot explicó a don Fausto que el cura Quintana había ahorcado los hábitos y que, después de algunos años de secularización y de libre pensamiento, estaba buscando dinero para hacer un viaje a Roma a implorar el perdón del Papa.

—Ahora debíamos ir a otra parte—dijo el cura después de cenar.

—Sí, vamos—y Mudarra, decidido, se levantó del asiento.

—¿Quieren ustedes que vayamos al Pere Lunette, una taberna de por aquí?—preguntó Pipot—. Hoy es sábado y estará animada.

—¿Y qué gente va a esa taberna?—dijo don Fausto.

—Buena gente, aunque pobre. Es una especie de taberna literaria. Alguna vez los de la policía llevan allá a algún extranjero o algún gomoso, le dicen que todos los que están en el local son unos bandidos, y le piden una propina.

—Vamos allá—dijeron el cura y Mudarra.

Salieron del establecimiento, después de despedirse de la Abadesa y de la muchacha. Había obscurecido. Al pasar por la calle Galande, Pipot entró en el portal de su casa y llamó a Nanette.

—Anda, hermosa—la dijo—, tú que tienes mejores piernas que yo, vete a mi cuarto y tráeme la guitarra.

Esperaron hasta que se presentó Nanette con la guitarra; Pipot la tomó y echó a andar con aire torero.

—Bueno, *vamoz zeñore*—dijo, y don Fausto notó que el ilustre Pipot, por la influencia del instrumento que llevaba en la mano, hablaba ya en andaluz.

El Pere Lunette era una taberna pintada de rojo, de la calle de los Ingleses, callejuela estrecha, que comunicaba la calle Galande con el bulevar Saint-Germain.

Tenía la tasca como enseña unos quevedos grandes y sin cristales, a los que debía su nombre. Encima de una barra de hierro, entre balcón y balcón, colgaba de un alambre un farol de luz roja y vacilante.

Abrió la puerta Pipot y pasaron todos. Al entrar se veía un local largo y estrecho con barriles empotrados en la pared, y encima de ellos retratos dibujados al carbón con sus correspondientes marcos. A un lado, a lo largo del establecimiento, había un mostrador de cinc, y enfrente, y paralelamente a él, un ban-

co que ocupaba toda la taberna. En el mostrador, sin sitio para revolverse, estaba el padre Lunette, a quien saludó Pipot. Era un hombre de unos cincuenta años, de barba entrecana y cara de sabio.

—Aquí tienen ustedes al padre Lunette —dijo Pipot—. Estos señores son españoles, amigos míos.

El padre Lunette se inclinó con finura.

—Uno de los nuestros—siguió diciendo Pipot señalando al tabernero— de los del 48.

—¿De veras?—preguntó don Fausto.

—Algo hicimos—contestó el hombre modestamente—, aunque no tanto como da a entender el amigo. Pasen ustedes, señores. Adelante, don García—le dijo a Pipot.

Después, el padre Lunette mostró los retratos de la taberna, entre los que se distinguían Rochefort, con su aire mefistofélico, Raspail, Blanqui, y guiñando los ojos, añadió:

—Estos son de los buenos.

En el fondo de la taberna había una puertecilla de cristales. Pipot la abrió, entró e hizo pasar a sus amigos a otro departamento con dos grandes mesas y cuatro bancos.

Este cuarto estaba iluminado por un mechero de gas, y en las paredes había dibujos, debidos, según aseguró Pipot, al lápiz de una mujer.

Dentro, dos hombres de aspecto miserable estaban sentados. Pipot no se cuidó de ellos;

dejó la guitarra encima de la mesa y llamó dando con el puño del bastón. Al ruido, se presentó un muchacho de unos diez y seis años, listo como una ardilla y con una cara de granuja completa.

—Café, Marck—le dijo Pipot con una concisión telegráfica.

—¿Cuatro, don Garcías?

—Cuatro.

Salió el chico y Pipot explicó a sus amigos, mientras examinaba las cuerdas de la guitarra, que aquel padre Lunette no podía considerársele como el verdadero. El auténtico había sido su antecesor, y se le llamaba así porque llevaba siempre puestos unos anteojos de cobre.

Mientras hablaba Pipot, don Fausto contemplaba a los dos hombres sentados en la otra mesa. Uno de ellos era un mendigo que limpiaba las tapas de un reloj de oro con una gamuza; el otro un tipo de viejo vagabundo, de estos vagabundos filosóficos, de largas barbas, de aire tranquilo y apostólico. Este llevaba un gabán atado con cuerdas, tenía el pelo y la barba blancos, ojos hundidos y antiparras. Leía atentamente un periódico.

Vino el mozo con el café en unas copas de vidrio con cubierta de cinc, y luego una vieja entró con una botella y cuatro vasitos que llenó de aguardiente.

—¡Hola, señora!—le dijo Pipot.

—Buenas noches, don Garcías. ¿Ha traído usted su guitarra, eh?

—Hay que entretenerse.

—Ahora vendrán los amigos.

—Sí, aquí los esperamos.

Salió la mujer cerrando la puerta.

—Esta es la madre Lunette—dijo Pipot.

—¿La mujer del tabernero?—preguntó Mudarra.

—La mujer no será—replicó el cura—; aquí mucha gente del pueblo se amontona, pero no se casa. De ese modo no tienen que pagar a la clerigalla.

—Es una antigua querida del tabernero—dijo Pipot.

La madre Lunette era ya vieja, tenía la cara ancha con los pómulos salientes y rojos, las mandíbulas fuertes y en ángulo recto, la nariz corta y cínica, la boca sin dientes, los ojos con arrugas en los párpados y éstos entornados que dejaban pasar una mirada burlona; una de esas miradas de vieja viciosa que parecen adivinar en los demás todos los bajos instintos que duermen en el légamo de las almas.

Mientras los cuatro españoles tomaban el café, fué entrando gente. Muchos conocían a Pipot, a quien saludaron afectuosamente llamándole don Garcías. Pipot los presentó a sus compatriotas. Eran pequeños comerciantes del barrio: el señor Renard, dueño del lavadero Vieux-París Blandelle, que tenía una carnice-

cería hipofágica; un herbolario de la calle de Saint-Séverin, apellidado Salvar, y un suizo empleado en una fábrica de microscopios de la calle de la Parcheminerie. Estos cuatro se pusieron a jugar a los dados.

Salvar, el herbolario y Pipot hablaban de Medicina cuando se presentó un tuerto muy jovial que llevaba una gorrita con galón dorado.

Saludó a todos, y al oir la conversación entre Pipot y Salvar, dijo:

—Don Garcías, no haga usted caso de este herbolario; es un farsante. ¿Sabe usted el letrero que puso en su tienda cuando se le estableció otro del oficio en la vecindad?

—No, no sé.

—Pues puso un cartel que decía: «No confundir esta tienda con la del otro charlatán de enfrente.»

—Todo eso estaría bien—dijo Salvar con desdén—si hubieran puesto alguna tienda enfrente de la mía, si yo hubiera colocado el letrero y si ese cuento no fuese más viejo que la sarna.

—El herbolario se incomoda—advirtió el tuerto riéndose.

—¡Ca, hombre! ¿Y tú qué has hecho, viejo buitre? ¿Has acabado tu ungüento de manteca de chicos? ¿Has vendido los dientes y el pelo de tus macabeos? ¿Has hecho algún emplasto con sesos de persona?

El tuerto, al oir esto, se reía.

—Aquí tiene usted este hombre—dijo Pipot a don Fausto señalando al tuerto—. Es el encargado del depósito de cadáveres del Hotel-Dieu. Yo le llamo el doctor Tibia; creo que es un nombre muy a propósito. El dice que lo mismo le podía llamar el doctor Peroné. Allá duerme en la sala de disección vigilando a sus macabeos.

Estaban jugando a los dados, cuando un joven obrero, que trabajaba alisando planchas para grabado en un establecimiento de la calle de la Huchette, llamado Lapersonne, acercándose a Salvar y señalando al viejo con aire de apóstol, que don Fausto había visto al entrar leyendo un periódico, le dijo al herbolario:

—¿Sabes quién es ese?

—¿Quién?

—Rinaldi.

—¡Toma, es verdad!

—¿Y quién es Rinaldi?—preguntó Pipot.

—Un italiano de los viejos partidarios de Cabet. Fué de los que marcharon a fundar Icaria y estuvo preso cuando el atentado de Trabucco, Greco, Imperatori y Scaglioni. Es de los amigos fieles de Mazzini. Ahora es trapero, vive en la calle de Mouffetard, donde tiene una tiendecilla.

—¿Usted le conoce?—preguntó Pipot.

—Sí.

—Convídele usted a una copa.

—¡Eh, ciudadano Rinaldi!—le dijo el herbolario—; estos señores quieren invitarle a usted a tomar una copa.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

El viejo se acercó a la mesa y el grupo de los que jugaban y Pipot y sus amigos se levantaron y le estrecharon la mano.

—¡Eh, madre Lunette!—gritó Pipot, golpeando en el cristal de la puerta—. Llene usted las copas.

Entró la mujer con la botella de aguardiente y llenó las copas. Brindaron todos, levantando los vasos y haciéndolos chocar.

—¡Por la de usted, ciudadano Rinaldi!—exclamó Pipot.

Y el viejo de las barbas blancas contestó:

—¡Por la Social, ciudadanos!

Habían quedado los concurrentes un poco conmovidos, pero pronto se distrajeron con la conversación y el juego.

El tuerto del depósito de cadáveres, el doctor Tibia, dijo:

—Vamos, don Garcías, una canción española.

Pipot se hizo rogar un poco; luego cogió la guitarra y comenzó a tañerla. Con una habilidad consumada cantó malagueñas, peteneras y una canción cubana, que fué la que más gustó, que comenzaba diciendo:

Tengo una china en Matanzas
de mi gusto y afición.

—La verdad es que los españoles son divertidos—decía el doctor Tibia, riendo.

—Ahora tú—le dijo a éste el herbolario.

—¿Yo?

—Sí. *Gradus ad guillotinam.*

Era esta una canción inventada en el padre Lunette, una canción macabra, en latín macarrónico, que el tuerto cantó con mucha gracia.

Cuando se cansó Pipot, aflojó las cuerdas de la guitarra y se levantó.

—¿Pero qué, se va usted, don Garcías?—le preguntaron todos.

—Sí, ya es mi hora.

Se despidieron Pipot y sus amigos; luego, al salir a la parte anterior de la taberna, que estaba llena, el tartamudo dijo a sus paisanos, con el interés pedagógico que le caracterizaba:

—Si quieren ustedes tomar alguna cosa aquí, pueden sentarse en el banco teniendo el vaso en la mano; ahora, si dejan el vaso en el mostrador, hay que estar de pie. Es el reglamento del padre Lunette. Hay que saber las costumbre de la casa—añadió, guiñando un ojo y llevándose el índice a él.

El padre Lunette salió detrás del mostrador para dar la mano a los españoles y éstos se fueron a la calle. Dieron una vuelta por la orilla del río para despejar un poco la cabeza. Luego, le acompañaron al cura a la calle Jean

de Bouvais, donde vivía, una calle próxima, en cuesta, con altos y bajos. Después, Pipot, don Fausto y Mudarra volvieron a su casa y cada uno se marchó a su respectivo cuarto.

XVI

Historia de un músico saboyano

Llegó Junio y a don Fausto le escribieron de Madrid diciéndole que le indicarían el día fijo en que saldría Asunción para la frontera.

Blanca, al saberlo, había encargado a la Plácida que buscara una habitación próxima a su casa para padre e hija, y la vieja criada la halló en la calle de Garanciere, a poca distancia del hotel de la calle de Vaugirard. Podía don Fausto haberse trasladado inmediatamente, pero prefería quedarse mientras pudiera en la calle Galande, encariñado como estaba con Pipot, Nanette y los demás tipos raros que allí vivían.

Una mañana don Fausto, antes de levantarse, vió a Mudarra que entraba en su cuarto con un aire espantado.

—¿Qué sucede?—le preguntó don Fausto.

—Chico, una cosa terrible.

—Bueno, cuenta; ¿qué pasa?

—Un descubrimiento. Hay asesinos aquí.

—¿Eh? ¿En dónde? Explícate.

—Tú ya sabes—dijo Mudarra—que desde que estuve a punto de ser achicharrado en Madrid, cuando hubo fuego en la casa donde vivía, les tengo un miedo atroz a los incendios. Muchas noches me despierto con la preocupación de que huele a quemado y ya no puedo dormir. Pues bien: esta noche me he despertado...

—¿Y no ha habido nada?

—Sí, sí, ha habido.

—Pues yo no sé que se haya quemado ninguna cosa.

—Espera. Al despertarme me sorprendió un olor a trapo quemado que había en mi cuarto. Me levanté, encendí la luz, registré por todas partes... nada. Sin embargo, el olor aumentaba; abrí la puerta, salí al pasillo, olfateé por allí... nada tampoco. El olor estaba en mi habitación, allí no se quemaba nada, de algún lado venía.

—¿Y de dónde venía?

—De una rendija de la pared. Estaba con la luz encendida, tendido en la cama, cuando me fijé que de una rajadura que había cerca del techo salía humo. Me subí a la cama y comprobé que, efectivamente, venía de allá. Apa-

gué la bujía y vi que de la rendija entraba algo de luz, y acercando el oído a la pared noté como murmullo de voces. Yo soy curioso, no lo puedo remediar, y quise enterarme. Cogí la mesa, puse encima una silla y me subí, a riesgo de romperme la cabeza, y apliqué el ojo a la hendidura. Se veía una guardilla y tres hombres que andaban de un lado a otro. Al principio no distinguía bien. Luego vi claramente. Los tres hombres estaban quemando unas blusas llenas de barro y manchadas de sangre.

—¿De veras? ¿No sería una ilusión tuya?

—No, no; lo vi bien. Estaban quemando las blusas. De ahí venía el olor a trapo quemado. No hablaban y andaban en puntillas. La impresión y el cansancio de estar en una postura violenta hizo que estuviera a punto de caerme; pero, en fin, pude bajar y acostarme.

Se contó el caso a Pipot, y se discutió si sería conveniente avisar a la policía.

—No—dijo Pipot—; yo tengo un amigo de confianza, empleado en la Prefectura, y consultaremos con él.

Efectivamente, por la noche, a la hora de comer, Pipot se presentó en la Taberna Alsaciana con un viejecillo de aspecto insignificante. Era un señor de unos cincuenta años, bajito, grueso, con abdomen pronunciado. Tenía la nariz aguileña, el bigote gris, unas barbas recortadas a punta de tijera y anteojos

azules. Vestía una chaqueta de alpaca, unos pantalones amarillos y un sombrero de paja ennegrecido por el uso. Este tipo era el señor Gadobert, empleado en la Prefectura, según Pipot una verdadera eminencia.

Mudarra comenzó a contar lo que había visto y Pipot a traducir al francés sus explicaciones, pero el señor Gadobert dijo:

—No, que hable en castellano; lo entiendo bien.

Mudarra contó lo sucedido con todos sus detalles, y el empleado de la Prefectura le hizo algunas preguntas.

—Me figuro quiénes son—dijo al último; y luego preguntó: —¿Y el cuarto ese corresponde a la misma casa de la calle Galande?

—No lo sabemos—contestó Pipot.

—¿Es una pared gruesa o un tabique el que separa el cuarto de usted del otro cuarto?—dijo Gadobert.

—Parece más bien pared gruesa.

—¿Le dió a usted la impresión de que el piso de la guardilla estaba al mismo nivel que el de la habitación de usted?

—No; me pareció que estaba más alto.

—Bueno. Vamos a verlo. Me pareció que ese cuarto no debe pertener a la calle Galande, sino a alguna casa de la calle del Yeso.

Después de cenar, fueron al cuarto de Mudarra y comprobaron lo dicho por éste.

Gadobert miró por la rendija y no vió nada.

—Lo que parece es que se oye como una voz, ¿no?

Hubo distintos pareceres: Gadobert y Mudarra decían que se oía algo; Pipot y don Fausto que no sentían nada.

La casa debía dar a la calle del Yeso, pero quizá no sería fácil encontrarla en seguida, por el amontonamiento de tejadillos y cobertizos que había.

—Alguno tendrá que quedarse aquí—dijo Gadobert.

—¿Para qué?—preguntó Pipot.

—Vamos a ir por la calle del Yeso, y no será tan fácil dar con ese cuarto como parece. No es cuestión de decir que es uno de la policía. Convendría que aquí estuviera alguno y, de cuando en cuando, hiciera una seña, como, por ejemplo, sacar la luz a la ventana.

—Es verdad—dijo Pipot—; ¿y si hay alguna pared o saliente que nos impida ver esta ventana?

—Entonces lo que vamos a hacer, además, es que el que se quede aquí encienda fuego en la chimenea. Raro será que no veamos o la ventana iluminada o el humo.

—¿Se verá el humo?—preguntó Pipot.

—Sí, hay luna. Y a estas horas no habrá ninguna chimenea encendida.

Se dispuso que Mudarra quedase en el cuarto, que encendiese fuego y que, de rato en rato, sacase la luz y la pusiera en la ventana.

Dispuesto esto, Gadobert, don Fausto y Pipot salieron y, por el callejón del Yeso, entraron en la calle del mismo nombre.

La casa debía estar entre el callejón del Yeso y la calle Fouarre. Había dos portales de unas casuchas sórdidas, y en uno de ellos entraron; recorrieron un pasillo del último piso, y Gadobert se convenció de que en la otra vivienda debía de estar el cuarto que buscaban.

Esta segunda casa en donde entraron era mucho peor que la anterior. La escalera no tenía más que de dos en dos tramos un quinqué de petróleo. Subieron hasta el último piso, en donde había un corredor, bajo de techo, sin luz, con unos cuantos ventanillos cuadrados en lo alto.

—A ver, usted que es más flaco, Pipot—dijo Gadobert—. Suba usted—; y le ofreció, como un gimnasta, sus dos manos, para que apoyara en ellas el pie. Pipot se encaramó sobre las espaldas del policía, hasta agarrarse a las dos rejas en cruz del ventanillo.

—¿No se ve nada?

—No, todavía no.

Esperaron un momento.

—Ahora sí—dijo Pipot—; allá está la luz y el humo de la chimenea.

Bajó Pipot.

—¿Hacia donde está la guardilla?—le preguntó Gadobert.

—Este corredor debe torcerse en ángulo recto—dijo Pipot—o hay que tomar alguna otra escalera.

Avanzaron. El pasillo se torcía, efectivamente en ángulo, y tenía guardillas a los lados, de donde salían voces y lloros.

Por indicaciones de Pipot, el cuarto debía estar al final del segundo pasillo. En la última puerta llamó Gadobert, y salió una vieja.

—¿Vive aquí un mecánico que ha venido a esta casa hace unos días?—preguntó.

—No.

—Se ha mudado hace tres o cuatro días.

—No, pues no es aquí—y la vieja cerró la puerta.

Llamó Gadobert en la puerta siguiente, y salió a abrir una niña, con un cabo de vela en la mano.

Miró a Gadobert asustada y exclamó:

—No, no es él—y luego apagó la luz.

Gadobert encendió una cerilla y pasó adentro; tras él pasaron don Fausto y Pipot. Notaron al entrar un olor y un tufo irrespirables; luego, en el fondo de un chiscón, vieron a un hombre tendido en un camastro.

El hombre se incorporó y dijo:

—¿Son ustedes de la policía?

—No—respondió Pipot.

—A mí me es igual—y volvió a tenderse en el camastro.

El cuarto era una guardilla de techo bajo; en

el suelo, en una cama de paja, estaba un hombre vestido, lleno de barro; cerca de él se había colocado la niña que había abierto la puerta.

Era un hombre extenuado, flaco de un modo inverosímil, tenía los labios sin color y los ojos sin ninguna fijeza.

Gadobert sacó una bujía del bolsillo, la encendió, echó sebo derretido sobre el alféizar de la ventana y fijó allí la vela.

El enfermo contempló la maniobra con cierto asombro.

—¿De veras no son ustedes de la policía?—dijo.

—No, hombre, no; esté usted tranquilo—replicó Pipot—. Somos vecinos que le hemos oído a usted quejarse y hemos venido a ver qué le pasaba. ¿Está usted malo?

—Sí. Muy malo. Creo que tengo vida para poco tiempo.

Gadobert le agarró de la mano.

—Este hombre tiene una fiebre terrible—dijo, y añadió—: ¿Hace mucho tiempo que está usted enfermo?

—Sí, hace tiempo.

Pipot le tomó el pulso.

El enfermo le preguntó:

—¿Qué pasa? Eso debe estar muy mal, ¿verdad?

—No.

—Sí; le he visto a usted mover la cabeza como si fuera una una cosa desesperada.

—En este cuarto, obscuro y sin ventilación, cualquier cosa puede ser grave.

—Y en otra parte sería igual—arguyó el hombre—. Si lo siento por alguien, es por esta niña. Por mí, no. Estoy ya harto de vivir. ¿Sabe usted lo que quisiera? Beber, tomar una limonada fresca y morirme pronto.

—Pues le traeremos a usted una limonada.

Pipot registró su bolsillo, y como no encontró gran cosa, le pidió a don Fausto un franco y salió a la calle.

—Hay que ventilar esto—dijo Gadobert—; si no, aquí nos vamos a asfixiar todos.

Se abrió la puerta del corredor y la ventana que daba al tejado.

—¿Y qué es lo que han oído ustedes?—preguntó con ansiedad el enfermo.

—Pues hemos oído todo—contestó Gadobert—; los lamentos de usted y la conversación que tuvieron ustedes el otro día mientras quemaban las ropas.

—Entonces, para ustedes soy un criminal—dijo el enfermo incorporándose en la cama.

—No se levante usted así—le advirtió Gadobert—, se va usted a enfriar. Usted no puede ser un criminal.

—¿Por qué?

—¿Porque lo dice su cara de usted a gritos.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!—y el enfermo lanzó un suspiro y se tendió de nuevo en la

cama. Esperaron don Fausto y Gadobert a que viniera Pipot, el cual trajo la limonada y unas píldoras de quinina, de las cuales administró una al enfermo.

Este bebió con ansia hasta calmar su sed, luego apoyó el brazo en la almohada, y dijo:

—Les voy a contar a ustedes mi historia.

—¿Para qué?—advirtió Gadobert—; no se lo exigimos, no tiene usted necesidad de hablar.

—¿No ve usted que llevo años de estar callado? Y esto me consuela.

—Entonces, hable usted.

El enfermo contempló a sus tres visitantes, luego miró a la niña y le dijo:

—Jenny, acuéstate.

La niña se tendió en una estera, el enfermo suspiró, y después comenzó su historia así:

—Yo, señores, soy saboyano, de Lucey, un pueblecillo que está entre el Ródano y el lago Bourget. Si alguno de ustedes conoce el país, sabrá que es delicioso. Para mí es el más hermoso del mundo.

Yo soy hijo del relojero del pueblo y mi apellido es Klein. Mi padre procedía de la Suiza alemana, como mi madre, y en mi infancia y en mi juventud también he hablado el alemán.

He sido el más pequeño de mis hermanos. Eramos tres. El mayor se quedó en la relojería de nuestro pueblo, el segundo fué cerca de Basilea a ponerse al frente de una hacienda

de la familia de mi madre y a mí me dedicaron a la música.

De chico me mandaban a guardar vacas, lo que me encantaba. Solía echarme entre las hierbas, y allí solía estar horas y horas mirando el cielo y las nubes, hasta que obscurecía y me volvía al pueblo.

La verdad que para los negocios y el trabajo asiduo no servía. Era atrevido, perezoso; luego, de joven, alegre y brillante, en todas las fiestas estaba yo, me divertía y nunca pensaba en el mañana. He sido y soy todavía como el personaje de esa canción de Goethe que se titula: «En nada coloqué mi deseo.»

Nunca me ha preocupado el porvenir. Me parecía que con ser bueno bastaba. Así ha marchado mi vida. Es la vieja canción: Hay que ser buenos, nos dicen, y los hombres no piensan más que en allegar y en apoderarse de todo lo que pueden y en subir unos sobre otros, y cuando se ve que la sociedad es un nido de víboras y que todo se pudre de maldad, vuelve a decirse otra vez, como quien da un remedio nuevo y definitivo: Hay que ser buenos. Ja... ja... ¡qué farsa!

Yo, la verdad, he tenido mala suerte. La gente de orden dirá que ha sido merecida. La imprevisión les parece a todos un crimen. ¿Se han fijado ustedes en que, cuando se habla entre aldeanos de la fábula de la cigarra y la hormiga, todos hablan de la cigarra con odio?

Y yo pregunto: ¿Por qué? ¿No tiene la pobre cigarra bastante desgracia con no saber más que cantar? Son injusticias...

Como decía, he tenido mala suerte; todo mi entusiasmo ha sido ser violonchelista. ¡Es admirable ese instrumento!, ¿verdad? Pues nunca he encontrado sitio donde tocarlo, y he tenido que ganarme la vida con el violín. Este es un instrumento que no me gusta, que no se aviene con mi manera de ser.

Mi maestro de música fué el organista de Lucey, un viejo muy bueno y muy cariñoso.

Me enseñó el órgano, el violonchelo y el violín. Pero no había plaza para mí y tenía que tocar el violín en las romerías y en las fiestas.

A los diez y ocho años me marché de Lucey a Chambery y entré en la orquesta de la iglesia. Tuve allí algunos éxitos, di lecciones de música a señoritas de la mejor sociedad. Aquélla fué mi buena época. Hubiera podido quedarme en el pueblo y adquirir una posición, cuando un amigo me calentó la cabeza y me convenció de que debía ir a Ginebra, donde tenía, según él, un gran porvenir.

Fuí, no encontré trabajo en ningún sitio y tuve que dedicarme a tocar el violín en los cafés y, a veces, en las calles. Yo comprendía que marchaba mal, pero, la verdad, no me apuraba. ¡Cuántos días me he pasado sin comer, sentado en un banco de la Treille, miran-

do el monte de la Saleve y recordando versos de Goethe y de Heine!

En esto, un domingo que fuí a tocar a un pueblo que se llama Nyon, vi una compañía de acróbatas, que daba funciones en la plaza. Había en la compañía una volatinera que, además, se deslizaba por un alambre. El alambre bajaba de un balcón a una argolla clavada en la calle, y por él tenía que deslizarse la muchacha, agarrándose con los dientes al trozo de cuero adherido a una polea.

Esta muchacha era hija de un equilibrista. Yo la vi y me enamoré de ella. El director de la compañía, que era un perdido, un jugador y un borracho, al ver mi enamoramiento, me invitó a entrar de violinista en la compañía, no me pagó los días que toqué y me dijo:

—Venga usted con nosotros.

Eso hice, me marché con ellos en una de las dos carretas que tenían. La muchacha correspondió a mi amor y fuimos, durante algún tiempo, los seres más felices de la tierra.

Esto no podía durar; aquella armonía nuestra era como una provocación para los demás, y trataron de desunirnos provocando celos en ella o en mí. No lo consiguieron, pero no cesaron en su hostilidad contra nosotros. Hay que creer que los hombres son muy malos cuando así les molesta la felicidad ajena.

Un día, el más terrible de mi vida, estábamos en un pueblo del Norte de Italia, se ha-

bían terminado varios números y venía el momento en que mi mujer tenía que descolgarse desde el balcón de una casa por el alambre. En este instante, siempre se me encogía el corazón y cerraba los ojos. Aquel día cerré los ojos y los abrí anhelante al oir el alarido de todo el público. Mi mujer había caído del alambre y estaba en tierra con las piernas destrozadas.

Al llegar aquí, el enfermo comenzó a llorar amargamente; don Fausto, Gadobert y Pipot le contemplaron emocionados.

—Murió la pobre—siguió diciendo el músico—y desde entonces para mí no hubo cosa buena. Mis compañeros se burlaban de mí. Yo caí en una melancolía profunda. Tocaba el violín maquinalmente, como un autómata, pero mi alma siempre estaba pensando en ella. Una de las mujeres de la compañía se apoderó de mi voluntad. Yo no la tenía ningún cariño, pero se empeñó en que viviéramos juntos y ésta fué la mayor torpeza de mi vida.

Yo pensaba en retirarme a mi pueblo; ella no me dejó. Era una mujer que necesitaba a alguien para hacerle sufrir y me tomó a mí. La vida con ella fué un infierno; dejamos la compañía y anduvimos los dos de feria en feria y de teatro en teatro. Afortunadamente, yo no la quería. Ella me engañaba y todo lo que yo tenía de artista lo perdí por completo.

Desde los treinta años hasta los cuarenta y cinco que tengo ahora, mi vida ha sido una desdicha continua y he andado por el mundo como un sonámbulo, cada día más desilusionado y más triste. Me separaba de esa mujer y la encontraba luego. Hace cinco años, por desgracia mía, volví a encontrarla. Estaba a la puerta de una barraca de figuras de cera. Al verme, me brindó protección y yo tuve la debilidad de aceptarla.

Me pusieron a tocar el violín a la puerta. Había dos voceadores en la barraca. Uno de ellos, el bello Hipólito, era bueno; el otro no, era un bruto y le llamaban el Dab. Un día, por un desfalco que hubo en la caja, nos despidieron a los dos voceadores y a mí. Yo me fuí con ellos. Era hacia la parte de Bélgica. Solíamos ir por los caminos, a lo largo de los canales; ellos ganaban dinero descargando barcos; yo tocaba el violín y pedía en las casas y en las gabarras. Cuando no ganábamos, nos acostábamos debajo de los puentes o en el campo. Cuando teníamos dinero, nos metíamos en alguna cantina.

En esta época fué cuando encontramos a esta niña y la recogimos.

Un día el Dab vino con otro hombre que se llamaba el Rouquin. Desde que éste se asoció con el Dab y con Hipólito, comenzaron los tres a robar.

Yo siempre he creído que la propiedad es

cosa respetable y no he tomado nada de lo que no fuera mío. Los dos amigos, el Dab y el bello Hipólito, se dejaron dominar por el Rouquin. Me enviaban a mí a las casas y a las iglesias de los pueblos, y según los informes que yo les daba iban o no a robar. Claro que las ganancias del robo eran mayores que las del trabajo; podíamos dormir en las posadas y comer bien. Generalmente, se emborrachaban los tres y nos trataban muy mal a la niña y a mí. De cuando en cuando, compraban los periódicos y los leían en medio del campo para ver si habían sido descubiertas sus fechorías.

Muchas veces pensé en escaparme con la niña, pero estaba ya hecho a aquello y no me animaba. Cada día iban haciéndose más atrevidos en sus robos y llegaron a extremos de audacia inconcebibles. Hará un mes o mes y medio, el Rouquin propuso a los amigos un robo. Según dijo, estando empleado en un barco, la mujer del patrón dió a luz y le enviaron a él a buscar una comadrona. Era ésta una vieja de cerca de setenta años, que había ganado en su profesión una buena cantidad de miles de francos. Yo, al saber los propósitos del Rouquin, debí protestar, pues, como he dicho siempre, he considerado la propiedad como sagrada; pero estaba enfermo y no tenía fuerza ni para darme cuenta de las cosas.

El Rouquin no sabía a punto fijo cuál era el pueblo de la comadrona, pero marchando por

la orilla del Sena estaba seguro de encontrarlo. Fuimos desde Poissy remontando el río, hasta que llegamos a Colombes, en donde el Rouquin encontró la casa.

A mí me quisieron enviar a avisar a la comadrona, pero yo no quise, pretextando que no podía tenerme en pie con la fiebre. A pesar del mal estado en que me encontraba, al saber que iban a dar el golpe, la curiosidad pudo más que mis achaques, y arrastrándome, con la cabeza que parecía que se me iba a partir, me acerqué a la casa. Esta niña me acompañaba.

La vieja comadrona vivía en una casita baja del campo de Argenteuil, cerca del río, una casita con persianas verdes y enredaderas en la pared. El mismo Rouquin fué el que llamó. Yo oí dos aldabonazos fuertes que sonaron en el interior de mi cabeza. La vieja abrió la ventana, que se iluminó. La comadrona y el Rouquin estuvieron hablando durante largo rato. El Rouquin le dijo que la conocía; la vieja primero se negó a salir y luego con las explicaciones que le dieron asintió. Estábamos la niña y yo detrás de un bosquecillo, cuando vimos abrirse la puerta de la casita y salir a la vieja con un farol encendido y un paraguas. El Rouquin le tomó el farol e iban los dos por el camino cuando el Dab y el bello Hipólito entraron en la casa por una de las ventanas. Al ver que se alejaban el Rouquin y la vieja,

me tranquilicé, por que sospechaba que aquella vez intentaban algo más que robar.

Al poco rato, Hipólito y el Dab volvieron a salir. Yo no me explicaba estas andanzas; luego me contaron que habían registrado la casa y lo habían encontrado todo cerrado.

El Dab e Hipólito fueron detrás de la vieja y el Dab le dió un golpe en la espalda. Entonces el Rouquin sacó una cuerda y, haciendo un nudo corredizo y pasándolo por el cuello de la vieja, tiró brutalmente y la mató.

Registraron el cadáver de la comadrona; el Dab le quitó las llaves que la vieja guardaba en el corsé y se las entregó a Hipólito, que echó a correr en dirección de la casa. Luego, entre el Dab y el Rouquin cogieron el cuerpo y lo tiraron al río. Después echaron el farol y el paraguas. Yo estaba temblando y la niña lo mismo. Cometido el crimen, pensaron en nosotros, nos buscaron y nos encontraron.

—A esta vieja momia sería mejor echarle al río a hacer compañía a la comadrona—dijo el Rouquin por mí.

El Dab e Hipólito se opusieron y me trajeron a empujones. Yo no sé cómo he podido venir. En este cuarto quemaron las blusas, se repartieron el dinero y la noche pasada se fueron.

Esta es mi historia, señores. ¿Ahora, qué van ustedes a hacer de mí? Yo no quiero más que saciar esta sed y luego morirme cuanto antes.

—¿Qué tipo es el Dab?—preguntó Gadobert.

—Fuerte, zambo, de mucha espalda.

—¿Y el bello Hipólito?

—Es un chico que parece un niño de coro; tiene el pelo muy rubio y los ojos negros. La policía debe conocerle. Hace pocos meses estuvo a punto de ser cogido con un monedero falso en un hotel de la calle Lourcine.

—Lo conozco—dijo don Fausto.

—¿De veras?—preguntó Gadobert.

—Sí—y don Fausto contó lo que había visto una mañana en la calle Lourcine.

El enfermo esperó impaciente a que acabara de hablar don Fausto, y volvió a decir:

—¿Qué quieren ustedes hacer de mí? Yo desearía que me dejaran morir en este rincón y que se encargaran de la niña.

Gadobert quedo pensativo.

—Si usted tuviera alguna energía aún...

—No la tengo—dijo el enfermo.

—Espere usted lo que voy a decir. Si usted tuviera energía aún, le proporcionaríamos un billete en el tren para su pueblo y le enviaríamos allá con la niña.

—¿De veras harían ustedes eso?—preguntó el músico, incorporándose en la cama.

—Sí; pero sería necesario que usted tuviese ánimos...

—Pues los tendré; sí, ya lo creo que los tendré. ¿No debo temer nada de la policía?

—No, puede usted estar tranquilo—le dijo

Gadobert—. Cuídese usted; vendremos a verle. Cuando se encuentre con fuerzas, se marcha usted.

La cara del músico cambió como por encanto, besó a la niña y hasta quiso levantarse de la cama para acompañar a los visitantes.

. . . . . .

A la semana, Gadobert le trajo un billete para él y para la niña; don Fausto le dió algún dinero y el hombre se marchó llorando de emoción.

Al día siguiente tenía don Fausto que ir a la frontera a reunirse con su hija. Se despidió de Pipot.

—Me tengo que ir en busca de mi chica e iré a vivir a la calle Garanciere. ¿Nos veremos, eh?

—Sí; creo que sí.

—Venga usted por allá alguna vez, Pipot.

—¡Pse! No me seduce. Usted tiene que entrar en el gran mundo, yo me quedo entre mi gente.

—¿Y por eso no quiere usted ser ya mi amigo?

—No, eso no importa para ser amigos.

—Si usted no quiere ir allá, yo vendré por aquí.

Bueno.

Se despidieron. Mudarra quedó encargado de arreglar los últimos detalles en la casa de la calle de Garanciere y de esperar en la estación a don Fausto y a su hija.

XVII

Asuncioncita

El tren salía de Biarritz a las seis.

—¿Quieres que vayamos en tercera?—preguntó don Fausto a su hija.

—Lo que te parezca.

Entraron en el vagón y se pusieron cerca de la ventanilla. Charlando, don Fausto de París y Asunción de las últimas cosas ocurridas en casa, llegaron a Burdeos. Tenían aquí que cambiar de tren, y no lo hicieron sin sus dificultades y confusiones. Se habían acomodado ya en un vagón vacío, con la perspectiva de llegar solos a París, cuando se abrió la portezuela y se oyeron voces que gritaban:

—*Eh, Sacrebleu! Sacredieu!*

Al momento unos gendarmes comenzaron a lanzar mochilas y fusiles al interior del tren. Asuncioncita estaba asustada al ver los fusi-

les. Se acomodaron los gendarmes, y uno de ellos, grueso, de gran bigote rubio, al oir a Asunción hablando el castellano, le dijo:

—¡Ah!... ¿Usted ser española, señorita?

—Sí, señor—contestó ella algo temerosa.

—Entonces, usted no tener miedo a fusiles. Españolas, *muqueras* valientes... y bellas.

Don Fausto sonrió con la galantería del gendarme, y a él y a los demás les ofreció la petaca. Fumaron todos. El que sabía castellano amontonó las mochilas en el banco e hizo sitio para que Asuncioncita pudiera reclinarse.

—Papá, tengo sed—dijo la muchacha.

No había agua, y don Fausto miró a un lado y a otro, sin saber dónde podría encontrarla. El gendarme rubio sacó una botella y un vasito de hoja de lata, lo llenó y se lo ofreció a Asunción, que bebió y le dió las gracias. Luego la muchacha quedó dormida, y los gendarmes se enfrascaron en una animada conversación acerca de la política y el Gobierno. A media noche, al llegar a Limoges, bajaron todos; el que hablaba castellano tendió la mano a don Fausto, y le dijo:

—Adiós, caballero, y cuide usted de la niña bonita.

Luego saltó con los demás del tren, y se oyeron sus *sacres!* en el silencio de la noche.

Quedaron solos el padre y la hija. Don Fausto miraba a Asuncioncita dormida en el banco;

tenía una respiración tan dulce, tan pura, que apenas se levantaba su pecho.

—¿Qué le reservará el destino a esta niña en París?—se preguntó don Fausto. Tenía confianza en que la suerte de la muchacha había de ser próspera.

Asuncioncita durmió toda la noche. Una o dos estaciones antes de llegar a París, don Fausto se preparó para bajar. Iba a asomarse a la ventanilla, cuando por la otra puerta entró, mientras el tren iba en marcha, un hombre alto, fuerte, de barba rubia, con la mirada viva.

Al volverse don Fausto y al verle experimentó gran asombro. Era Saint-Preux, el que tanto preocupaba a don Fausto, el que había visto en la calle de l'Arbalete y en la Taberna Alsaciana.

—No hay prisa—dijo el hombre mientras fumaba la pipa, al ver que don Fausto colocaba la maleta en el banco—aún faltan tres estaciones.

El hombre, al ver que don Fausto le contemplaba atentamente, le examinó también con su mirada penetrante y viva.

—Creo que nos conocemos—dijo de pronto el hombre.

—Me parece que sí—contestó don Fausto—. Nos hemos visto en la Taberna Alsaciana.

—¡Ah! Es verdad... es verdad.

—¿No se llama usted Saint-Preux?

—Sí, señor. Ahora recuerdo; usted es un español amigo de la señorita Montville.

—Ese mismo.

Pasaron rápidamente dos estaciones. Ya cerca de París, la niña se despertó.

—¿Estamos cerca, papá?—dijo.

—Sí, falta un poco.

Saint-Preux preguntó:

—¿Es hija de usted?

—Sí, señor.

—Perdón. Le molestará la pipa—y dando con ella en la palma de la mano, la vació, echó el tabaco al suelo y lo apagó con el pie. —¿Cómo sigue la señorita de Montville?—preguntó luego a don Fausto.

—Está mejor.

—Me alegro. Si la ve usted, déle usted expresiones de Enrique.

Dicho esto, el hombre alto se levantó y saludó, luego abrió la portezuela, y cuando aun estaba el tren en marcha, bajó y fué andando por el campo.

Todo ocurrió de un modo bastante rápido para que don Fausto quedara en suspenso. Luego, al salir de su asombro, murmuró:

—Es él, sin duda es él.

La fotografía encontrada en el *secretaire* de Blanca era de aquel hombre; indudablemente era el hijo de la señorita de Montville.

El tren comenzaba a pasar por entre alma-

cenes negros, andenes con grúas y filas de vagones. Llegaron. Mudarra les esperaba. Entraron en un coche, y al poco rato estaban en la calle de Garanciere.

. . . . . .

La calle de Garanciere pasaba por detrás de la iglesia de San Sulpicio.

Era una calle triste, sin tránsito; una calle de antigua ciudad abandonada; una calle de esas de capital de provincia próximas a las iglesias y los cuarteles. Había en esta calle, en la fachada de una casa grande, una fuente en una especie de hornacina excavada en la pared. El caño de esta fuente salía de la boca de una cabeza de Medusa de bronce, y el paso del agua había ido desgastando y corroyendo uno de los labios. Encima de la hornacina podía leerse una inscripción en latín, grabada en una lápida de mármol. El comercio de la calle lo constituía una casa de grabados y de estampas, una encuadernación y dos zapateros de portal.

Llegaron don Fausto y la muchacha, y como Asuncionita había dormido, no estaba cansada y no quiso acostarse. Había en la casa un cuarto grande que daba a la calle, con una mesa de escribir, y allí se lavó y peinó Asunción.

Luego sacó su ropa de los baúles y estuvo arreglándola.

A ver si te pones sencillita, ¿eh?, pero guapa—le dijo don Fausto al levantarse.

—Bueno.

—A las doce iremos a ver a Blanca y almorzaremos con ella. Ten cuidado con lo que dices.

—Pero, papá, no me asustes.

Asunción se puso un traje blanco.

—Estás muy bien así—le dijo don Fausto—. ¿Vamos?

—Cuando tú quieras.

Salieron a la calle de Vaugirard y entraron en casa de Blanca. La vieja señorita estaba en su gabinete sentada en un sillón. Al entrar padre e hija, Blanca miró con sus ojos penetrantes a la niña y extendió la mano a Asunción, que se aproximaba tímidamente. La muchacha tomó su mano y se acercó a la anciana, que la abrazó y la besó en la mejilla.

—Sé muy bien venida—dijo Blanca—. ¿Estás cansada?

—No.

—¡Y pensar que yo he sido amiga de tu abuelita, cuando ella y yo éramos como tú! ¡Qué vieja debo ser! ¿Verdad?

Asunción se calló y miró a su padre, como dándole a entender que no contestaba por la prudencia que había prometido.

Asunción tenía una gran curiosidad por ver algo de París y se asomó a la ventana. Desde allí, por encima de los árboles del Luxembur-

go, se veía a lo lejos una hilera de tejados, de torrecillas, de altas chimeneas. En los árboles piaban los gorriones, y algunas palomas cruzaban el gran horizonte azul.

—¿Qué es ese jardín tan bonito?—preguntó Asunción.

—El Luxemburgo—le dijo Blanca—. Ya te llevaremos a él.

Almorzaron y, después de almorzar, la anciana estuvo tendida en una butaca.

Luego se levantó, se puso un chal y le enseñó a Asunción una porción de cosas guardadas: cadenas antiguas, medallones de oro, crucecitas, alhajas barrocas.

—A ver, ábreme este armario—le decía a la niña.

Ella lo abría y la anciana sacaba de un rincón abanicos en cajas estrechas, unos con incrustaciones de oro, otros con madera de olor, algunos con paisajes al estilo de Watteau, y luego contaba la historia de todas estas cosas.

En los días siguientes, la amistad de Blanca y de Asunción se hizo mayor. La anciana le enseñaba francés a la niña, y ésta sentía por la vieja señorita un gran entusiasmo.

XVIII

Don Segundo Paz

Blanca hubiera querido que Asunción fuera inmediatamente a vivir con ella, pero don Fausto daba pretextos para conservar durante algún tiempo su libertad y la de la niña.

Don Fausto tenía gustos un poco chabacanos, y se figuraba que su hija los había de compartir. Le encantaban los festejos populares y, sobre todo, verlos entre la multitud.

Un día de feria en un barrio extremo, entre Mudarra y don Fausto llevaron a Asuncioncita por entre la gente, recorrieron calles y calles, un borracho quiso besar a la muchacha y ella volvió a casa medio llorando y furiosa contra su padre.

Don Fausto tenía la afición por lo mediocre. No le gustaba lo pobre, ni lo rico, sino las cosas medias. Siguiendo sus gustos, todas las

noches, con su hija y Mudarra iba a cenar al *restaurant* del Odeón. Era este *restaurant* pequeño; tenía una puerta de cristales a la calle Voltaire, cerrada y convertida en ventanal, con sus cortinillas correspondientes. Se entraba al comedor por una puertecilla de al lado.

El local tenía un aire viejo y desteñido, ese aire de mezquindad, de cosa ruín, tan frecuente en los hoteles baratos, que a don Fausto le seducía. Estaba dividido por una crujía de columnas en dos partes, la anterior que daba a la calle y la del fondo a un patio.

En el departamento de adentro, en el mostrador, solía estar habitualmente el dueño del *restaurant*, cortando trozos de queso y racimos de uva para colocarlos en los platos. En la parte de adelante, comprendida entre la crujía y las ventanas, había hasta nueve mesas, y en la otra cuatro o cinco, todas cubiertas de manteles blancos.

Un papel amarillo, gastado, con un zócalo de madera de color de chocolate, cubría las paredes y las cuatro columnas de la crujía. El techo pintado, estaba ennegrecido por el humo de dos lámparas de gas.

Enfrente de la puertecilla de entrada había una chimenea de mármol blanco y encima un reloj parado, con una estatua de bronce, que representaba un caballero de casaca y tricornio, con una escopeta en la mano derecha y la

izquierda sobre los ojos, como sirviéndole de pantalla para mirar a distancia.

Había en las paredes hasta cuatro espejos, de esos antiguos, de marco estrecho y sin molduras, con la luna muy pálida y ennegrecida por las moscas.

Todo era allí desteñido y viejo: las cortinas amarillentas, los colgadores de cobre, las lámparas, los manteles.

A este *restaurant* comenzaron a ir a don Fausto, Asunción y Mudarra. Acudían allí algunos españoles y muchos americanos de todas castas, de hablar meloso y cierto aire de negro.

Uno de los mozos era un marsellés; el otro un chico asturiano que había recorrido medio mundo y había estado de limpiabotas en Nueva York, de minero en Cardiff y de pinche en una compañía de barcos del Báltico.

Este muchacho se llamaba Miguel y atendía muy obsequiosamente a don Fausto y a Asuncioncita.

Una noche había en el *restaurant* del Odeón dos señores que discutían. Uno de ellos, el que estaba de cara a don Fausto, era un viejo bajito, grueso, de bigote blanco, con los quevedos en el extremo de la nariz, el vientre abultado, chaleco de terciopelo con dibujos, pantalones estrechos, calcetines de lana azul, zapatos con un lazo y sombrero de alas planas y sin brillo. Llevaba el tal señor un perro, a

quien el mozo trajo la comida en una cajita de madera.

El otro, el que estaba de espaldas, era un viejo, largo y estrecho como un espadín. Vestía un levitón a la Berryer, cuello alto y corbata de muchas vueltas.

El señor del perro y el de la levita discutían sobre cuestiones de religión.

Miguel, el mozo, dijo a don Fausto:

—Ese señor bajito del perro es un poeta; el otro viejo y flaco es un español que ha sido fraile y que sabe mucho.

Mudarra ardía en deseos de ir a ver al español, cuando el ex fraile se volvió. Era don Segundo Paz; don Fausto se levantó para saludarle y le invitó a sentarse a su mesa. El ex fraile se despidió del poeta y se sentó con don Fausto. Hablaba el exclaustrado casi en andaluz.

Dijo que estaba queriendo convencer de la verdad de las ideas positivistas al que estaba con el perro; el cual era un señor que se dedicaba a cosas tan inútiles, según don Segundo, como hacer versos y que tenía además una enormidad de absurdas preocupaciones.

—¿Se murió Mendizábal?—dijo de pronto el ex fraile.

—Sí, ya hace tiempo—contestó don Fausto.

—¡Pobrecillo!—murmuró don Segundo—. Era un reaccionario. ¿Y qué hacen ahora en España?

—Preparándose para la Revolución.

Y don Fausto habló de Olózaga, de Orense, de Ruiz Zorrilla, de Salmerón y de Castelar.

—Son unos mentecatos—afirmó rotundamente el ex fraile—. El único hombre de España es Prim.

Don Fausto no se atrevió a contradecirle y el exclaustrado continuó preguntando:

—¿Y Fernández y González?

—Escribiendo novelas.

—Aquí estuvo hace algún tiempo y no logró aprender francés. Entraba en una tienda y pedía las cosas a gritos en español. Al último le entendían. ¡Y qué discusiones armaba! Según él, Víctor Hugo, Dumas, todos los grandes escritores de aquí eran unos mamarrachos. Entre los modernos no había más que Schiller. ¿Y sabe usted por qué tenía esa predilección?

—No.

—Pues porque no lo había leído. Una vez decía en el café Voltaire: «En España no hay más que un poeta, yo.»—«¿Y Zorrilla, Manuel?»—le preguntó alguno.—«¡Zorrilla! Sí, también es poeta; él es la hembra y yo el macho.»—Es pintoresco ese Manuel y mentiroso como pocos. Una vez vino contándome que se habían reunido Víctor Hugo, Dumas y él, formando un tribunal, y explicaba la colocación de este modo: a la derecha se ha puesto el

poeta, a la izquierda el novelista y en medio el genio. El genio era él.

Don Segundo reía al contar estas anécdotas. Asuncioncita estaba impaciente oyendo historias que nada le interesaban, y en el primer alto de la conversación manifestó el deseo de marcharse a casa.

Don Fausto se despidió de don Segundo, y Mudarra, que sentía entusiasmo por todas las superioridades, quiso acompañar al exclaustrado.

Tomaron los dos por la calle Racine, y en la esquina de ésta con la de Monsieur-le-Prince, don Segundo Paz mostró una casita de dos pisos y dijo:

—Ahí ha vivido el filósofo más grande de los tiempos presentes, pasados y futuros.

—¿Quién?—preguntó Mudarra.

—¡Quién ha de ser!—exclamó el ex fraile—; Augusto Comte.

Mudarra no recordaba haber oído tal nombre; miró la casa, no se le ocurrió ninguna observación, y esto le pareció depresivo. Haciendo un esfuerzo de memoria encontró algo como una idea y preguntó:

—Oiga usted, este filósofo *Comt*, ¿es el que se escribe Kant?

El viejo ex fraile lanzó a Mudarra una mirada de desprecio y, sin saludarle, se alejó de su lado; luego, le dió tal risa la pregunta, que se tuvo que apoyar en la pared de una casa

para reir a su gusto y toser y sonarse y hasta quitarse los dientes postizos y guardarlos en el pañuelo.

Mudarra miraba corrido al viejo, que con la mano en el costado no paraba de reir; al ver las muecas que hacía se le contagió la risa y comenzó o reir también a carcajadas. Al notarlo el ex fraile se indignó.

—¡Imbécil!—dijo.

Luego, se arregló la corbata, se puso la dentadura postiza y se alejó de allí con aire sarcástico y desdeñoso.

XIX

Rincones de París

Por las mañanas y al anochecer, padre e hija daban grandes paseos por el Luxemburgo y la Avenida del Observatorio. Miraban las estatuas, los macizos de heliotropos, de geranios y de rhododendros; veían a las niñas jugar a la comba y a los chicos que botaban lanchitas en el estanque octogonal del centro del jardín.

Al caer de la tarde, en las avenidas, algunos muchachos y muchachas jugaban al *cricket;* en los bancos, señores tranquilos leían un periódico o miraban el espacio vagamente; algún abate grueso e inyectado, de melenas blancas, meditaba con su breviario en la mano; algún poeta melenudo pasaba lanzando miradas orgullosas a su alrededor.

Sentadas en las sillas, charlaban viejas arru-

gadas, de cofia blanca unas, otras de cofia negra, mientras hacían media; las mamás jóvenes cuidaban de los chiquillos, mientras ellos correteaban o, tirados por el suelo, jugaban con la arena; algunas muchachas solitarias leían un libro.

Cerca de la fuente de Médicis, viejos, mujeres y niños se entretenían en echar migas de pan a los atrevidos gorriones, que andaban entre la gente, sin miedo alguno de los hombres.

La domesticidad de aquellos pájaros entusiasmaba a don Fausto. Estos gorriones y el letrero del Panteón: «A los grandes hombres, la patria reconocida», eran para don Fausto las pruebas verdaderas de la civilización de un pueblo.

¡Cuándo habría en Madrid letreros como aquí y gorriones como los del Luxemburgo! Probablemente, nunca.

En estos paseos se presentaban muchos galanteadores de Asunción, a los cuales la niña no miraba, pero entre ellos hubo uno que le fué interesando.

Era un muchacho de aire modesto, casi pobre; tenía esa timidez que tanto agrada a las mujeres al principio de sus amores y que tanto les molesta al final. Iba tras ella desde tan lejos, que muchas veces volvía Asuncioncita la cabeza y no le veía.

Algunas veces, cuando la muchacha estaba

en casa de Blanca, el joven paseaba por el Luxemburgo mirando a los balcones.

¿Sería francés? ¿Sería español? Esto le preocupaba a Asuncioncita. Una mañana, al ir a San Sulpicio con Susana Demange, vió a su pretendiente hablando con un jorobadito. Los dos hablaban el castellano.

Esto le tranquilizó a Asunción; hubiera tenido una verdadera decepción si su galanteador hubiera sido francés.

Mientras Asuncioncita vivía soñando, pensando en que se iba a abrir para ella un balcón hacia el firmamento de las eternas felicidades, don Fausto y Mudarra se dedicaron a investigar los rincones del barrio Latino y a dar grandes paseos por la orilla del río.

Tenía, para don Fausto, un gran atractivo este París solitario de Septiembre, con el cielo azul, algo pálido, los días luminosos y las puestas de sol espléndidas.

No le daba París la impresión de un pueblo activo y comercial, sino de una ciudad plácida, de vida tranquila y agradable.

Ya entonces los románticos del pasado aseguraban que París no era París, que el barrio Latino había desaparecido.

No estaba aún prolongado el bulevar Saint-Germain y había, en lo que luego fué calle ancha y recta, una porción de callejuelas estrechas, formadas por casas viejísimas y destar-

taladas, refugios y madrigueras de bohemios de todas castas.

Los últimos románticos de París se lamentaban amargamente de la transformación de los tiempos. Ya no se paseaba por la calle Dauphine, como en la buena época; el barrio comenzaba a verse desanimado y las galerías del Odeón, antes paseo y punto de cita de estudiantes y de grisetas, estaban desanimadas. Aún había calles de mucho carácter, a las cuales don Fausto, en su diario, asignaba su especialidad, como quien hace un descubrimiento.

La calle de Bonaparte y la de Saints-Péres eran calles de tiendas de grabados y antigüedades; la del Sena y de Mazarine, de prenderías; la de Soufflot, de librerías de obras de Derecho; la de San Sulpicio y la calle Madame, de casullerías y de imágenes sagradas.

Había otras calles sin especialidad manifiesta, pero que caracterizaban admirablemente una época; de éstas eran la calle del Horno, la del Dragón, que con sus tiendecillas, sus puestos de verdura, sus casas de comidas, daban la impresión del París del año treinta.

Eran también muy características las callejuelas estrechas próximas a Saint-Germain-des-Pres: la calle de Buci, la calle Taranne, la de Santa Margarita, la de Childebert con sus prenderías y sus tenduchos obscuros y negros.

De algunas plazas y callejuelas parecía que

se iba a ver salir alguna diligencia grande y pesada y pasar traqueteando por el empedrado, conduciendo lechuguinos y damiselas, soldados y criadas llegadas de la aldea con sus papalinas blancas.

Una de estas plazas típicas era la de Saint-André-des-Arts. Las casas que la circundaban eran blancas, bajas, sin adornos, sin balcones, con las ventanas abiertas hacia afuera; en todos los pisos aparecían enseñas comerciales y sobre el tejado se levantaban guardillas enormes, llenas de chimeneas, como casas negruzcas construídas encima de otras. Quedaban de los derribos paredes altísimas, en donde se marcaban las líneas negras de las chimeneas y el papel de color de las habitaciones.

En la vecindad de don Fausto había admirables rincones para pasar el rato. Allá estaba cerca el café Voltaire, que conservaba caliente aún el recuerdo de la Bohemia. En el piso entresuelo del café había, grabados en mármol, trozos de las Odas Funambulescas de Banville y de las Escenas de la Vida de Bohemia de Murger. Además de las glorias antiguas de los tiempos casi heroicos, el café tenía otras glorias modernas: en este diván se habían sentado durante muchos años Gustavo Planche y Julio Vallés; aquí charlaba de arte Barbey d'Aurevilly y de política Clemenceau.

Mudarra era el gran descubridor de curiosidades. Muchas veces decía a don Fausto, se-

ñalando a un joven alto, flaco, de bigote y perilla:

—¿Sabes quién es ese?

—¿Quién?

—Rochefort.

Casi todos los días le indicaba algún tuerto y le decía:

—Ese que ha pasado es Gambetta.

Lo curioso era que siempre el tuerto era distinto.

Generalmente eran gratuitas suposiciones de Mudarra. El fué el que averiguó que la dueña de la cervecería de Apolo, de la calle Monsieur-le-Prince, se llamaba Georgina Gambetta y que era pariente del célebre abogado León. También averiguó Mudarra, y este detalle pareció a don Fausto un hallazgo importantísimo para su diario, que a la calle de Monsieur-le-Prince, los verdaderos revolucionarios como Raul Rigault, el secretario de Blanqui y sus amigos, no le llamaban así, sino calle del Alias Citoyen.

Entonces, en esta calle del Alias Citoyen había una porción de tabernas, de las cuales las más celebradas eran la Clínica, la taberna del Cisne y otras muchas, casi todas servidas por damas de distinta nacionalidad, en donde se cantaban canciones italianas, españolas, argelinas, y en donde de cuando en cuando había algún escándalo.

Todas las observaciones recogidas por don

Fausto y Mudarra eran anotadas y comentadas.

Había cerca del Odeón un establecimiento cuyos caracteres se fijaron en el diario de don Fausto. Era la tienda de un trapero y anticuario a quien llamaban el Padre Monaco, una tienda en donde se vendía de todo y que tenía este letrero ambiguo: «Instituto filantrópico de la orilla izquierda del Sena».

Monaco ponía rótulos humorísticos a los géneros que vendía. Don Fausto se pasó muchas horas copiándolos uno a uno. En un espéculo, ponía: *Speculum, especulorum, amen.* En una jeringa: Modelo especial para música *di camera.* El ingenio del trapero no era cosa mayor, pero a don Fausto le pareció completamente ático. Sobre todo el pensar que, con el tiempo, las notas de su diario serían un rayo de luz para el historiador del porvenir, le alentaba a seguir escribiendo.

Don Fausto y Mudarra no iban casi nunca a la orilla derecha. El límite de sus paseos era por una parte, el río, y por las otras el bulevar de los Inválidos y el de Montparnasse. Una vez los dos amigos llegaron hasta Petit Montrouge en busca de la calle Plumet, una calle que don Fausto quería conocer porque aparece en *Los Miserables*, sirviendo como de decoración a un idilio.

No encontraron la calle, y además se perdieron.

Entonces por allí, por todas partes, se veían solares llenos de montones de cascote, casas altas con estudios de pintor, huertecillos deshechos, hoteles nuevos, fábricas que brotaban de un erial pedregoso y casas viejas medio campestres que iban abajo para formar avenidas. En los solares trabajaban los canteros y por encima de las vallas aparecían altas chimeneas de ladrillo.

XX

Una visita a un convento

Hay entre la calle de Sevres y la de Cherche-Midi una callejuela bastante estrecha, bastante negra, bastante sórdida, que se llama de la Barouillére. Esta calle era, hace años, muy poco transitada. De cuando en cuando pasaba por ella un coche, y alguna vieja muy vieja, de cara apergaminada y de nariz puntiaguda, salía a la ventana de su casa a mirar el carruaje que se paraba siempre delante de un hotel antiguo y medio arruinado.

El hotel era de piedra, ennegrecido por la humedad y los años; tenía delante un jardincillo enverjado y sombrío, en donde nacían hiedras obscuras que iban escalando la pared de la casa hasta el piso segundo. Los balcones estaban rotos, algunas piedras de la cornisa habían caído al jardín y quedaban medio

ocultas entre las hierbas parásitas; debajo de los aleros se veía como un rosario formado por nidos de golondrina.

Esta casa tenía el tejado puntiagudo, de pizarra; sobre él las flechas de las veletas tomadas por la herrumbre, ya no giraban, y los tubos de chimeneas obstruídos, agrupados como pólipos, no lanzaban al aire más que débiles humaredas azules.

En la puerta de la verja, a un lado, había una cadena negra, y tirando de ella sonaba a lo lejos una campana...

Un domingo, antes del medio día, Asunción Bengoa y Susana Demange con su madre llamaron en esta casa misteriosa. Al mismo tiempo que llamaban, el pretendiente de Asunción aparecía en el extremo de la calle.

Poco después, cruzando el jardincillo del hotel, apareció una criada que abrió la puerta, y las tres señoras, por un camino cubierto de grava, entraron en el hotel.

—¿La madre San Juan?—preguntó la señora Demange.

—Ahora saldrá; siéntense ustedes—dijo la criada.

Se sentaron en un vestíbulo que tenía varios cuadros negruzcos, y al poco rato apareció la madre San Juan. Era una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, de aire determinado y cara enérgica. La señora Demange le presentó a Asuncioncita, y la madre San

Juan hizo a la muchacha una porción de preguntas acerca de su familia y de su vida, que Asunción contestó con bastante dificultad.

—¿Qué edad tiene usted?—le dijo la monja.

—Diez y siete años.

—¿Y su padre de usted es...?

—¿Mi padre?... no es nada.

—Vamos, vive de sus rentas.

—Sí, eso es.

Asunción no creyó oportuno hablar de la fábrica de sombreros.

Al cuarto de hora llamaron a la madre San Juan, y ésta se despidió.

Cuando concluyó la entrevista salieron las tres señoras a la calle. El pretendiente de Asunción se paseaba por delante del convento como un desocupado. Asunción cambió una mirada con él.

—Y estas señoras, ¿qué son?—preguntó Asunción a Susana.

—Son las Damas Auxiliadoras.

No preguntó más la muchacha. Le dijeron que estas Damas solían dar reuniones y que la madre San Juan, la directora, era una viuda conocida en las altas esferas de la vida parisiense.

El auxilio de estas Damas Auxiliadoras era arreglar bodas. Asunción aparecía ya en el catálogo de las novias, sin que ella supiera nada, mientras pensaba en su enamorado.

Por una extraña coincidencia, el mismo día

de la visita a aquella monástica agencia matrimonial, recibía una carta de su galanteador, y habiéndole contestado y no pudiéndole entregar su respuesta, la llevaba doblada dentro del guante.

En el trayecto de la calle de la Barouillere a casa de Blanca, en donde madame Demange tenía que dejar a Asunción, la madre de Susana habló de las luchas que tenían en la sociedad frecuentada por ella.

El obispo, árbitro de los dos bandos, no se decidía; tan pronto parecía inclinarse a los oportunistas, partidarios de Demange, como a los intransigentes, amigos de Terrat.

—Y el tal obispo es un necio—decía madame Demange fogosamente—; da la razón a mi marido en todo, porque quiere ser académico, y no se atreve a ponerse en contra de Terrant, porque tiene un miedo terrible a las Asociaciones religiosas.

Madame Demange hablaba de la gente de iglesia con verdadero desdén, como si la conociera a fondo, y expuso en pocas palabras la situación del obispo.

Este, como todo el clero francés, temía la rivalidad de las órdenes religiosas; los jesuítas y dominicos estaban minando el terreno de la religión, los jesuítas en el confesonario con su tolerancia casuística y sus procedimientos serviles, y los dominicos desde el púlpito con su palabra fogosa y elocuente. Sobre todo, estos

frailes del hábito blanco, herederos de los inquisidores de España, con sus anatemas y sus pinturas del infierno, arrastraban los corazones de las damas. Los mismos jesuítas, más adocenados y mediocres, tenían que dejar el campo libre a los dominicos y recluirse con su oratoria meliflua y azucarada en los rincones de provincias.

De cuanto dijo madame Demange, Asunción no se enteró, preocupada con el modo de entregar la contestación a su pretendiente. Al llegar a la calle de Vaugirard a casa de Blanca, Susana y su madre se despidieron de Asunción; ésta entró en el portal, luego salió de nuevo a la calle y se encontró con su seguidor; se ruborizó al verle, sacó el papel del guante, lo dejó caer al suelo y echó a correr escalera arriba.

XXI

El Chateau-Rouge

Un día don Fausto recibió una tarjeta de Gadobert, citándole a la noche en el café del Museo de Cluny.

Fué allí y se encontró con el empleado de la Prefectura, que charlaba con Pipot.

—¿Y del músico?—preguntó don Fausto—¿qué se sabe?

—Pues parece que ha llegado muy bien a su pueblo con la niña.

—¿Y qué era lo que me quería usted?—preguntó don Fausto.

—Una cosa sencilla. A una taberna de la calle Galande, el Chateau-Rouge, va un joven que tiene todas las señas del bello Hipólito, dadas por el violonchelista. Como usted conoce al bello Hipólito, quisiera que viniera usted esta noche conmigo al Chateau-Rouge.

—Pero, ¿no hay peligro?—preguntó don Fausto.

—Ninguno—dijo Pipot—. Yo creo que el Chateau-Rouge es literatura. El Gobierno da un jornal a unos cuantos desdichados para que vayan a esa taberna a hacer de bandidos. Por eso creo que ese joven asesino no estará ahí.

—Yo tengo datos para creer que va—replicó Gadobert.

—Lo malo es si es peligroso el lugar—insistió don Fausto.

—¡Ca, hombre!—exclamó Pipot—; cualquier rincón del barrio donde vivió usted era mucho peor.

—¿Dónde vivió?—preguntó Gadobert.

—Por ahí, hacia Montrouge.

Don Fausto no las tenía todas consigo, pero tantas seguridades le dieron, que no se opuso a ir a la taberna. Salieron del café, atravesaron el bulevar y entraron en la calle Galande.

El Chateau-Rouge era una casa pequeña, viejísima, con el tejado puntiagudo, pintada de rojo, del color de la guillotina. Tenía la casa tres ventanas en cada piso y un balconcillo encima de la tienda, de donde colgaba un farol con el letrero: «Refugio de noche». En la pared de esta casa, torcida y cuarteada, entre la pintura de color de sangre de toro, se destacaban las vigas negruzcas.

Estuvieron contemplando la casa durante

algún tiempo, e iban a entrar en ella, cuando dos mozos fornidos abrieron la puerta y sacaron del interior a un borracho, agarrándole el uno de los hombros y el otro de los pies, y lo llevaron a la calle y lo dejaron en un rincón en donde había unos toneles vacíos. El borracho se puso en cuatro patas y comenzó a dar alaridos que querían ser notas de una canción.

—¿Por qué no le llevan a ese ciudadano a la Sala de los Muertos?—preguntó Pipot a uno de los mozos.

—De allí le sacamos, porque está fastidiando a los demás—contestó el mozo.

—¿Se ha fijado usted?—dijo don Fausto a Gadobert—; hay dos que nos vienen siguiendo.

—Son de los míos—contestó el policía.

Entraron don Fausto, Gadobert y Pipot en el establecimiento. Era una especie de sótano con pilares de madera, con tres puertas a la calle, cerradas, las cuales tenían montantes por donde entraba el aire. Estaba el local iluminado por luces de gas y lleno de un público abigarrado y extraño.

Don Fausto, Gadobert y Pipot llegaron al fondo, hasta cerca del mostrador, en donde un joven con lentes llevaba las cuentas a la luz de un mechero de gas, con una indiferencia admirable.

A uno y otro lado había dos mozos encar-

gados de echar a la calle a los alborotadores y de calmar a puñetazos las disputas.

—¿Qué es eso de la Sala de los Muertos?—preguntó don Fausto a Pipot.

—Es un sitio a donde llevan a dormir a los borrachos—contestó el tartamudo.

Se sentaron los tres a una mesa.

—¡Y pensar que aquí, en esta misma casa, durmió la bella Gabriela d'Estrees!—dijo Gadobert.

Don Fausto no sabía quién era esta señora, pero se creyó en el caso de decir:

—¡Mucho han variado los tiempos!

—Ya ve usted—añadió el policía—. Me dijo el anterior amo de aquí que, rascando las paredes, había encontrado en varias partes la cifra de Gabriela, que consistía en una S atravesada por un rasgo: *Es-trait*.

—Es ingenioso—dijo Pipot—; voy a ver si hago yo con mi apellido una cosa semejante.

Desde el sitio en donde se colocaron don Fausto y sus amigos se dominaba toda la taberna.

Aquella concurrencia, a las luces vacilantes del gas, tenía un aire siniestro; la gente, viejos, mujeres y niños, se apiñaba en las mesas, y cada una de ellas era una confluencia de andrajos. De los parroquianos, unos fumaban recostados en la pared, otros bebían, algunos roncaban, con la cabeza apoyada entre los platos llenos de salsa y los mendrugos de pan.

El ambiente era irrespirable, una mezcla pesada de humo, de emanaciones ácidas de los cuerpos, de alcohol y de miseria.

Mirando la traza de los allí reunidos, uno a uno, la impresión desagradable se acentuaba; el horror vago por la negrura de aquel antro se convertía en un temor bien definido. La repugnancia desaparecía ante la sensación del peligro. Aquello no era literatura, como decía Pipot.

Había unos tipos de una miseria horrorosa: mujeres de aire vago, sin expresión en la mirada, agotadas por la fatiga; hombres torcidos para adelante, pálidos, astrosos, con unos gabanes con las mangas muy cortas o muy largas, la tela arrugada, como si la hubieran pisoteado con rabia, el sombrero seboso y la pipa en los labios. Casi todos eran mendigos, colilleros, vendedores de caballos de la barrera del Trono y de Montparnasse.

Contrastaban con los mendigos ciudadanos algunos vagabundos de carreteras, por sus caras atezadas, la melena crecida y la mirada brillante. Estos vagabundos hablaban fuerte; se contaban sus viajes, las malas pasadas hechas en los pueblos a los aldeanos y a los gendarmes, y se explicaban sus jugarretas y sus engaños. Miraban con desdén a los mendigos de la ciudad, a los obreros sin trabajo, a los viejos alcohólicos de barba gris sentados a su lado, y no se dignaban hablarles.

Las mujeres tenían un aspecto menos triste y más grotesco que los hombres. Unas eran gordas, grasientas, con las mejillas de color violáceo y las vetas rojas del alcohol en la piel; otras esmirriadas, de aire compungido, mendigas vergonzantes de las que iban a los barrios ricos a pedir limosna por la noche. Su costumbre de fingir daba cierto aire insinuante a estas harpías humildes.

Iban ataviadas con cofias, vestidas con talmas grasientas y harapos recubiertos de un barniz aceitoso; hablaban con el extremo de los labios, bebían aguardiente, tomaban algunas rapé, y en sus miradas oblicuas se leía la suspicacia y el cinismo.

Las mujeres de vida alegre se distinguían por sus ademanes provocativos y descarados. Eran muy niñas o muy viejas; había algunas de más de cincuenta años, pesadotas, grasientas, con las mejillas jaspeadas por los vivices alcohólicos. Una chata completamante borracha, con un kepis en la cabeza, andaba de un lado a otro tambaleándose, cayéndose sobre unos y otros, y fumando una pipa corta.

—Aquí seguramente no está ese Hipólito—dijo Pipot.

—Estará arriba—repuso Gadobert—. Tome usted ese periódico—le dijo a don Fausto—. Si ve usted al muchacho ese, saca usted el periódico y se pone usted a leer.

—Bueno.

Esperaron un rato. En esto, un tipo de golfo, pálido, de color de cera, con una barba rubia ensortijada y la melena hasta la espalda, se levantó, se colocó delante del mostrador y cantó una canción de una golondrina que se moría; después silbó imitando a varios pájaros, mientras una muchacha, pintada, con un platillo en la mano, fué pidiendo por las mesas.

Después salió otro artista. Era un tipo de mirada huraña, una gorra alta, inclinada hacia la oreja y la colilla en los labios. Llegó delante del mostrador, tiró la colilla, se metió las manos en el pantalón y cantó con un tono de indiferencia rencorosa una canción contra Badinguet y la Española, con aire del vaudeville *Le Sire de Franc-Boisy*.

Era una canción brutal en la que se decían horrores.

—¿Y cómo se permite esto?—preguntó don Fausto.

—Es que estos años del Imperio han podrido el país, y el Gobierno no tiene fuerza ni prestigio.

El mismo que había cantado vino con un bastidor y varios papeles y se dispuso a hacer retratos de personajes conocidos.

—Ahora que nadie se fija en nosotros, vamos a la Guillotina—dijo Gadobert.

—Bonito nombre—exclamó Pipot—; ahí se debía llevar a todos los amigos de Badinguet.

Comenzaron a subir unas escaleras.

—¿A qué llaman ustedes Guillotina?—preguntó don Fausto en la escalera.

—A la sala a donde vamos.

—¿Y por qué la llaman ustedes así?

—Porque ha habido muchos parroquianos de esa sala—contestó Gadobert riendo—que han hecho conocimiento con Monsieur de París.

—Y que ahora están durmiendo en Vitry en sábanas de tierra—añadió Pipot.

—¿Quién es Monsieur de Paris?—preguntó don Fausto.

—El verdugo.

—¿Y Vitry?

—El sitio en donde está el cementerio de los ajusticiados.

—¡Pues entonces es una imprudencia entrar!—exclamó don Fausto deteniéndose.

—¡Ca! No le pasa a usted nada—aseguró Gadobert.

El público del piso primero era más selecto que el de abajo; los trajes de los parroquianos menos raídos. Había chulos de sombrero de paja y melenas, bigote retorcido y barba afeitada de tono azul; otros eran niños, golfillos de diez y seis a diez y ocho años, chiquillos abandonados que dejaban su oficio de marmitones o de conductores de caballos y se lanzaban al aprendizaje de la chulapería y el crimen.

Unos y otros tenían el aire equívoco, la mirada encanallada y el gesto burlón.

Ellas eran muchachitas que rondaban por los bailes, los cafés y las tabernas; ayudaban muchas veces a sus amantes a desvalijar al burgués y daban su corazón a un chulo gallardo que las hacía sufrir. Llevaban los labios y los ojos pintados, fumaban cigarrillos y tenían un aire entre cándido y depravado.

Se sentaron don Fausto y sus dos acompañantes. Como Pipot comenzase a hablar a gritos, Gadobert le dijo por lo bajo:

—Tenga usted cuidado, que aquí una puñalada viene sin saber de dónde.

—¡Bah! Todos estos son chulos cobardes —replicó Pipot en castellano.

—No, todos no—repuso Gadobert en el mismo idioma.

—Sí, hay algunos asesinos, asesinos ya convertidos en buenas personas, retirados del oficio, que tienen su capital en la Caja de ahorros. Los franceses son muy económicos... ¡ja... ja... ja!...

La risa de Pipot atrajo las miradas de la gente de las mesas próximas.

En un grupo vió don Fausto al padre Israel, que hablaba con unos cuantos.

—Le conozco a ése. ¿Es un judío, verdad?

—Sí.

—Y esos que hablan con él, ¿quienes serán?

—Bandidos que le llevan cosas para vender a su tienda—dijo Gadobert—. Ese flaco,

picado de viruelas, de nariz larga, es también judío. Es conocido por el mote de Pas-jolie.

Era un hombre de unos cincuenta años, afeitado, de aire siniestro. No tenía frente, tanto huía la cabeza para atrás; su mandíbula era de proporciones monstruosas, las cejas le salían como pinceles grises y los ojillos claros, de gato, eran penetrantes como dos estiletes. Llevaba Pas-jolie un chaleco rameado, un sombrero de paja y paraguas; hablaba con el padre Israel una jerga incomprensible, entre hebrea y germánica, y los dos parecían lamentarse a cada paso.

Separado de estos grupos, en una mesa aparte, había un hombre grueso, afeitado, con cara de cerdo. Gastaba melenas largas, negras y grasientas, levita entallada sucia, corbata grande flotante, que caía por encima de la pechera, y un sombrero de copa como un tubo, de alas planas. De los bolsillos le salían papeles. Fumaba el hombre en una pipa corta, con los ojos medio cerrados, y en la mano derecha sostenía una copa de ajenjo.

—¿Y éste también es algún bandido?—preguntó don Fausto.

—No. Este es un *chansonnier* que dice que viene aquí a estudiar tipos, pero la verdad es que viene a beber, y de tal modo lo hace, que todas las noches tienen que llevarle a la Sala de los Muertos.

—Este—añadió Pipot—puede decir como

aquel caballero que al pie del cadalso dijo a sus amigos: «Ayudadme a subir, que luego no tendré necesidad de pediros que me ayudéis a bajar.»

Después de una prueba tal de erudición histórica, Pipot sonrió.

Se presentó un hombre grueso, pesado, rojo, de bigote y pelo blanco.

—Es el padre Prichard—dijo Gadobert.

—Otro punto, ¿eh?

—Sí. El dice que ha sido cochero, pero creo que no.

El aludido entró taconeando, con los pulgares en las aberturas del chaleco, dió la mano a los amigos, saludó a las mujeres y a una muchachita rubia la besó en los labios. Era el señor Prichard muy barrigudo y tenía que estar sentado con las piernas separadas. Su mano, gruesa y fuerte, jugaba con la cadena del reloj.

Al poco rato apareció un joven con el pelo rizado, el sombrerito torcido, una sonrisa de hombre guapo y el traje llamativo de un hortera. Don Fausto lo reconoció al momento. Era el joven de la calle Lourcine; sacó el periódico e hizo como que leía. Gadobert se asomó disimuladamente al balconcillo de la sala y estuvo un rato; luego, volvió a su sitio.

Al sentarse de nuevo Gadobert, el joven debió entrar en sospechas, porque desapareció como una exhalación.

—¡Bah! Al salir caerás—murmuró Gadobert.

—¿Nos vamos?—preguntó don Fausto.

—Sí, ahora mismo.

Nadie se había dado cuenta de lo sucedido.

Ya se iban a marchar cuando vieron que Pipot, sin saber cómo ni cuando, estaba discutiendo con un truhán alto, flaco, de bigote negro.

Era, según dijo Gadobert, Juan Malou, a quien llamaban también Bec-Salé. Vestía este hombre un levitón largo y unos pantalones bombachos. Llevaba un poco de melena y un sombrero garibaldino; tenía la nariz arqueada, el color oliváceo, los ojos negros y brillantes, los bigotes afilados y en la mano un bastón nudoso. Era el tipo de un espadachín, de un verdadero matamoros.

La discusión versaba sobre Rochefort; el matón decía que el célebre periodista estaba vendido a los ingleses y Pipot le contestaba insultándole y afirmando, entre exclamaciones y gritos, que todo el que asegurase tal cosa no podía ser más que un miserable o un imbécil.

No se sabe en qué hubiese acabado la discusión, porque en el momento en que más excitados se hallaban los contricantes se oyó un vocerío en la calle.

—¡La policía!—exclamó una voz.

Algunos se levantaron, otros permanecieron quietos en sus sitios. En el grupo en donde estaba el padre Israel nadie se alarmó. Bec-

Salé, el contrincante de Pipot, al oir hablar de policía, pasó el bastón de la derecha a la izquierda, extendió el brazo y del interior de la manga le corrió a la mano un puñal que agarró, dispuesto a herir a cualquiera.

—No te muevas—le dijo fríamente Gadobert desde su silla—, que te estoy apuntando hace un momento.

El matón dió un salto hacia atrás. Efectivamente, Gadobert había sacado un revólver con disimulo y lo tenía en la mano.

Entraron dos agentes de policía y pidieron documentos a los que estaban allí.

Don Fausto, Gadobert y Pipot salieron a la calle.

—¿Ha pasado algo?—preguntó Gadobert a uno que estaba a la puerta de la taberna.

—Nada.

—¿Lo han trincado?

—Sí.

—Bueno. Vamos entonces. Nada tenemos que hacer aquí.

La batida había producido cierta intranquilidad en la calle Galande. Las ventanas estaban iluminadas y de las tabernas salía gente.

Pipot estaba algo mareado, más que de lo que había bebido, del tufo de la taberna, y se lamentaba de no haber abierto la cabeza de un botellazo a Bec-Salé. Entre Gadobert y don Fausto le tranquilizaron y le dejaron en casa.

XXII

El final de una mujer romántica

Salieron don Fausto y Gadobert al bulevar Saint-Michel.

—¿En dónde vive usted?—dijo Gadobert.

—En la calle Garanciere.

—¿Dónde está eso?

—Una calle pequeña que hay detrás de San Sulpicio y que sale a la calle de Vaugirard.

—¡Ah, sí! ¿Y cómo se le ocurrió a usted meterse en esa calle?

—Pues una amiga me recomendó una casa en ese sitio. Usted quizá conozca a esa señorita; vive en la calle de Vaugirard.

—¿Y cómo se llama?

—Blanca de Montville.

—Sí, la conozco; tiene en su casa una tertulia legitimista. Está usted bien relacionado, señor Bengoa.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! Tiene mucha influencia esa señorita.

—Y yo que apostaría cualquier cosa a que mi amiga tiene su historia, señor Gadobert.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que me parece que es de las que han tenido algún lío.

—¡Bah! Eso no se lo puede uno figurar sin datos, o por lo menos sin sospechas. ¿Qué sabe usted de esa señorita?

—Que tiene un hijo. Usted quizá lo sepa también.

—¡Claro!

—¿Conoce usted a su hijo?

—¿A Saint-Preux? Es amigo mío, aunque nos da mucho que hacer a la policía.

—¿Y al padre?

—Lo conocí también.

—Cuénteme usted eso, porque tengo gran curiosidad por saberlo.

—Puesto que está usted en todos los detalles, no tengo inconveniente. Le contaré lo que yo sé. Un día, hará de esto ocho o diez años, estaba vistiéndome para ir a la oficina, cuando el criado de un duque amigo mío me entregó una carta de su amo. Este señor duque, que usted ya comprenderá quien es, me rogaba que pasara por su casa. Yo le debía al duque algunos favores, avisé a la oficina que no podía ir y me fuí a casa del aristócrata.

Si ha estado usted alguna vez en el hotel del duque, sabrá usted que es un museo de muebles viejos y desquiciados, que algunos valen un dineral. Lo encontré al hombre en su despacho, rodeado de trastos antiguos y, como siempre, frío e impasible.

—Necesito que me haga usted un servicio, Gadobert—me dijo.

—Estoy a su disposición—le contesté yo.

—Una señorita amiga—siguió diciendo—ha tenido un hijo con un hombre casado. La señorita tiene su hijo en un colegio, y el padre, que es un hombre de clase baja, intenta apoderarse del niño. Se trata de inutilizar a ese hombre, complicándolo en un asunto político cualquiera y deportarlo.

—Está bien. ¿El nombre de esos señores?

—La señorita se llama Blanca Montville; el padre del niño es un pintor, de apellido Capissou, y el niño, Enrique Saint-Preux, está en el colegio Stanislas.

Le dije que me bastaban estos datos y me despedí del duque, siempre con la decisión de arreglar la cosa de una manera algo menos violenta de la preconizada por el aristócrata. Me enteré del asunto.

Capissou era conocido mío, un pintor bohemio del barrio Latino. Se dedicaba a la decoración y no era ciertamente ningún genio. Su conocimiento con la señorita de Montville había sido muy vulgar. Un día Blanca quiso res-

taurar las pinturas del techo del gabinete y llamó a Capissou y éste le habló como hablaba a todo el mundo, diciendo una porción de disparates y jurando a cada paso.

Le hizo gracia el hombre a la señorita, quizá por lo raro, y se acostumbró a sus modales y a su conversación y hasta llegó a enamorarse de él, y lo que no había conseguido el conde o el marqués, lo consiguió Capissou.

Blanca se hubiera casado con el pintor, si Capissou no estuviera ya casado con la hija de un mesonero de la calle de Buci.

La pareja Capissou-Blanca debió ser rarísima; ella tan elegante, tan espiritual, tan aristocrática, y él tan bárbaro y tan tosco, porque Capissou era fanfarrón, holgazán y republicano maratista. Odiaba, según decía, a los aristócratas y, viniera o no a cuento, decía que era hijo de una planchadora y de un mayoral de ómnibus y que estaba satisfecho de su ascendencia, como si fuera nieto de Montmorency.

—A mí me parece esto muy bien—dijo don Fausto.

—¡Pse!—contestó Gadobert—las cosas tienen importancia, según el punto de donde se las mira. A mí ya todo me parece igual. Pues, como decía, era una pareja muy rara, pero, como se afirma en los folletines y en los melodramas, para el amor no hay clases. La señorita Blanca de Montville tenía, sin duda, un

gran fondo de sentimentalismo y el culto por la naturaleza, y a Capissou, si no le gustaba el campo, le gustaban los merenderos de las orillas del Sena y del Marne y los guisos a la marinera, que figuran con tanto éxito en las novelas de Paul de Kock.

Los dos amantes recorrieron todos esos merenderos sonrientes de los alrededores, contemplaron París desde las alturas de Meudon, y, a consecuencia de estos viajes y contemplaciones, Blanca tuvo un hijo, que nació en una aldea próxima a Ginebra, a orillas del lago Leman, que se llama Saint-Preux. Enrique estuvo en esta aldea hasta los seis años, a cuya edad Blanca lo trajo a París al colegio Stanislas. A Capissou, que no tenía hijos de su mujer, se le desarrolló con la edad el instinto paternal y buscó a su hijo y lo encontró. Un día que pudo lo sacó del colegio y se lo llevó al restaurant de la calle de Buci, y su mujer, que es excelente, recibió al chico alborozada.

El muchacho comparó seguramente la manera de ser de su madre, que para verle tenía que ir siempre de tapadillo, y la de aquella mujer que, cuando le llevaba de la mano, se sentía orgullosa como una reina, y se decidió por la mujer del pueblo.

En esto se enteró Blanca, y fué cuando me llamó el duque. Se trataba de complicar a Capissou en un proceso político cualquiera y

después amenazarle con que, si no dejaba de ver a su hijo, se le enviaría a Cayena para toda su vida.

En esta época, intrigas por el estilo eran más frecuentes todavía que ahora; yo no podía luchar con un personaje tan influyente como el duque; pero, en vez de tramar nada contra Capissou, fuí a verle y le advertí que no intentara ver a su hijo, si no quería hacer un viaje, del cual probablemente no volvería.

Capissou chilló y echó una porción de bravatas; pero, cuando le advertí yo que no se trataba de ninguna broma, sino de una cosa seria, el hombre se inmutó. Su mujer lloraba a lágrima viva, y me dió verdaderamente pena. Los dos me prometieron que no volverían a buscar al chico. Comuniqué yo el resultado de mi gestión al duque, y éste, con la frialdad que le caracteriza, me dijo:

—Está bien; influiré para que le asciendan a usted.

Y, efectivamente, me ascendieron. Lo que no había podido conseguir aguzando la inteligencia y exponiendo la vida, lo conseguí por este servicio sin importancia y sin peligro. Así son las cosas. Transcurrieron después de esto que digo doce o catorce años, y un día recibí la esquela de Capissou; fuí por la calle Buci a dar el pésame a la mujer del pintor y me encontré con el *restaurant* cerrado. Pregunté dónde vivía madama Capissou y me

dieron sus señas en Montmartre. La encontré, no me conoció al principio y luego me presentó a un muchacho; era Enrique Saint-Preux, que vivía con ella. Enrique tenía un taller de grabado, en donde ganaba bastante. Hablé con él. Era un internacionalista furibundo de los más radicales. Ahora está mezclado en todos los manejos de los revolucionarios.

—¿Y Saint-Preux se trata con su madre?

—Creo que no. Considera como madre a la mujer del pintor, y no quiere ni oir hablar de Blanca.

—¡Es extraña la historia!

—¡Pse! ¡Hay tantas por el estilo!...

Gadobert y don Fausto se separaron, y don Fausto se marchó a su casa.

XXIII

El colaborador de don Fausto

Una noche, al entrar padre e hija en el *restaurant* de la calle Voltaire, vió Asunción a su galanteador en una mesa de al lado, hablando con don Segundo Paz.

Don Fausto no le conció a primera vista, pero Asunción dijo a su papá señalando al ex fraile:

—Ese señor fué el que estuvo hablando contigo el otro día.

—¡Ah! Pues es verdad—y don Fausto fué a saludar al exclaustrado. Charlaron los dos un rato, se dieron la mano, y, al separarse don Fausto, el joven se inclinó. A la noche siguiente estaba también el galanteador, pero solo, y don Fausto al entrar le saludó.

—¿Quién será este muchacho?—dijo don Fausto a su hija.

—No sé—contestó ella con ingenuidad.

—Le voy a preguntar al mozo.

Lo hizo así, y el chico asturiano contestó que conocía a aquel joven hacía tiempo, que se llamaba Carlos Yarza y que era escritor.

—Le voy a convidar a tomar café—dijo don Fausto.

—No hagas eso, papá—replicó Asunción, vivamente.

—¿Por qué no?

—¡A una persona desconocida!

—Esas son tonterías y preocupaciones.

—¿Pero qué va pensar de nosotros?

—Nada. ¿Qué tiene eso de particular?—y dirigiéndose al mozo añadió: —Dígale usted al señor Yarza si quiere tomar café con nosotros, que tendremos mucho gusto.

El mozo dió el encargo y el galanteador, muy pálido, se acercó a saludar a don Fausto y a su hija. La conversación entre ellos tuvo un aire de examen; don Fausto preguntaba y el joven Yarza respondía. Dijo que vivía en París hacía ya cuatro años y que trabajaba para una casa editorial. A don Fausto le pareció el muchacho un tanto tímido y se sintió dispuesto a concederle su protección.

—¿Dónde vive usted?—le dijo.

—En la calle Garanciere.

—¡Hombre, en nuestra misma calle.

—Yo vivo enfrente de San Sulpicio—repuso Yarza.

—Pues nosotros al lado de una casa grande que tiene una fuente.

Asuncioncita sonrió; sin duda el joven sabía perfectamente dónde vivían ellos.

—¿Y qué trabajo tiene usted en la casa editorial?—siguió preguntando don Fausto.

—Escribo y traduzco.

—¿Conocerá usted bien París?

—Sí, ¡claro! Aunque la orilla derecha no la conozco bien, voy muy poco por allá.

Salieron del *restaurant* y Carlos Yarza acompañó al padre y a la hija hasta su casa, en donde se despidió.

Al día siguiente por la mañana, antes de ir a casa de Blanca, encontraron a Carlos en el jardín del Luxemburgo, les saludó y don Fausto, que había ideado un proyecto la noche anterior, a pesar de las protestas de Asuncioncita, llamó a Yarza y se puso a hablar con él.

Fueron los tres paseando y acercándose a casa de Blanca. Aquí Asunción se despidió de su padre presentándole la mejilla, y luego, sonriendo algo ruborizada, tendió la mano a Carlos, que la estrechó muy conmovido. Después la muchacha echó a correr por el portal.

Don Fausto estaba madurando su proyecto.

—¿Ha almorzado usted ya?—dijo a Carlos.

—Sí.

—¿Quiere usted que vayamos a un café?

—Bueno.

Bajaron a la calle Taranne y entraron en un café que había en una esquina.

Carlos Yarza estaba intranquilo, sin comprender la causa de la entrevista. Don Fausto buscaba la forma más adecuada para explicar su proyecto.

—Yo quisiera—dijo después de charlar de asuntos indiferentes—poner en orden unas notas que tengo escritas. ¿Usted podría encargarse?...

—Sí, señor; con mucho gusto.

Al ver la espontaneidad con que Carlos se brindaba a trabajar, don Fausto se aventuró a seguir.

—También me gustaría hacer una información para un periódico de Madrid. Lo he prometido al director, pero con la enfermedad de esta señora amiga mía no tengo tiempo. Si usted pudiera...

—Sí, señor. ¡Ya lo creo! Dígame usted qué clase de información quiere que haga.

—¿Cómo que clase?

—La índole, el tamaño...

—El tamaño de un artículo corriente.

—¿Pero quiere usted que sea político, científico, literario, económico?

—No, no... político y literario principalmente. Yo le diré a usted el asunto que se ha de tratar y usted lo desarrolla. ¿Le parece a usted?

—Sí, señor; muy bien.

—A mí me gustaría, sabe usted, artículos escritos en estilo castelarino.

—¿Con muchas imágenes y comparaciones históricas, hablando del Imperio Romano y de la Revolución Francesa?

—Eso es.

—Citando a César, a Napoleón, a Espartaco, a Miguel Angel...

—Eso mismo.

—Pues los haré. Es fácil imitar a Castelar. ¿Qué color político tiene el periódico donde va usted a escribir?

—Republicano.

—Entonces pega muy bien el estilo altisonante.

—Yo quisiera que esto no saliera de entre nosotros.

—¡Ah, claro!

—No sé si le parecerá a usted una vanidad, pero también quisiera firmar esos artículos.

—Es natural. Usted se ha comprometido a enviarlos.

—¿Y cuánto cree usted que le debo dar por eso?

—Lo que usted quiera.

—No, no. Dígame usted.

—¿Cuántos artículos va usted a enviar por semana?

—Dos me parecen bastantes.

—Veinte francos por los dos. ¿Le parece a usted bien?

—No, hombre. Es muy poco. Le daré a usted cuarenta francos por los dos.

—¡Muchas gracias!

—¿Cuándo me traerá usted el primero?

—Cuando usted quiera. Mañana o pasado.

—Mañana es mejor.

—Lo decía porque es domingo.

—No importa.

—Bueno; entonces, mañana. Ahora, perdóneme usted, tengo que marcharme a trabajar.

—¿Va usted lejos?

—No, a una librería de la calle Jacob.

—Le acompañaré a usted.

Salieron del café y bajaron por la calle Bonaparte. Yarza enseñó a don Fausto el jardín en donde se conservan los restos de la antigua Abadía.

—Aquí tiene usted motivo para un artículo—dijo.

—Pues ¿qué es esto?

—Son restos de la antigua Abadía, donde ocurrieron aquellas terribles matanzas del tiempo de la Revolución.

—Estos franceses, cuando se ponen, deben ser brutales—dijo don Fausto.

—Todos los pueblos son brutales—murmuró Yarza—; sólo los individuos pueden ser buenos.

Llegaron a la calle Jacob.

—Mañana, a la misma hora, estaré en el Luxemburgo—dijo don Fausto.

—Bueno. Allí iré yo también.

—Pero que quede esto entre nosotros.

—Descuide usted.

Se separaron; Yarza entró en la casa editorial; don Fausto volvió a contemplar las ruinas de la Abadía. Estaba contentísimo.

—Entre este muchacho y yo vamos a hacer cosas magníficas—se dijo, frotándose las manos.

Al día siguiente, Yarza y don Fausto se vieron en el Luxemburgo. Asunción había ido a misa a San Sulpicio con madama Demange y Susana.

—¿Trae usted el artículo?—preguntó don Fausto inmediatamente al ver a Yarza.

—Sí.

Se sentaron en un banco y leyó Yarza lo que había escrito. Don Fausto estaba entusiasmado.

—¿Vamos a dar una vuelta, a preparar otro artículo?—dijo.

—Vamos.

La campana de San Sulpicio tocaba a misa mayor cuando fueron don Fausto y Carlos a dar un paseo.

Salieron a la altura del Panteón; luego, bajaron por la calle de Santa Genoveva al muelle de Montebello. El día, de mediados de Septiembre, estaba nublado, el cielo era ligero, vago, de color gris, y el río, al reflejarlo, parecía de plomo.

Cruzaron el puente del Arzobispado y contemplaron Nuestra Señora de París. Las explicaciones que dió Carlos Yarza acerca de la restauración de la iglesia, hecha conforme a los planos de Viollet-le-Duc, desilusionaron a don Fausto un poco. Precisamente él creía que aquella flecha tan airosa debía ser lo más antiguo de la famosa catedral, y resultaba construída el año 1859. ¡Qué horrible desencanto!

Admiraron la ligereza y la elegancia de los arbotantes del ábside.

—¿Y la Morgue?—preguntó de pronto don Fausto.

—Está aquí cerca. ¿Qué, quiere usted que vayamos?

—No, no.

Temía que la visita le hiciera mal efecto.

—¿Sabe usted—dijo don Fausto—, cuando yo era estudiante, cuáles eran las cuatro cosas que tenía curiosidad de ver en París?

—¿Cuáles?

—La Morgue, la plaza de la Greve, la Torre de Nesle y las Catacumbas.

Yarza no pudo contener una sonrisa.

—¿Le parece a usted ridículo?—preguntó don Fausto riendo.

—No, ¿por qué?

—Es que yo era muy romántico. También había otro sitio que me hubiese gustado ver.

—¿Cuál?

—La calle de Jerusalén.

—¿Y por qué tenía usted curiosidad por esa calle?

—Porque figura en todas las novelas.

—¡Ah! Es verdad, que era la calle de la policía.

—Eso es.

—Pues ya no existe. Estaba ahí cerca del puente de Saint-Michel.

Siguieron el paseo. Cruzaron el puente de la Cité, entraron en la isla de San Luis y pasearon por uno de sus muelles silenciosos.

Algunos pescadores de caña, inmóviles, sentados en los bordes del malecón, con las piernas hacia afuera, miraban el río.

En la orilla izquierda, enfilando una calleja, se veía la cúpula plomiza del Panteón y las torres de San Esteban del Monte, por encima de los tejados, torcidos y negros.

Pasearon por las calles de la isla, unas callejuelas abandonadas, sombrías, tranquilas, como las de alguna pequeña ciudad flamenca.

Había una calle que se llamaba de la Mujer sin Cabeza.

—¡Qué drama ocurriría aquí!—exclamó don Fausto, dispuesto a conmoverse con el relato de alguna horripilante tragedia.

—No—replicó Yarza—. He oído decir que la mujer sin cabeza era la muestra de una tienda.

Volvieron a la Cité.

—¿Esta isla era el antiguo París, verdad?—preguntó don Fausto.

—Sí. La antigua Lutecia, que no tenía más que un barrio pequeño en la orilla izquierda del Sena.

—¿Y el París que describe Víctor Hugo en *Nuestra Señora*?

—Ese es ya relativamente moderno; es el París del siglo xv. Edgard Quinet es el que ha hecho una descripción poética de Lutecia en uno de sus libros.

—¿Y usted cree que ese París que pinta Víctor Hugo sería más hermoso que el de ahora, como él dice?

—¡El París gótico! Ya lo creo. Mucho más hermoso que ahora. Se ve claramente que el genio sajón, que levantó Nuestra Señora de París y la Santa Capilla y otras muchas cosas que han desaparecido, quedó ahogado. La raza franca al mezclarse, al romanizarse, no produjo más que malas imitaciones de Roma, pesadas y sin gracia. Aquí el elemento fino era el sajón; estos galos debían ser gente basta y poco artista.

—¿Cree usted?—dijo don Fausto asombrado.

—Yo, sí. Figúrese usted lo que hubiesen hecho los florentinos, los Médicis, con Donatello, Miguel Angel, Brunellesco, si hubiesen vivido aquí, con las condiciones admirables de clima y de suelo que tiene París. Yo no creo que estos franceses sean artistas.

—¿No?

—No. A mí me dan la impresión de una raza plana. Todo lo hacen en extensión y nada en intensidad. Sus edificios, fuera de los góticos, son como esos caballos grandes de patas gordas, o como estos señores que se ven en los *restaurant*, con la cabeza cuadrada y el cuerpo pesado, y su filosofía, y su arte y todo, es igual, equilibrado y poco airoso.

—Yo creo que tiene usted prevención contra los franceses—dijo don Fausto—. París es el cerebro del mundo.

—Eso dicen; yo lo dudo. Además, yo no niego la importancia de París; lo que digo es que esta raza francesa bien alimentada, nacida en una de las regiones más ricas de Europa, que ha producido una pléyade de hombres de gran talento, no ha dado ese producto algo anómalo que se llama el genio. Mire usted, por ejemplo, Voltaire. ¡Qué talento!, ¡qué ingenio!, ¡qué claridad!, ¡qué gracia! Hay todo en él menos genio. Y la misma impresión da Moliere, y Montaigne, y Racine, y los pintores y los escultores y hasta los mismos políticos de la Revolución francesa. Este es el pueblo que tiene más amor al precepto y a la ley. Todo es equilibrado en Francia. Y cuando se presenta el tipo del desequilibrado de genio es Bonaparte... un italiano.

—¿Y Víctor Hugo?—dijo don Fausto.

—Víctor Hugo es, de todos los escritores

franceses, el que tiene más aspecto genial. Por ahora es un enigma. Dentro de cincuenta o sesenta años le podrán juzgar. Para mí es un gran retórico, un desarreglado con reglas, una especie de simulador del genio.

Don Fausto movió la cabeza como hombre no convencido.

Luego, don Fausto y Yarza pasearon por estas calles tristes que hay entre Nuestra Señora y el muelle de las Flores. Si don Fausto hubiese podido apuntar lo que le decía Yarza, ¡cómo hubiera enriquecido su diario! Pero no era posible. ¡Cómo preguntarle quién era el filósofo Abelardo, que había vivido en la Cité! Porque él había oído hablar de Abelardo y de Eloísa, pero se los figuraba como dos amantes fantásticos, como Romeo y Julieta o Pablo y Virginia. También le hubiera preguntado qué eran arbotantes y otros nombres técnicos que Yarza empleaba, pero temía que la pregunta fuera de un pésimo efecto. Don Fausto no entendía los detalles de lo que explicaba el joven, pero estaba convencido de que el espíritu de las cosas lo comprendía como nadie. Para él, el mérito era algo como un perfume, una cosa inexplicable, imposible de analizar, que lo mismo se encontraba en un paredón viejo que en un trapo sucio. Se ponía uno delante de un edificio cualquiera sin saber si se había construído en tiempo de César o de Napoleón, o se contemplaba un cuadro o una estatua, y

de repente sentía uno en la inteligencia como quien siente un tufillo en la nariz. Era el mérito. Entonces decía uno: Esto es artístico; esto tiene mérito.

—¡Qué románticas estas casas viejas y negras!—le decía Yarza, mostrándole la calle de la Canonesa y de los Ursinos. Y era verdad; eran casas eclesiásticas, de canónigos gordos y de amas de cura; casas antiguas, de piedra, con patios grandes, con ventanas sin cortinas como ojazos apagados, con paredes llenas de hiedra obscura, con tejados en punta y chimeneas medio caídas, por donde salía una humareda azul. También eran típicas estas calles próximas al palacio de Justicia, la calle de la Calandre y de Marmousets.

Salieron al muelle de las Flores. Por la superficie del río pasaban rápidos los barcos y los remolcadores con un estremecimiento ligero; a lo lejos, la Renommée de la plaza del Ghatelet brillaba como oro pálido, herida por un rayo de sol, entre la arboleda amarilla. En el cielo gris se destacaba la silueta atrevida de la torre Saint-Jacques.

Luego dieron vuelta a la Cité y contemplaron la torre del Reloj y las paredes negras de la Conserjería. Entraron en la plaza Dauphine, en la cual, en tiempos antiquísimos, había habido un molino para fabricar moneda, según explicó Yarza, y de aquí, por el Puente Nuevo, fueron hasta el muelle del Louvre; pero

don Fausto no quería alejarse y volvieron a la otra orilla.

En el muelle próximo al Louvre, por debajo del puente del Carrousel, un vapor estaba desembarcando objetos de porcelana.

Al llegar al centro del puente, dijo Yarza a don Fausto:

—Mire usted desde aquí la vista clásica de París. Ahora, en este ambiente opaco, parece una estampa antigua, ¿verdad?

Don Fausto se detuvo a contemplar la ciudad. Sobre el río gris se tendía el puente de las Artes, más lejos el Puente Nuevo, por encima de la punta del Vert-Galant, cuyo extremo se hundía en el agua como la proa de un barco, y cuyos árboles se elevaban rojizos y desnudos de ojas.

En el cielo alto de plomo, en donde nadaban algunas nubles claras, surcadas por rayos de sol, se perfilaba la aguja dorada de la Santa Capilla; más atrás, las dos torres negruzcas de Nuestra Señora de París, con sus encajes de piedra, y más lejos aún, en parte escondida tras una de las torres, la flecha alta y finísima de la catedral.

En la isla de la Cité se veían, a un lado, la cúpula gris recién construída del Tribunal de Comercio y las torrecillas cónicas de la Conserjería; al otro, las casas del muelle de los Orfebres y las paredes negras del Hotel-Dieu.

—¿Ve usted—dijo Yarza—ese espacio entre

las torres de la Conserjería y la aguja de la Santa Capilla? Pues esa es la cuna de París.

Don Fausto contempló lo que le indicaba Yarza.

En la orilla derecha del río se levantaba el Louvre, largo, pesado, de color de plomo; luego la torre blanquísima de Saint-Jacques, el teatro de Chatelet y los tejados del Hotel-de-Ville. Más lejos, entre la niebla, la chimenea de una fábrica arrojaba en el aire gris, azulado, una columna de humo negro.

Don Fausto estuvo contemplando largo tiempo la vista de París. Hubiera querido encontrar en aquel momento una frase escultural, una frase víctorhuguesca como un relámpago para manifestar su admiración; pero no se le ocurrió nada, lo cual le pareció bastante depresivo.

Volvieron, porque don Fausto tenía que ir a comer a casa de Blanca. Le acompañó Carlos Yarza hasta la calle de Vaugirard.

—Hombre. En esta misma casa vivió madama Montespán—dijo Carlos señalando la de la señorita de Montville.

—¿De veras?—preguntó don Fausto; y después de despedirse de su amigo, subió entusiasmado con su artículo en el bolsillo y con otro en preparación a casa de Blanca.

XXIV

Inconvenientes de los éxitos literarios

Aquellos días don Fausto sintió grandes impaciencias. Cuando llegó el periódico con su artículo, ¡qué inmensa alegría!

Meterse en su cuarto, encender la bujía y allí leer y leer el artículo, hasta aprendérselo de memoria, ¡qué profunda emoción!

Ya se figuraba don Fausto que era un personaje de Balzac, como Rubempré o como Rastignac; ya se veía joven, de veinte años, intrigando, haciendo el amor a la duquesa de Maufrigneuse. paseando en el Bosque con Marsay o con Máximo de Trailles, saludando afectuosamente al doctor Bianchon y yendo en los momentos de apuro a pedir dinero a Gobseck.

Don Fausto comenzaba a creer que hasta entonces no había vivido. Ser escritor y vivir

en París, en el centro del mundo; indudablemente, él era alguien.

Don Fausto se perfeccionaba, se esforzaba en comprender las cosas mejor que las había comprendido hasta entonces; iba al Museo del Louvre, y algunas veces que le gustaba espontáneamente un cuadro y luego veía que era de un autor célebre, se entusiasmaba y se admiraba a sí mismo. ¡Había adivinado el mérito de una cosa sin ayuda de nadie! En las calles contemplaba una casa, o el río, o un árbol, hasta que se aburría lo bastante para hacerle creer que lo había comprendido en su verdadera esencia.

Muchos días iba a contemplar la vista clásica de París que le había mostrado Carlos Yarza, pero antes se paraba en una prendería de la calle del Sena, cerca del Pasaje del Pont-Neuf, en donde había encontrado una gran estampa en colores, que se titulaba: «París a vista de pájaro.»

Don Fausto comparaba el natural con la estampa, lo que le entretenía muchísimo.

Debía estar la vista tomada desde el tejado de las Tullerías. Se veía delante de la plaza del Louvre, con los dos jardincillos con sus estatuas en medio, y la del Carrousel, dividida por la verja, llena de ómnibus, de coches y de personas.

A la derecha, la isla de la Cité parecía un barco amarrado por los puentes a ambas ori-

llas, con la proa en la punta del Vert-Galant y las velas en las torres de Nuestra Señora.

Sentía don Fausto una gran satisfacción contemplando esta vista, notando y señalando las variaciones experimentadas por el pueblo. El grabador había sido, sin duda, un hombre concienzudo que no había olvidado un detalle en su obra.

Luego de estudiar a su gusto la estanpa, don Fausto iba a contemplar el natural.

Por la tarde el río tomaba un color azul verdoso; el cielo ligero, alto, de París, se alejaba al anochecer, y grandes nubes plomizas volaban por el aire.

En estos días grises todo era azul y negro, un azul suave de un tono de perla. El aire envolvía los objetos como en una gasa, borraba las aristas, esfumaba los contornos. Los árboles, ya desnudos de hojas por el otoño, parecían brumas flotando sobre el suelo; por las chimeneas de las casas salían humaredas tenues blanquecinas.

Había crepúsculos de ópalo, anaranjados; a veces todo París tomaba un color de malva; el asfalto humedecido de las calles parecía un metal en fusión, y ya de noche el cielo compacto adquiría un tono de sangre...

La literatura le dió algunos disgustos a don Fausto. Uno fué el conocimiento de un bohemio llamado César Andion.

A los quince días de aparecer su primer ar-

tículo se presentó en casa de don Fausto un hombre que le hizo pasar una tarjeta que decía así: «César Andion, poeta.»

César venía a felicitar a don Fausto, a darle un abrazo fraternal y a pedirle diez francos. Andion era un andaluz que vivía hacía tiempo en París y que había tomado el aire de los bohemios del barrio Latino.

Era ya viejo, con la barba con hilos de plata y los ojos tristes de borracho. Perezoso como un turco, endiabladamente vanidoso, incapaz de trabajar, se pasaba la vida en un continuo ajetreo más duro que cualquier trabajo. Tenía una seriedad de embaucador interrumpida a ratos por una sonrisa de pillo de playa.

César comenzó adulando a don Fausto de una manera escandalosa; recitó luego con una solemnidad sacerdotal versos de Baudelaire, y cuando tomó el dinero, estrechó con todas sus fuerzas la mano de don Fausto y se marchó inmediatamente.

Pocos días después don Fausto se encontró al bohemio en la calle.

—Me tienes que convidar a *una verde*—le dijo tuteándole.

—Bueno.

—¿Cuánto dinero llevas?

—Cinco o seis francos.

—Entonces a dos verdes. A ti no te conviene beber; no podrías escribir esos artículos que escribes, o quizá los escribirías mejo-

res, porque, la verdad, tu prosa es bastante vulgar.

Don Fausto se sintió hondamente mortificado. Entraron en un café; Andion pidió ajenjo y comenzó a echar agua poco a poco en la copa.

—La musa verde, ¿eh?... — murmuró —; todos los grandes hombres beben ajenjo... Ahora te recitaré algo del maestro.

—¿De qué maestro?—preguntó don Fausto.

—¿De qué maestro ha de ser?... Del único, de Baudelaire; ¿tú entiendes el francés?

—No muy bien.

—Entonces eres un pobre diablo.

—¡Pse!

—¿Y por qué no entiendes bien el francés?

—Porque hace poco tiempo que estoy aquí. A usted le sucedería lo mismo.

—A mí no... porque soy Dios—. Luego, tomando un acento sarcástico, añadió: —Todos intentan desviarme de mi camino. Ya lo sé, hacen como si me ignorasen... ¡ja... ja!... Es como si quisieran tapar el cielo con las manos. Yo sé que aquí hay algo—y César se dió una palmada en la frente—y lo que hay aquí algún día saldrá para hacer la admiración del universo. No, no me mire usted con esos ojos espantados, señor don Fausto Bengoa: usted no es nadie a mi lado. Porque haya usted escrito unos cuantos artículos despreciables, no crea usted que puede compararse conmigo.

—No, no trato de compararme con nadie.

—¿Es que cree usted que porque me haya prestado diez miserables francos ya somos iguales?

—No, no creo nada—y don Fausto irritado, se levantó de la mesa.

—No haga usted caso—dijo Andion alargándole la mano con acento sentimental—. Soy un desgraciado, necesito olvidar. ¿Usted me quiere? ¿Cree usted que soy bueno?

Don Fausto sintió una profunda repulsión por el bohemio, y sin contestarle se levantó y se fué del café.

A los pocos días don Fausto vió a Yarza y le preguntó:

—¿Quién es ese César Andion?

—¿Ha ido a pedirle a usted dinero?

—Sí. ¿Quién es?

—Un bohemio de tantos, de esos que han dejado pasar la hora de la gloria y no han llegado a tiempo más que para la del ajenjo.

—¿Ha escrito algo?

—Sí; creo que sí.

—¿Y tiene talento?

—Eso dicen.

—¿Y de qué vive?

—Vive del prestigio de lo que pudo hacer. Algunos amigos suyos dicen: ¡El día que ése se ponga a trabajar!

—¿Pero vale o no?

—Yo creo que no. Tiene un repertorio de

frases e ingeniosidades y salidas que son patrimonio común de todas las tabernas del barrio Latino. El primer día ese repertorio sorprende un poco, luego cansa. Se cuenta que un día César Andion fué a pedir dinero a don Segundo Paz. Don Segundo le recibió de mala manera, le trató con despego, pero, a lo último, aunque muy enfurruñado y con cara de vinagre, le dió cinco francos. Entonces César, al alargar la mano, le dijo: «Ya que me da usted el dinero, ¿por qué no acompañarlo con una sonrisa?» La ocurrencia le hizo mucha gracia a don Segundo, pero luego, según parece, encontró una frase igual en Labruyere y desde entonces el ex fraile no le puede ver a César.

—¿Y Paz de qué vive?

—Es comisionista de una casa de América.

—Pero ése es buena persona.

—Sí, ¡ya lo creo!

—Y tipo raro.

—Figúrese usted que vino a París hace cuarenta años con la idea de pasar tres o cuatro días y no ha vuelto a su tierra.

—Es notable. Sin duda le gustó París.

—Sí, se hizo amigo de algunos escritores de aquella época, sobre todo de Augusto Comte, y luego ya no se separaba de él. Hoy mismo, que nadie se ocupa de Comte, no puede soportar que se hable sin admiración de ese filósofo. Le siguió como a un profeta, y cuando

Comte inventó, en recuerdo de su amada Clotilde de Vaux, una ceremonia religiosa completamente ridícula, don Segundo era de los oficiantes.

—¿Y ha escrito algo Paz?

—Sí, pero cosas sin interés, libros para chicos, de encargo. Lo que guarda es una gran correspondencia con Garibaldi, Mazzini, Félix Pyat... Don Segundo tiene la virtud de atraer a los hombres célebres.

Don Fausto hubiera querido tener la misma virtud, pero no se atrevía a relacionarse con los grandes hombres; si no hubiera sido por esto, hacía ya tiempo que hubiese ido a saludar a los literatos ilustres. Solo no se aventuraba a hacer el ensayo y Yarza había dicho que él no iba a casa de ningún personaje porque era gente orgullosa que apenas si se dignaba hablar con un desconocido.

Sin embargo, don Fausto no perdía sus ilusiones. Un día, al pasar por la calle de Rennes, le dijo Yarza, señalando una casa:

—Ahí se han urdido más crímenes que en la misma torre de Nesle, que tanta curiosidad tenía usted por ver.

—¿Pues qué hay en esa casa?

—Que ahí vive Javier de Montepin.

—¿De veras?

—Sí.

Don Fausto no se olvidó de la casa y todos los días iba, a distintas horas, a ver salir al

ilustre folletinista. Un día vió a un señor condecorado, con cierto aire de militar.

—¡Condecorado y con aire de militar!—se dijo don Fausto—. Indudablemente es él. Es Javier de Montepin.

Don Fausto comenzaba a ponerse cargante; sus éxitos literarios le embriagaban. Iba adquiriendo aplomo y confianza en sí mismo y creía que lo único serio en la vida era el arte. ¡El arte! ¡Sólo el arte! Ya hasta despreciaba la política como una cosa baja y vulgar...

Una tarde marchaba, en un barco, por el río, en dirección a Auteuil. En el cielo resplandecía un crepúsculo espléndido. Don Fausto, que se consideraba un profesor de estética, notó, con cierta indignación, que nadie miraba el cielo; unos leían el *Petit Journal* o el *Charivari*, otros hablaban. Don Fausto echó una ojeada a los que ocupaban el banco en donde iba y dirigiéndose a un viejecillo enclenque, de traje raído, que le pareció el más asequible, en mal frances le dijo:

—Caballero, mire usted qué hermoso espectáculo.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó el viejecillo, levantándose incomodado—. ¿Es una broma?

—No, no...—balbuceó don Fausto.

—Es que, si es una broma, no lo consiento.

Don Fausto se tuvo que levantar del banco y marcharse avergonzado; todo el mundo se le había quedado mirando como a un malhechor; la mayoría sin saber fijamente lo que había pasado.

XXV

Un paseo y una aventura de Sainte-Beuve

La inteligencia entre Asunción y Carlos Yarza aumentaba. Asunción no había tenido novio hasta entonces; Yarza, cuya vida había sido azarosa y llena de trabajos, era la primera vez que se enamoraba.

Vivían los dos en plena ilusión. La vida se les presentaba como algo luminoso y claro, por donde se pasaba sin esfuerzo, y en donde los momentos más monótonos eran felicidades.

Don Fausto, que no tenía los mismos motivos de dicha, estaba también satisfecho. Siempre que podía, llevaba a Yarza y a Asunción por los sitios que él había descubierto. Esperaba que Yarza le diera datos y explicaciones.

Un domingo en que las amigas de Asunción

no se presentaron en casa de Blanca, don Fausto con su hija y Carlos fueron a pasear antes de comer. Don Fausto les llevó hasta la calle de Grenelle, cerca de la del Bac, donde había unas casas negruzcas, con guardillas de pizarra y chimeneas altas. Miró don Fausto a Yarza, esperando el dato histórico referente a estas casas negruzcas, pero Carlos no recordaba que allí hubiera pasado nada.

—Mira, Asunción, qué calle más interesante—decía don Fausto.

—Ya veo, papá.

Don Fausto quería comunicar a su hija el amor que él sentía por lo arqueológico.

—¡Qué bien hace la calle del Bac desde aquí!, ¿eh? ¿Tú creerás, Asunción, que la calle del Bac es la calle de Baco; no, nada de eso; el bac era una especie de barca, que servía para pasar de un lado a otro del río. ¡Qué perspectiva hay desde aquí!, ¿eh?

Esa línea de los tejados, rota a cada instante, era lo que a don Fausto le encantaba y le hacía creer que era un arqueólogo.

—¡Y pensar—se decía a sí mismo—que nunca me había fijado en eso!

Y miraba con entusiasmo la calle llena de enseñas, las bolas doradas, con sus plumeros colgantes, de las peluquerías, los faroles rojos de las tiendas de tabaco, las guardillas empinadas, los salientes de los aleros y las herrumbrosas veletas.

Abandonaron la calle del Bac y tomaron la de Babilonia, en donde también don Fausto había hecho grandes descubrimientos.

Luego fueron por la calle Vaneau, que Yarza dijo que estaba dedicada a un estudiante muerto en la revolución del año 30, y por la calle de Sevres subieron hasta la de la Barouillere.

—¿Sabe usted lo que dicen, Asunción?—preguntó de pronto Carlos Yarza a la hija de don Fausto.

—¿Qué dicen?

—Que ese convento de la calle de la Barouillere, a donde usted va, es una verdadera agencia matrimonial.

—Quizá lo sea — repuso la muchacha riendo.

—¿Y se ríe usted?—preguntó Carlos muy serio.

—¿Y por qué no?

—¿Y si le quieren casar a usted?

—Con que yo no quiera, pues, basta—dijo la niña.

Pasaron por la calle de Sevres, una calle con muchos hospitales y conventos, que fué nombrando Yarza, a instancias de don Fausto, y entraron en la del abate Gregoire.

—Este abate—dijo Yarza—es el que dijo que la historia de los reyes es el martirologio de los pueblos.

—¡Ah, fué este!—exclamó don Fausto mo-

viendo afirmativamente la cabeza y mirando con respeto la calle—. Pero tú no te fijas, Asunción.

—Sí me fijo, sí—y la muchacha se echó a reir.

La historia de los reyes y el martirologio de los pueblos le pareció una frase chusca llena de gracia, y miró a Carlos sonriendo.

Este seguía preocupado con los negocios matrimoniales del convento de la calle de la Barouillere. Asunción le contestaba en broma.

Tomaron por una callejuela y subieron a la calle de Montparnasse.

—Fíjese usted en esa casa—dijo Carlos Yarza a don Fausto—. Es la del gran escritor Sainte-Beuve. Luego le contaré a usted una anécdota curiosa.

Era una casa pequeña de dos pisos, con ventanas. Don Fausto cruzó la acera, se acercó a examinar la casa, y quedaron solos Asunción y Carlos.

—No me conteste usted en broma—dijo Carlos a Asunción—. Yo quisiera que no fuera usted más a ese convento.

—¿Y por qué?

—Porque me desespero cuando va usted allá.

—¿Teme usted que me enamore de cualquiera? Eso es una tontería.

—Sí; lo será. Es que estoy estúpidamente enamorado.

—¿De veras?

—Ya lo sabe usted. Dígame usted, ¿puedo esperar?

—¿Por qué no?

—Pero, ¿por qué no me contesta usted categóricamente, Asunción?

—¿Por qué quiere usted ser tan categórico? Espere usted. ¡Ah, ya viene papá!

—No, no viene todavía. Está contemplando la casa.

—Es usted un traidor; le engaña usted para que nos deje solos.

—¿Lo siente usted?—y Yarza intentó coger la mano de Asunción entre las suyas, pero la muchacha cruzó la acera y se acercó a su padre.

Fueron los tres hasta la calle de Vaugirard. Asunción se reía de Carlos. Llegaron a casa de Blanca, donde dejaron a la niña, y don Fausto preguntó a Yarza:

—¿Y qué anécdota me tenía usted que contar?

—¡Ah, sí! Ya sabe usted que Sainte-Beuve era de joven, y es aun de viejo, muy amigo de las mujeres.

—No, no lo sabía.

—Pues sí, tanto que él coronó, y no de laureles, á Víctor Hugo.

—¿Cómo? ¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye.

—De manera que Víctor Hugo...

—Es uno de los más ilustres... de Francia.

—¡Qué barbaridad!—murmuró don Fausto, lleno de santo horror—. ¡A un genio así!

—A las mujeres no les preocupa gran cosa eso del genio.

—¿Cree usted?

—Yo así lo supongo.

—No; sin embargo, la gloria atrae mucho. Pero siga usted con su anécdota.

—Pues bien; Sainte-Beuve encontró un día en el Palais-Royal una desconocida, morena, con los ojos negros, una española de pura raza, que le recordó la marquesa de Amaegui, esa andaluza de Barcelona que cantó Alfredo de Musset en sus versos.

—¿Cómo una andaluza de Barcelona?—preguntó don Fausto.

—Es que Barcelona está en Cataluña para los españoles—dijo Yarza—, pero para los franceses está en el corazón de Andalucía. Eso es una cosa sabida. Sainte-Beuve, al ver a la española del Palais Royal, se dedicó a conquistarla; la dama no parecía muy severa, él la preguntó cómo se llamaba y ella le dijo que dona Vasquez, nombre muy común en España, y añadió que era hija de un hidalgo andaluz nacido en Mondoñedo.

Sainte-Beuve se entusiasmó con aquella descendiente del Cid y le ofreció su corazón y su casa.

Dona Vasquez aceptó. A los quince días,

Sainte-Beuve, que era agarrado como una lapa y llevaba una contabilidad minuciosa y sabía los pares de calcetines que tenía, notó que le faltaba el vino. ¿Sería que dona Vasquez se dedicaba a empinar el codo? No. Esto era imposible. Sabido es lo sobrios que son los españoles, que, con una aceituna, un azucarillo y un vaso de agua tienen para todo el día.

El gran crítico se encontraba preocupado y, mientras cincelaba su prosa para los Lunes, se le presentaban a su imaginación, una a una, todas las botellas que faltaban en su despensa.

Un día, al volver a su casa, el gran crítico vió que dona Vasquez hablaba desde la ventana con un carretero. Esperó, vió que el hombre entraba en su casa, le siguió y se encontró con que dona Vasquez y el carretero estaban vaciando una botella de vino.

El gran crítico, enfurecido, insultó groseramente a dona Vasquez, luego fué al cuarto de la hija del hidalgo que tan plebeyas inclinaciones tenía a pesar de su noble origen y cogiendo sus ropas las tiró por el balcón.

El carretero, por orden de dona Vasquez, acudió al puesto de Policía próximo; llegó un agente, preguntó a todos sus nombres y dona Vasquez dijo con modestia que se llamaba Nicolasa Michu o Duval y que era de un pueblo cerca de Angulema. Desde entonces a Sainte-Beuve no le gusta la literatura española.

—No he leído nada de Sainte-Beuve—dijo don Fausto, que quería algunos datos del gran crítico para escribir la anécdota de dona Vasquez en su diario, unida a algunas ligeras consideraciones acerca de los escritos del protagonista.

—¡Ah, pues es un escritor muy notable! Al último se ha manifestado completamente anticatólico. Veuillot, el periodista clerical, le solía llamar siempre el libre pensador, hasta que supo que en una comida de Viernes Santo Sainte-Beuve dió a sus amigos una comida con carne y pescado y desde entonces el periodista clerical le llamó siempre al crítico el libre comedor.

Don Fausto se fijó bien en los detalles de estas pequeñeces para fijarlos en su diario.

XXVI

¿Quién era el Revelador?

Una mañana, don Fausto, al salir de casa, se encontró a la puerta con un hombre barbudo, de esos que tienen por cara una zalea, que preguntaba por él.

—¿El señor Bengoa?—dijo.

—Soy yo.

—¿Don Fausto?

—Sí, señor.

El hombre alargó un sobre, lo tomó don Fausto y, viendo que el hombre le miraba, le preguntó:

—¿Hay contestación?

—Sí, son tres francos. Lea usted.

Don Fausto abrió el sobre y sacó una tarjeta y una carta de Pipot, en donde le invitaba a un banquete a las ocho de la noche.

El cubierto costaba tres francos. Los dió

don Fausto con gusto, preguntó dónde estaba el *restaurant* en el que se celebraba la cena y, luego que se fué el hombre de las barbas, leyó la tarjeta, que decía así:

LUTECIA SOCIAL

BANQUETE DE SOLIDARIDAD HUMANA
EN MEMORIA
DEL
REVELADOR DE LAS LEYES
DE LA
ARMONÍA UNIVERSAL
POR LA
ASOCIACIÓN INTEGRAL

Don Fausto leyó la tarjeta y quedó perplejo. No pudo comprender quién era el Revelador.

Todo el día estuvo pensando en este banquete; esperaba encontrar a Yarza para que le iluminara, pero no lo encontró. A las siete, se encaminó al sitio en donde se celebraba la cena, que era un *restaurant* del bulevar Saint-Michel. La cita era a las ocho en el café. Cuando llegó don Fausto, todavía no había nadie; esperó y fueron llegando una porción de melenudos, con grandes barbas, sombreros de ala ancha, la pipa en los labios. Todos llevaban levitones antiguos y tenían cierto aire de pastores protestantes.

Al aparecer Pipot, don Fausto se acercó a

él y quiso llevarle aparte para preguntarle en honor de quién se daba el banquete, pero Pipot no paraba un momento, andando de un lado a otro.

Pipot presentó a don Fausto al jefe, presidente o lo que fuera de la Lutecia Social, un hombre alto, calvo, de bigote y perilla negros, un tipo de Don Quijote de levita.

—Celebro mucho que haya usted venido—dijo este hombre a don Fausto alargándole la mano.

Don Fausto se la estrechó con gravedad.

—Contéstele usted en francés—dijo Pipot.

—No, lo hago muy mal.

Pipot advirtió al presidente que don Fausto apenas hablaba francés, y el presidente, extendiendo los brazos con verdadera solemnidad, exclamó:

—¿Y qué, ciudadano Pipot, las manos no hablan por nosotros?

Don Fausto sonrió; la frase le pareció tan admirable, que disimuladamente sacó su cuaderno y la apuntó. Lo que le seguía preocupando era no saber en honor de quién se daba el banquete. Hubiera podido preguntar a alguno y decirle: «¿Quién es el Revelador de las Leyes de la Armonía Universal?» Pero no se atrevía, por miedo al ridículo.

Estuvieron los allí citados charlando un rato; Pipot y un hombre de anteojos pasaron revista a los congregados, contándolos y se-

ñalándolos con un lápiz; esperaron a alguien, y ya reunidos todos, con el hombre flaco de aire quijotesco a la cabeza, emprendieron el asalto de la escalera del fondo.

Una muchachuela, al ver aquella procesión de gente hirsuta, preguntó a una amiga:

—¿Qué será esta colonia?

—Es la colonia de los barbudos—contestó la otra riendo.

Don Fausto oyó la observación y dirigió una mirada apostólica a estas muchachas irrespetuosas.

Subieron todos las escaleras y entraron en un salón del piso entresuelo, en donde había tres mesas cubiertas de manteles blancos formando como una U. Fueron sentándose todos; la presidencia se acomodó en la mesa central. Don Fausto se colocó entre Pipot y un señor de barba larga, anteojos y melenas.

Don Fausto buscaba la ocasión de preguntar a Pipot reservadamente quién era el Revelador de las Leyes de la Armonía Universal por la Asociación Integral, a cuya memoria se daba el banquete; pero Pipot no le oía, entretenido en hablar a gritos. Durante algún tiempo estuvo discutiendo con un señor viejo, de cara redonda y cuidadosamente afeitada. Este señor era un sabio, según dijo Pipot. Llevaba anteojos de oro, vestía un gabán gris, raído y seboso y del bolsillo del gabán le salía un libro viejo empastado.

En un momento de calma, don Fausto agarró del brazo a Pipot.

—Pero bueno—le dijo—¿quién es el Revelador?

—¿Qué Revelador?—preguntó el tartamudo asombrado.

Don Fausto se turbó y no dijo nada, y Pipot siguió moviendo los brazos como aspas de molino.

Al llegar a los postres, se levantó a hablar el hombre de figura quijotesca y, con un tono entre evangélico y dolorido, pronunció una arenga incomprensible acerca de la frialdad de la vida colectiva en la sociedad moderna y de la necesidad que se iba experimentando, cada día con mayor fuerza, de la Asociación Integral.

—¡Qué talento tiene este hombre!—decía a cada paso Pipot en el colmo del entusiasmo.

—Es verdad—repuso un comensal ingenuo—; yo casi no le entiendo.

Cuando concluyó el orador, hubo una triple salva de aplausos con sus momentos de silencio rítmicamente intercalados.

—¡Cantagrel! ¡Cantagrel! ¡Que hable Cantagrel!—comenzó a gritar Pipot.

—¡Sí! ¡Que hable! ¡Que hable!

Hubo una salva de aplausos.

—Cantagrel hablará a su tiempo—replicó el presidente con energía.

Nueva salva de aplausos.

Se levantó en un extremo de la mesa un viejo con barbas de color de lino. Llevaba un traje azul, pañuelo rojo, a cuadros, en el cuello y una pipa corta en la boca. Comenzó a hablar con una voz confusa, una voz parda y sin huesos.

—Es un blanquista—dijo Pipot—; ha estado en la cárcel con el Marquesito muchas veces.

No le entendió don Fausto apenas, pero debía proponer algo y decir cosas muy acertadas, porque, de cuando en cuando, todos decían: ¡Bien! ¡Muy bien!

Cuando concluyó de hablar el blanquista, se produjo un gran alboroto; dos o tres quisieron hablar al mismo tiempo; un periodista intentó rebatir lo dicho por el viejo y no se le oyó.

El presidente, dando con la cuchara en la mesa, intentó imponer silencio y, cuando lo consiguió, dijo:

—El ciudadano Saint-Preux tiene la palabra.

Se levantó Enrique, el hijo de Blanca, y paseó la mirada por el comedor, hasta que se restableció el silencio.

Comenzó a bablar con voz tranquila, saludó al viejo con entusiasmo y dedicó una frase a Blanqui, a quien llamó pariente espiritual de Cellini y de Maquiavelo. Estas dos figuras históricas debían producir gran entusiasmo a Saint-Preux, porque en su discurso las citó varias veces.

Después comenzó la explicación de sus

ideas políticas, tan radicales, que los mismos allí congregados no estaban conformes con ellas. El pedía, en el terreno religioso: la substitución de la religión por la moral; en el terreno político, el libre acuerdo; en el económico, la posesión en común de todo y la supresión de la herencia y del capital.

—Ese es el programa de Babœuf—dijo uno.

—No, es el de Bakunín—advirtió el sabio de los anteojos de oro, amigo de Pipot.

El discurso de Enrique no convenció; todos encontraban sus ideas extremadamente radicales.

El humo de las pipas había enturbiado la atmósfera de tal modo, que ya no se veía.

Entre los gritos y el murmullo de las conversaciones, se levantó un hombre grueso, de bigote gris. Pipot explicó a don Fausto que este señor era socio de una especie de falansterio establecido en Guisa por un discípulo de Fourier. Se llamaba esta fundación cooperativa el Familisterio de Guisa y tenía una tienda en París.

Don Fausto comprendió en aquel momento que el Revelador de las Leyes de la Armonía Universal era Fourier y, aunque no había leído nada de ese escritor, sintió cierta tranquilidad al despejar la incógnita.

El orador del Familisterio era poco interesante y nadie le escuchaba. Pipot le interrumpía a cada paso, gritando:

—¡Cantagrel! ¡Cantagrel! ¡Que hable Cantagrel!

En esto algunos comenzaron a levantarse, y don Fausto vió en la puerta a Yarza que le hacía señas para que se acercase.

—¿Qué hay? ¿qué ocurre?

—Vaya usted en seguida a casa de doña Blanca—le dijo Yarza.

—¿Pues qué sucede?

—Que se ha puesto muy mala. Asunción me lo ha dicho desde el balcón.

Don Fausto cogió el sombrero y, antes de salir, viendo a Enrique Saint-Preux en la puerta, le dijo:

—Caballero. La señorita Blanca Montville está enferma.

—Iría a verla, si no me hubiese prohibido entrar en su casa aunque se encuentre moribunda.

—Pero una madre perdona siempre—dijo don Fausto.

Saint-Preux movió la cabeza con un ademán sombrío.

—Vamos—murmuró don Fausto.

—Está bien. Intentaré verla.

Don Fausto, Yarza y Saint-Preux se acercaron a la calle de Vaugirard.

Llamó don Fausto y entraron todos en la casa.

La puerta de la habitación estaba entornada y pasaron los tres. La criada Plácida, al ver a

Saint-Preux se alborotó, y con voz irritada le dijo:

—¿A qué viene usted aquí?

Saint-Preux no contestó.

Don Fausto entró en el cuarto de la enferma y al poco rato volvió con el rostro alterado.

—Dice que no le conoce a usted—murmuró en voz baja—que no sabe quién es usted. Yo le he querido indicar el estado grave en que se encuentra, pero no me he atrevido.

—¿Ve usted? — dijo amargamente Saint-Preux—; hay razas que hay que exterminar; para esta gente su posición y sus prestigios sociales valen más que los sentimientos humanos. ¡Adiós, señor!

Iba a salir Saint-Preux cuando sonó un campanillazo.

—Espere usted un momento — dijo don Fausto.

Entró en la habitación de Blanca, y volvió al poco rato y dijo:

—Pase usted al cuarto, Saint-Preux; ahora le llama a usted.

La entrevista no la presenció nadie. A la media hora salió Saint-Preux, y poco después vino un cura de San Sulpicio con los sacramentos.

A la mañana siguiente, Blanca de Montville había muerto.

XXVII

La familia de don Fausto

Los días posteriores a la muerte de Blanca, los parientes como Baucemont y Baucemont d'Havray recibieron las visitas de pésame; se abrió el testamento de la señorita de Montville, en donde quedaba como heredera Asunción; la criada Plácida tomó su manda y se marchó inmediatamente de la casa y se comenzó a hacer el inventario.

El dueño del hotel manifestó a don Fausto que, si quería seguir viviendo allí, pagaría el doble, porque él, por consideración a la señorita de Montville, le cobraba el mismo alquiler que cuando entró a habitar la casa, y don Fausto, por consejo de Asunción y de Yarza, decidió mudarse.

Buscaron entre los tres una habitactón y encontraron un tercer piso, muy claro y muy alegre, en la calle del Bac.

La casa tenía un balcón corrido con tres huecos, que adornaron con plantas. Se hizo el traslado de los muebles que habían pertenecido a Blanca, y quedó la casa alhajada con verdadero gusto.

Don Fausto estaba en sus glorias; había escrito a su mujer y a su hija que traspasasen cuanto antes el almacén de sombreros y fuesen a vivir a París. Carlos y Asunción se dedicaban a esa dulce monotonía de las conversaciones sobre el mismo tema, que aburre a todos menos a los enamorados.

Clementina activó las gestiones para vender su almacén, y a principios de Noviembre escribió que llegaría a París.

Fueron a esperarle don Fausto y Asunción.

Era una mañana de otoño. Un sol pálido, sin fuerza, brillaba entre nubes plomizas; el ambiente, empañado por neblinas azuladas, acariciaba los contornos indecisos de las cosas. El viento era húmedo y fresco.

Cuando llegaron la mujer de don Fausto y la hija mayor, después de abrazarse, Clementina presentó su marido y Asuncioncita a sus compañeros de viaje, con los cuales había hecho grandes amistades en el camino. Eran el doctor Gálvez, ex ministro de una república sudamericana, y su hija Rita, una rubia preciosa, alta, esbelta, de ojos azules, vestida con un traje vaporoso y con un aire virginal. Era muy joven, viuda del banquero Aguado, y

tenía una niña pálida, muy bonita, de muy mal humor, a quien todo disgustaba.

Se despidieron de los americanos ofreciéndoles su casa. Don Fausto encargó a un mozo que llevara los baúles. Luego entraron en dos coches. Asunción, con su madre, en uno y don Fausto, con la hija mayor, en otro.

—Despacio—dijo don Fausto al cochero.

Pilar se asomó a la ventanilla del coche. Por el río pasaban los vapores del Sena, dejando una estela blanca en el agua; enfrente, en la otra orilla, se veían unas casas altas, y a lo lejos la columna de Julio, con una figura dorada, que brillaba al sol y parecía volar por el aire; luego comenzó a verse el perfil del Hotel-de-Ville y de Nuestra Señora. Don Fausto mostró a su hija la Santa Capilla, la Prefectura, la torre de Saint-Jacques...

Avanzó el coche hasta el Puente Nuevo y apareció el Louvre, con sus pabellones azulados, oculto en parte por la fila de árboles ya amarillentos de la orilla del río.

El coche pasó por delante del Instituto, subió por la calle de Saint-Peres, cruzó la de Saint-Dominique y se detuvo en la calle del Bac.

Don Fausto estaba contentísimo, como un escenófrago que tiene éxito con sus decoraciones.

No quisieron descansar las viajeras, y Clementina y su hija mayor se prepararon al poco rato para salir.

Don Fausto llevó a su familia a almorzar a un *restaurant* del bulevar Saint-Germaint luego les fué enseñando el Luxemburgo, el Panteón, Nuestra Señora de París...

—¿Y los grandes bulevares?—preguntó varias veces Clementina—; ¿dónde están?

—Ya los veremos—contestó de mala gana don Fausto.

Le molestaba que a su mujer y a su hija mayor no les entusiasmase lo que él les enseñaba.

Sin duda no experimentaban ninguna efusión por lo arqueológico.

Los días siguientes anduvieron constantemente en coche. El tiempo de Octubre era espléndido, el sol calentaba aún, las calles eran un hervidero de gente.

Asunción apenas veía a Yarza; estaba cansada de ir y venir y recordaba con gusto los días tranquilos y los paseos por el Luxemburgo.

Un día fueron a visitar a la familia el señor Gálvez y su hija. Venían los dos en un magnífico landó. Después de charlar de una porción de cosas, Rita dijo a Clementina:

—¿Quieren ustedes venir a dar una vuelta por los Campos Elíseos? Tenemos el coche abajo.

Asunción no quería ir, y como el señor Gálvez tenía que hacer una visita en el barrio, se dispuso que fueran en el coche, con Rita, don Fausto, Clementina y Pilar.

Don Fausto notaba en el aspecto de su mujer y de su hija, mientras iban en el coche, la satisfacción orgullosa que sentían. Atravesaron el Puente Real, pasaron por delante de las Tullerías y entraron en la Avenida de los Campos Elíseos, en medio de una multilud de coches elegantes y de troncos de caballos soberbios.

Al llegar cerca del Arco del Triunfo, dijo Rita:

—¿Quieren ustedes que subamos al arco?

—Sí, sí—contestaron Clementina y Pilar.

Bajaron del coche, entraron en la plazoleta limitada por cadenas que rodean al arco y entraron.

Subieron unas obscuras escaleras de piedra, cruzaron un pasillo interior iluminado por un farol, hasta aparecer en la plataforma.

Al salir de aquellas obscuridades a la luz del sol, quedaron cegados.

Luego, ya hechos a la claridad, comenzaron a mirar el extenso panorama que se ensanchaba ante sus miradas.

Desde allí se comprendía la extraordinaria magnificencia de París.

Don Fausto experimentaba un sentimiento confuso de humillación. Su amor por lo mediocre quedaba herido ante un lujo y una fastuosidad tan grandes.

Bajo el cielo azul pálido, París se extendía inmenso. Cortando los grupos de casas se

veían las avenidas rectas, en forma de varillas de abanico, algunas no terminadas aún, que irradiaban desde la plaza de la Estrella.

La Avenida de los Campos Elíseos estaba negra de coches.

A pesar de la claridad de la tarde, hacia la plaza de la Concordia había ya bruma y el obelisco se destacaba vagamente, como por entre una nube.

Clementina, absorta, murmuraba:

—¡Qué hermoso! ¡Cuánto coche!

Rita, conocedora de París, mostró a sus amigas la Magdalena, cuyo tejado aparecía como un rectángulo verde; el Panteón, los Inválidos, la altura de Montmartre cubierta de tejados grises...

Don Fausto anduvo buscando las torres de San Sulpicio, como quien busca un amigo entre la multitud, y no las llegó a encontrar.

Dieron la vuelta entera a la plataforma. Por todas partes se veía la grandeza y la esplendidez del pueblo.

En la Avenida de Neuilly los coches brillaban al sol. Los macizos verdes del Bosque de Bolonia mostraban su infinita variedad de tonos; a lo lejos se perfilaba entre la niebla la silueta del Monte Valeriano.

Subía de las chimeneas de las casas el humo blanco, tenue, como un encaje de plata, y una cometa roja destacaba su figura geométrica en el cielo.

Por encima de los tejados húmedos, algún lucero de cristales deslumbraba reflejando el sol, algún remate dorado de un edificio brillaba como si fuera de metal fundido, y alrededor del pueblo, entre la bruma lejana, las altas chimeneas de las fábricas iban destilando un humo negro, que quedaba inmóvil en el horizonte.

—Dios mío, ¡qué hermoso!—murmuró Clementina varias veces.

Miraba la ciudad sin querer separar de ella la vista.

Aquél era el París rico, el París inasequible para las modestas fortunas; aquél era el gran París de los príncipes, de los aristócratas, de los millonarios, de los artistas de universal fama...

¡Vivir allí! ¡Dominar allí! ¡Oh, qué hermoso sueño!

—¿Vamos?—preguntó don Fausto a su mujer varias veces.

—No, todavía no—contestó Clementina en un tono de súplica.

Luego, decidiéndose, desvió la vista de París y murmuró, como contestando a un pensamiento interior:

—¡Quizá! ¡Quién sabe!

Y bajaron los cuatro del Arco de la Estrella, entraron en el coche y volvieron hacia la plaza de la Concordia, al trote largo de los caballos.

INDICE

	Págs.
I.—En donde el autor presenta a su héroe	9
II.—Historia de dos amigas	21
III.—Jóvenes románticos	37
IV.—Un fabricante de sombreros de paja	53
V.—La libertad inútil	65
VI.—El despertar de la calle de l'Arbalete	75
VII.—Los amigos de Blanca de Montville	89
VIII.—El comedor del Padre Maupit	105
IX.—Las tribulaciones de don Fausto	113
X.—El excéntrico de la calle Galande	125
XI.—El barrio de Saint-Séverin y la plaza Maubert	141
XII.—Conspiradores	151
XIII.—Lo que germinaba	163
XIV.—El secreto de Blanca	169
XV.—El Buen Membrillo y el Padre Lunette	179
XVI.—Historia de un músico saboyano	193
XVII.—Asuncioncita	212
XVIII.—Don Segundo Paz	221
XIX.—Rincones de París	229

XX.—Una visita a un convento. 237
XXI.—El Chateau-Rouge. 243
XXII.—El final de una mujer romántica. . . 257
XXIII.—El colaborador de don Fausto. 265
XXIV.—Inconvenientes de los éxitos literarios. 281
XXV.—Un paseo y una aventura de Sainte-Beuve. 291
XXV.—¿Quién era el Revelador?. 299
XXVII.—La familia de don Fausto. , ... 309

Rafael Caro Raggio: Editor.-Ventura Rodríguez, 18.

COLECCION SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

JULIO VALLÉS.—**El Niño.** (Vida de Jaime Vigntras).
ENRIQUE BARBUSSE.—**El fuego en las trincheras.**
» » —**Claridad.**
CARLOS RIVET.—**El último Romanof.** (Historia del Tsar de Rusia y su corte).
STENDHAL.—I. **Un oficial enamorado.** (Luciano Leuwen).
» —II. **Un oficial enamorado.** (Luciano Leuwen).
HENRY KISTEMAECKERS.—**El relevo galante.** (Novela).
RUDYARD KIPLING.—**Capitanes valientes.**
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.—**Los conquistadores.** (El origen heroico de América).
» » » —**En la Vorágine.**
JUAN GUALBERTO NESSI.—**Aventuras del submarino alemán U...**
» » » —**De tobillera a "cocotte".**
ABEL BOTELHO.— I. **El libro de Alda.**
» » —II. **El libro de Alda.**
PUCHKÍN.—**El bandido Dubrovsky.**
ABEL HERMANT.—**Los amores de Fanfán.**
A. GUILMAIN.—**La condesa busca un amante.**
» —**Margot peca siete veces.**
» —**Frou-frou, vendedora de caricias.**

Rafael Caro Raggio: Editor.-Ventura Rodríguez, 18.

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)

COLECCIÓN DE OBRAS COMPLETAS

I.—El alma castellana.
II.—La voluntad.
III.—Antonio Azorín.
IV.—Las confesiones de un pequeño filósofo (Aumentada.)
V.—España.
VI.—Los pueblos.
VII.—Fantasías y devaneos.
VIII.—El político.
IX.—La ruta de Don Quijote.
X.—Lecturas españolas.
XI.—Los valores literarios.
XII.—Clásicos y modernos.
XIII.—Castilla.
XIV.—Un discurso de La Cierva.
XV.—Al margen de los clásicos.
XVI.—El licenciado Vidriera.
XVII.—Un pueblecito.
XVIII.—Rivas y Larra.
XIX.—El paisaje de España visto por los españoles.
XX.—Entre España y Francia.
XXI.—Parlamentarismo español.
XXII.—París, bombardeado y Madrid sentimental.

OTRAS PUBLICACIONES

Lorenzo Gallego Carranza.—**Lecciones de Topografía.** 9 ptas.
» » » —**Sistema de acotaciones.** 3,50 ptas.

LS
B 264u

171601

Author Baroja, Pio

Los ultimos romanticos.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU